

CIENCIAS SOCIALES



NARRATIVA COLOMBIANA

JOSE CONSUEGRA HIGGINS

***EL CONTROL
DE LA NATALIDAD
COMO ARMA
DEL IMPERIALISMO***



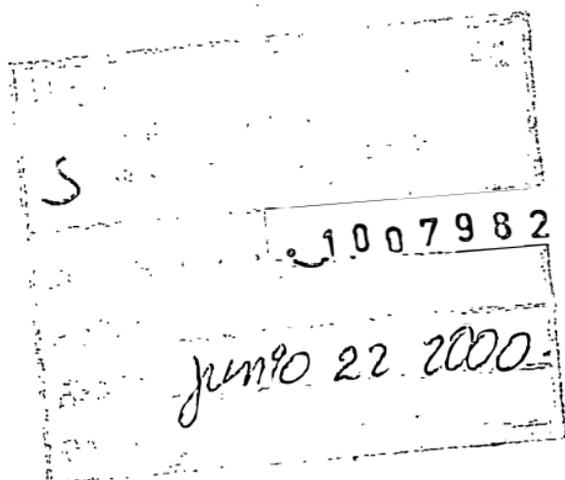
PLAZA & JANES,
Editores-Colombia Ltda.

La primera edición de este libro, con el título de *El neomalthusianismo, doctrina del neoimperialismo*, fue impresa por Ediciones Desarrollo Indoamericano, Colombia, 1969.

Las demás ediciones, entre ellas la de Editorial Galerna, de Argentina, se editaron con el título de *El control de la natalidad como arma del imperialismo*.

Portada de
Juan Bernal

- 1a. edición 1969
- 2a. edición 1977
- 3a. edición 1982
- 4a. edición 1986



© 1982 José Consuegra Higgins
© 1982 PLAZA & JANES Editores-Colombia Ltda.
Calle 23 No. 7-84 Bogotá, Colombia

Impreso y encuadernado por Lito Camargo Ltda.
Printed in Colombia

A mi madre
A la madre de mis hijos
A las madres de nuestra América Latina

INDICE

PROLOGO	9
---------------	---

Capítulo I

LA RAZON DE LAS TESIS ANTINATALISTAS ..	13
La "explosión demográfica" como sofisma de distracción	15
Los argumentos de la explosión demográfica	18
Conceptos sobre crecimiento y decrecimiento de la población	27
La relación entre crecimiento demográfico y económico	32
La razón del malthusianismo	36
— de la renta	41
— del neomalthusianismo	44

Capítulo II

EL PENSAMIENTO ECONOMICO Y EL CRECIMIENTO DE LA POBLACION	51
— mercantilista	55
— clásico	62
— proteccionista	64
— socialista	67
— económico norteamericano	72
— moderno europeo y norteamericano	78
— latinoamericano	85
— de la Iglesia	101
Interpretación histórico-dialéctica del pensamiento económico	105

Capítulo III

LOS RECURSOS NATURALES Y LA POBLACION	115
El desperdicio actual.....	126
Lo que podrá hacerse en el futuro.....	132
Los recursos de América Latina.....	142
— de Colombia.....	153

Capítulo IV

LOS OBSTACULOS AL DESARROLLO	163
Las teorías foráneas.....	168
Origen histórico del subdesarrollo.....	179
Los obstáculos actuales al desarrollo.....	186
La importación de capitales.....	188
La Alianza para el Progreso.....	198
Los escapes de los "servicios".....	202
El deterioro de los precios de intercambio.....	205
La dependencia política, cultural y tecnológica.....	208
La desintegración latinoamericana.....	214
Los obs'	215
La estrategia del desarrollo.....	219
BIBLIOGRAFIA	
— autores latinoamericanos citados.....	227
— otros autores citados.....	230

PROLOGO

El mundo actual, históricamente comprometido ante la expansión imperialista de los grandes centros de hegemonía económica, parece que indiferente y desolado acepta la tragedia de la mayoría de su población, postergada en su mínima aspiración de bienestar, y con un horizonte que sólo le augura persistencia de hambre y dolor; sin embargo, y pese a que el avance y las innovaciones tecnológicas han transformado sustancialmente todos los ámbitos de su vida social, cultural y económica, no impide que la explotación del imperialismo siga haciéndose más fuerte y poderosa, extendiendo y afianzando su dominio con la complicidad de todos los alienados que les sirven de comparsas en la acción depredadora, con olvido y menosprecio del desarrollo de nuestro pueblo.

Y es como parte de la campaña de afianzamiento que el imperialismo esgrime diversas tesis, tendientes a crear conciencia en el pueblo indoamericano, para que éste asuma determinadas posiciones que implicarían una supuesta mejora de su condición de "pueblo subdesarrollado". Una de éstas es la tesis del Neomalthusianismo, por la que se pretende controlar la llamada explosión demográfica, única forma —se pregona— de obtener aquellas condiciones que permiten mejorar nuestra capacidad de desarrollo.

Aunque ya Carlos Marx llamó "Psicópata de las clases poderosas, Plagiario Profesional, Tergiversador, etc." a Tomás Malthus, demostrando la inconsistencia y falsedad de su muy conocido planteamiento, y el presente siglo —el de los grandes cambios tecnológicos y de la producción masiva— parecía que había relegado el malthusianismo y sus diversas normas al olimpo de los planteamientos superados, los grupos de dominación internacional no tienen reparo en pretender imponernos una vez más, como una de sus características formas de opresión, desenterrando con la aprobación alborozada de sus mayordomos, aquella teoría incongruente con las aspiraciones a que tiene derecho el pueblo indoamericano.

Y es como respuesta a esta ofensiva, que José Consuegra, hermano en la angustia por el acontecer de nuestro pueblo, publica una obra, cuyo título El control de la natalidad como arma del imperialismo, nos augura parte del gallardo y trascendental mensaje que entrega. Comienza escribiendo: "Tal vez no sería exagerado decir que las tesis pregonadas por el neoimperialismo sobre la llamada situación demográfica en los países subdesarrollados, no merecen el esfuerzo de analizarlas y refutarlas", agregando "que la propaganda sistematizada de los planteamientos del neoimperialismo obliga a los economistas a pronunciarse sobre dicho fenómeno". Es en este último propósito donde se manifiesta la consecuente y revolucionaria posición racional del autor, ratificando una vez más su profesión de fe en la lucha antiimperialista por el futuro de América Latina. Rebate uno a uno los argumentos de los expertos de los países industrializados —repetidores de consignas interesadas— quienes en típica actitud de pretendida superioridad técnica pretenden ser los únicos capaces de darnos las "soluciones" para superar nuestro atraso, las que consideran buenas y convenientes porque no se oponen a la expansión de sus intereses imperialistas. El autor demuestra así, el fracaso de todos los "técnicos" foráneos que analizan nuestra realidad

socioeconómica, aplicando como una "calcomanía" situaciones diferentes a las que vive nuestra región y que corresponden a otro espacio-tiempo.

Esta obra demuestra una vez más, que Indoamérica sólo podrá integrarse en la medida que sus hombres forjen sus propias doctrinas de crecimiento integral, con independencia de la influencia interesada de los teóricos alienados de nuestra propia realidad.

Conciencia y mística, racionalidad de nuestra propia dimensión, es la tarea que en esta obra cumple José Consuegra. El es un atormentado de nuestro destino, y forja diaria-mente a través de su palabra y su obra escrita, la comunidad del pensamiento indoamericano. Sus hermanos del mundo emergente alentamos su obra, y somos partícipes de ella. Comprometidos en la misión común de luchar por nuestra legítima independencia, no podemos sino solidarizarnos

con el aporte que a la auténtica doctrina del desarrollo indoamericano se hace en el presente trabajo.

Lima, 1968.

Humberto Espinoza Uriarte

Presidente de la Asociación Latinoamericana
de Facultades y Escuelas de Economía.

Capítulo I

LA RAZON DE LAS TESIS ANTINATALISTAS

LA “EXPLOSION DEMOGRAFICA” COMO SOFISMA DE DISTRACCION.

Tal vez no sería exagerado decir que las tesis pregonadas por el neoimperialismo sobre la llamada explosión demográfica en los países subdesarrollados, no merecen el esfuerzo de detenerse a analizarlas y refutarlas. Pero la propaganda, cada día más incitante de tan divulgados planteamientos, obliga a los economistas —que en los actuales momentos se empeñan en indagar, en el proceso histórico y en la observación analítica de la problemática económica de nuestros pueblos, las verdaderas causas de su subdesarrollo—, a pronunciarse sobre dicho fenómeno, denunciando las maliciosas interpretaciones, que se esconden detrás de falsas posiciones, y, fundamentalmente, sopesando, a la luz de la teoría del crecimiento, los alcances positivos de una política demográfica, encaminada a aprovechar de manera adecuada los recursos humanos, fundamento y objeto de la actividad productiva.

Las tesis de la explosión demográfica como obstáculo al desarrollo de los países indoamericanos, empiezan a esbozarse desde el momento mismo en que se reanudan las jornadas de liberación de postguerra de las regiones sometidas y coloniales. Y se recalca en ellas a medida que sus economistas e investigadores, de manera consciente, comienzan a inquirir la razón de su situación desfavorable.

Al paso que el estudio del desarrollo desplaza antiguas especulaciones y se convierte en la inquietud más importante del momento, aparece también, proveniente del exterior, una avalancha de interpretaciones y enjuiciamientos a las posibles causas de la anormalidad: por una parte, un buen número de investigadores serios y honestos de las mismas naciones desarrolladas se encargan de inventariar los fundamentos históricos que originaron las desigualdades económicas de esos pueblos. (Estos aportes son reconocidos por los economistas de los propios países indoamericanos, que en la actualidad se empeñan en conformar el andamiaje teórico que habrá de servir de estrategia y de conducta a la política de desarrollo del futuro.) Por el contrario, la mayor parte de los profesores y economistas de esos mismos países, respondiendo a sus condiciones de voceros del sistema de sus economías dominantes, se dan a la tarea de interpretar a su acomodo los problemas, presentando una serie de argumentos que van, desde los más superficiales y denigrantes —por ejemplo, los que conceden máxima importancia a la conformación racial, a las características emocionales, a las costumbres gastronómicas (consumo de picantes y alimentos que estimulan la sensualidad), a los factores demográficos y climáticos, etc.—, hasta los muy tendenciosos y sofisticados de los llamados círculos viciosos, de dualidad social, etc. Precisamente en el primer grupo sobresale el planteamiento de la explosión demográfica, convertido en nuestros días en tema favorito, ya no sólo en el campo meramente especulativo, sino en el de las realizaciones de una bien organizada campaña de los gobiernos y de las entidades privadas extranjeras.

De esta manera, a nuestro entender, el explosismo demográfico se presenta como un nuevo sofisma de distracción, encaminado a desvirtuar la labor de los que se empeñan en denunciar las implicaciones del sistema y las características estructurales propias de nuestras econo-

mías subdesarrolladas, como únicas fuentes de la miseria, de la explotación y de la dependencia de sus pueblos.

Más aún, la verdad es que el neomalthusianismo, una vez demostrada su invalidez económica, tiene que interpretarse como una tesis exclusivamente política, que responde a los intereses de los países económicamente poderosos, empeñados en mantener las condiciones actuales y en achacarle a los pueblos sojuzgados la culpa de su propia situación.

LOS ARGUMENTOS DE LA EXPLOSION DEMOGRAFICA

Los comentarios a los notables cambios operados en el volumen de la población mundial en las últimas décadas, sirven de introducción a los apologistas del pesimismo para señalar gravedad suma en la continuación de ese fenómeno. Maliciosamente, sin adentrarse a estudiar las diferencias de los índices, de crecimiento de la producción y de la población en las zonas desarrolladas y en el mundo capitalista o socialista, hacen hincapié en la relación de esas mismas tasas en los países subdesarrollados, para deducir, con base al relativamente alto crecimiento de la población y relativamente bajo crecimiento de la producción, que sólo con la disminución del primero puede pensarse en lograr ingresos promedios mejores para sus habitantes.

Aparece de esta manera una concepción deformada del fenómeno demográfico —y de su incidencia en el incremento del ingreso global y *per cápita*— al presentarse como una causa de subdesarrollo y no como una simple y natural consecuencia de ciertas estructuras económicas que determinan y condicionan la existencia de una explosión demográfica relativa.*

* Insensato y temerario sería hablar de explosión demográfica en América Latina con una densidad de 12 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras

— Para contradecir esos supuestos, bastaría recordar que en las mutaciones operadas en las economías clasificadas como desarrolladas, se observa cómo en el pasado ellas mantuvieron altísimas tasas de natalidad y cómo, por el contrario, a medida que se fueron disminuyendo, las tasas de crecimiento económico se redujeron hasta el punto de preocupar a sus teóricos. Y todavía más elocuente resulta el examen de las modificaciones efectuadas en sus incrementos de riquezas generadas, que a la larga condujeron a los sorprendentes promedios de los ingresos actuales.

Sin embargo, se hace indispensable indicar que a pesar de las consideraciones anteriores de simple comparación universal entre economías desarrolladas y subdesarrolladas, la verdad es que el crecimiento de la población, sea cual fuere su intensidad y la característica del país, constituye un verdadero y auténtico problema de un sistema económico particular. Vale decir, que aunque se rechace la pretensión neomalthusiana en su enfoque político, en realidad en el capitalismo la propiedad privada sobre los medios de producción y el papel preponderante que juegan el mercado y la utilidad como incentivo único de la actividad productiva, determina tales desfiguraciones en la composición social, que a la larga los nuevos nacimientos en una parte de la población, agregados a los sin oficios permanentes, vienen a convertirse en un problema que refleja las contradicciones y la crisis en el proceso de descomposición de dicho sistema.

Se puede más bien considerar —y así hay que decirlo— que la población relativamente abundante, o el ex-

en Europa es de 90 habitantes por kilómetro cuadrados y en Asia es de 63 habitantes por kilómetro cuadrado. En Colombia en 1964 la población era de 17.482.420 habitantes para un territorio de 1.138.338 kilómetros cuadrados y densidad de 15. En las llamadas comisarías e intendencias, que son extensas zonas selváticas, ricas en maderas y cruzadas por caudalosos ríos, que representan, más o menos, la mitad del territorio nacional, la densidad no alcanza a un habitante por kilómetro cuadrado.

plosismo demográfico, en términos de los neomalthusianos, sólo se explica como un fenómeno determinado por unas estructuras existentes en los países capitalistas desarrollados, dada la dinámica de la composición orgánica del capital; y en los países subdesarrollados, por un engranaje de fenómenos que se mencionan constantemente en este estudio. En los Estados Unidos, por ejemplo, existen, de acuerdo con los informes últimos de sus sociólogos, al lado de la "sociedad opulenta", unos 50 millones¹ de personas con un nivel de vida igual o inferior al promedio de los países latinoamericanos, y cuya rata de crecimiento de la población alarma y atemoriza a ciertos clanes. Y no obstante también de gozar periódicamente de expansiones y de mantener una relativa estabilidad, alimentada especialmente por la industria de armamentos, el desempleo es cada vez más notorio, hasta el punto de que la señora Robinson ha llegado a pensar que siendo ésa una de las características más protuberantes de los países subdesarrollados, Norteamérica pronto puede llegar a clasificarse como tal. Según las observaciones de la famosa economista inglesa, en los últimos años, en los Estados Unidos cada recuperación ha dejado un saldo mayor de parados. La misma Academia de Ciencias de ese país reconocía que "millones de ciudadanos norteamericanos no consiguen trabajo y el problema de la desocupación se complica... por el creciente número de jóvenes que pasan a integrar la masa obrera. La población de postguerra agrava los problemas urbanos, tales como los arrabales, la delincuencia, etc."² Y el ex presidente Kennedy hablaba, en uno de sus discursos, de 17

1. M. Harrington, en *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*, citado por Carlos Calderón Mosquera, en *La nación norteamericana y sus minorías*. Bogotá, 1967.

2. Citado por Ernest Havemann, en *Control de natalidad*. *Life*, Informe Internacional, 1967.

millones de norteamericanos que se acostaban todas las noches sin cenar.

Pero para los neomalthusianos el problema demográfico se limita a las economías subdesarrolladas. Y como ya se ha dicho, su presentación alcanza los linderos del terrorismo. “Desde que terminó la Segunda Guerra Mundial —dice por ejemplo uno de sus voceros— ciertos sucesos han venido a poner de relieve el tema del crecimiento de la población, con categoría del Problema Mundial Número Dos, que ocupa el segundo lugar únicamente ante el problema de evitar que estalle la guerra nuclear.”³

No hay personaje del mundo económico y político de las grandes potencias que no se haya pronunciado en una u otra forma sobre el fenómeno demográfico. Pero, sin lugar a dudas, las fuentes más interesadas en la divulgación de la nueva doctrina se encuentran en los organismos de crédito internacional o en las organizaciones y centros de estudios sociales patrocinados por las grandes corporaciones financieras que operan en los territorios subdesarrollados.

Pero, al lado de la exposición foránea, aparecen también voceros oriundos de (o establecidos en) los países subdesarrollados, que utilizan los instrumentos facilitados por los capitales extranjeros para difundir sus doctrinas. Más de una vez, por ejemplo, hemos leído en la revista *Visión* las disquisiciones del ex presidente Lleras Camargo sobre esa materia, y en algunas universidades colombianas, financiadas y orientadas por fundaciones extranjeras, casi toda la actividad de sus llamados centros de estudios económicos, se reduce a medir la intensidad

3. Joseph Marion Jones, en *¿Sobreproducción significa pobreza?*, editado por el Centro para el Desarrollo Internacional, con prólogo de Eugene R. Black, Presidente del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, Washington, 1962.

del crecimiento demográfico y a insinuar sus efectos negativos en el desarrollo.

En general, los supuestos del *explosismo* demográfico llevan a colocar como condición *sine qua non* para el desarrollo la reducción de la tasa de aumento de la población, minorando lógicamente la elevada natalidad, dado que las medicinas milagrosas de los últimos tiempos han empezado a ejercer cierto "control sobre la muerte". Y para lograr este objetivo todos los medios son valederos, aunque se atropellen los más elementales principios de moralidad y de valoración humana. Hace nada más unos meses, el presidente Johnson, en una de las más desconcertantes y tristemente célebres frases que la historia haya conocido, y que muchos, temerosamente, han interpretado como el prelude de nuevos genocidios, decía: "El que no nace nos cuesta cinco dólares y el que nace nos cuesta noventa dólares." La gravedad de estas palabras, la comentan con un poco de ironía, pero también con mucho de incertidumbre sobre el destino de nuestros pueblos, los profesores universitarios⁴ cuando recuerdan a Chesterton en su descripción de la conducta de los antinatalistas, en aquella muy gráfica anécdota que cuenta que alguna vez estos novedosos apóstoles invitaron a algunos campesinos para adoctrinarlos, y como carnada llevaron sombreros de regalo. Pero a la reunión se presentaron diez campesinos y sólo había ocho sombreros. Ante el apuro, a un intruso se le ocurrió recomendar que fabricaran dos sombreros más, proposición que fue rechazada de plano por los malthusianos, por complicada e inoperante, ya que la solución lógica era la de cortar las dos cabezas que sobraban.

En la argumentación puramente económica, los neomalthusianos hacen uso de la matemática para sacar

4. Gregorio García, en una conferencia dictada en la Universidad de Cartagena, 1967.

conclusiones acomodaticias y reaccionarias. Sin indicación de causales y bajo el respaldo del puro objetivismo de las estadísticas, intentan “medir” los esfuerzos que una economía subdesarrollada tendría que hacer —más endeudamiento exterior, limitación del consumo para obtener otras tasas de ahorro, etc.—, para lograr ciertos niveles de crecimiento y de cambios en sus ingresos per cápita. Por ejemplo, dicen, si se cumpliera la tasa mínima de crecimiento de 5% “fijada” por las Naciones Unidas, en aquellos países con aumentos anuales de población de dos por ciento —suponiendo ingresos personales al comenzar de cien dólares—, al finalizar la década los nuevos ingresos por habitantes sólo serían de ciento veintitrés dólares. Y si la población hubiese crecido a un tres por ciento —caso más común para la América Latina—, entonces, en el mismo lapso, los ingresos por habitante sólo podrían aumentar hasta ciento once dólares.

Estos supuestos, que responden a una óptica de *ceteris paribus*, descartan alegremente la esencia social del problema y su ligazón estructural.

Sin embargo, la crítica al enfoque estático hay que concretarla fundamentalmente a la variable del crecimiento económico. Y ella exige la investigación rigurosa de las verdaderas posibilidades de los recursos para poder calcular la posible magnitud de las inversiones y de los incrementos, si se canalizan a actividades provechosas.

Otros autores, un poco más refinados, agregan nuevos detalles al análisis para conformar ecuaciones que conducen a conclusiones parecidas. Por ejemplo, Dobb⁵ comenta a la manera como se utiliza el razonamiento de la igualdad de la tasa de crecimiento de un país a la relación de inversión dividida por la relación capital-producto, otorgándole un papel de primerísima importancia a la tasa de aumento de la población en el análisis del creci-

5. Maurice Dobb, en *Capitalismo, crecimiento económico y subdesarrollo*. Barcelona, 1964.

miento. Como se recordará, la tasa de inversión es la parte que se toma de los recursos para adquirir nuevos equipos de capital. La relación capital-producto “expresa sencillamente la relación existente entre el valor del capital utilizado en un sector particular de la producción y el valor del producto obtenido durante un período determinado”. Esta relación puede ser alta o baja según la intensidad mayor o menor del uso del equipo de capital. Por ejemplo, en economías de señalados mercados imperfectos, dominados por los monopolios y por la rígida regulación de los carteles que controlan la oferta, en donde en muchas empresas apenas se trabaja un turno, como es el caso de Colombia, el valor de la relación es alto. Por el contrario; en economías planificadas con mayor responsabilidad en el cabal aprovechamiento de los recursos, el valor de la relación es bajo. Si se supone, como en el ejemplo anterior, que el ingreso es igual a cien, mil o cien mil millones de pesos, que la tasa de inversión es de un seis por ciento del ingreso y la relación capital-producto sea alta, por ejemplo de cuatro, la inversión anual de seis por ciento sólo permitiría un incremento del ingreso de 1,5% ($6/4 = 1,5$). Con un valor más bajo de la relación capital-producto, por ejemplo de dos, la tasa de crecimiento se duplicaría ($6/2 = 3$). Relacionando estas cifras con las ratas de crecimiento anual de la población, por ejemplo de tres por ciento (en Colombia es de 3,3%), para el primer caso el ingreso per cápita descendería, y para el segundo caso, apenas si se mantiene igual. Todo lo cual significa que para poder lograr una tasa de crecimiento económico de 5% (en Colombia es de 4,2 por ciento) y, por lo tanto, un incremento del ingreso per cápita de 2%, se necesitaría una tasa de inversión de 20, dado una relación capital-producto de cuatro ($20/4 = 5 - 3 = 2$). Como es fácil concluir, una rata de inversión de veinte por ciento, sin modificaciones estructurales, y prevaleciendo las condiciones existentes, demandaría un es-

fuerzo tan grande para la población de bajos ingresos, o sea, de la mayoría, que obligaría necesariamente a pensar en la búsqueda de la financiación del desarrollo con la importación de capitales extranjeros o en la reducción brusca de la tasa de crecimiento de la población. Vale decir, que con el fatalismo de la fórmula matemática, se sacan conclusiones acomodaticias que desembocan en tesis cuyos planteamientos y defensas interesan a sus exponentes.

La refutación a los argumentos anteriores puede hacerse a través de la multitud de facetas negativas que caracterizan a las economías dependientes y subdesarrolladas. Pero bastaría traer a cuento los trajinados fenómenos de la desigual distribución del ingreso con su rabo de despilfarro del ahorro. Como hemos visto, se acostumbra a hablar de ingresos por persona, que son falsos promedios aritméticos que al no analizarse con la rigurosa discriminación de las medianas aritméticas, no sólo esconden la gravedad de un problema emanado de la concentración de la propiedad privada, sino que, además, evitan la apreciación de la mala utilización que se hace del potencial económico que se dilapida a través de los consumos suntuarios de las clases privilegiadas, de las fugas de capitales, de los despilfarros administrativos —burocra-cia y aparato militar—, etc. Pero aún más importantes que los anteriores, aparecen, en el caso de las relaciones con el exterior, la repatriación de utilidades y de intereses, la sangría del pago general de servicios, la permanente incidencia del deterioro de los precios en las relaciones comerciales, etc. Todo lo cual impide, simplemente, que la tasa de inversión sea mucho mayor, ya porque los recursos apenas se aprovechan y explotan parcialmente, a consecuencia de las trabas estructurales que lo impiden, ya porque buena parte del ingreso que podría ocuparse en inversión se malgasta en consumos inadecuados, o toma otros caminos, como los de la repatriación al exterior.

Estos raciocinios, aparentemente simplistas y escudados con la lógica engañosa de la matemática, tienen el peligro de que parten de situaciones dadas, sin comprometerse en la explicación de la razón de esas situaciones, ni en los cambios que habrán de operarse en los resultados, una vez que se ataquen con éxito y se modifiquen las premisas primitivas. En realidad, todo este sistema de análisis forma parte de la cadena de modelos estáticos que sólo intentan evitar el estudio de los problemas estructurales, y que a la larga desembocan, como hemos dicho, en las tesis de la financiación interna del “desarrollo” con recursos foráneos.

Pero al fin y al cabo, los ejercicios mentales anteriores más que todo servirían para, conocida la realidad actual, pensar seriamente en llevar a cabo los cambios revolucionarios que permitan aprovechar seriamente los recursos, en busca de las altas tasas de crecimiento —más o menos de diez por ciento— que en el período de postguerra han alcanzado, por ejemplo, las economías socialistas en vías de industrialización. Lo contrario sólo es valadero para aclarar, como lo hace Aguilar, que “la llamada explosión demográfica, sólo es tal en la medida en que está anunciando la explosión de un sistema social incapaz de utilizar racionalmente el potencial productivo que la humanidad tiene a su disposición para satisfacer sus necesidades”.⁶

6. Alfonso Aguilar, en *Teoría del desarrollo en América Latina*. México, 1967.

CONCEPTOS SOBRE CRECIMIENTO Y DECREMENTO DE LA POBLACION

Algunos economistas, cuando tratan el tema de las variaciones de las tasas de crecimiento de la población de los países subdesarrollados, suelen hacerlo para indicar una de sus características. De la misma manera como se hace con el analfabetismo, la insalubridad, la desnutrición, o, en el campo puramente económico, con la escasez de maquinaria, la energía eléctrica, de medios de transporte, etc. Pero, en este caso, se trata de simples presentaciones de fotografías que, de una manera estática e imparcial, muestran las condiciones prevalecientes.

El estudio del porqué de cualquier situación, obliga a la investigación científica a buscar sus orígenes en el acontecer histórico y a esclarecer sus raíces en las modalidades prevalecientes. De esta manera, si el nivel de vida es deficiente y los consumos reducidos, la investigación intentará esclarecer el papel que juega la defectuosa modalidad de la tenencia y propiedad de la tierra, la forma de apropiación y de los ingresos, el comportamiento de los capitales extranjeros, el deterioro de las relaciones comerciales, etc. Inocuo y superficial sería intentar contabilizar en fenómenos dependientes, pese a su incidencia secundaria, la causa de una situación.

En la historia de los países desarrollados el crecimiento natural de la población ha jugado un papel de primerísi-

ma importancia. En los Estados Unidos, por ejemplo, de acuerdo con las observaciones de S. Kuznes, el ingreso nacional creció a un promedio de 4,8% anual en los setenta años que van de 1869 a 1938, a pesar de que, como recuerda Carmona, en los períodos de mayor florecimiento la población fue duplicada, dado que al ritmo del crecimiento natural se agregaban las frecuentes inmigraciones europeas. De ahí que más bien debe deducirse que “cuando el desenvolvimiento económico no está trabado por otras causas, el aumento de la población es un importante estímulo al desarrollo”.⁷

En 1879 Henry George, al contradecir las tesis de Malthus, hacía hincapié en la incidencia de la población en el desarrollo. “Hemos visto en los tiempos modernos aumentar la población en muchos países, comentaba, pero... ¿no ha crecido al mismo tiempo su riqueza hasta con mayor rapidez?, se preguntaba. ¿Hay alguna duda, continuaba, en que mientras la población de Inglaterra ha aumentado a razón de 2 por 100 al año, su riqueza ha crecido en mayor proporción todavía? ¿No es verdad que mientras la población de los Estados Unidos ha doblado cada 29 años (la proporción en 1860 era de 3,5% al año) su riqueza ha doblado a intervalos mucho más cortos?”⁸

Por el contrario, la desaceleración que se opera en aumentos vegetativos, lo mismo que la poca población,

7. Fernando Carmona, en *El drama de América Latina*, México, 1964. Gide y Rist, en su *Historia de las doctrinas económicas*, edición en castellano de 1927, dicen: “Si nos fijamos en el país al que Malthus fue a buscar los datos de sus cálculos y en donde la progresión de la población ha sido más rápida, los Estados Unidos, se ve que solamente en medio siglo (1850-1910) la parte de riqueza correspondiente a cada habitante ha más que cuadruplicado (1850 = 308 dólares; 1910 = 1.470 dólares), aunque la población en el mismo intervalo haya cuadruplicado también de (de 23 a 92 millones).” Más aún, como lo anota Hernán Vergara, en este período de esplendor económico norteamericano su mismo “Congreso promulgó en 1873 una ley por la que se prohibían los anticonceptivos y la información sobre los mismos”. (Ver *El complejo de Layo*, p. 16.)

8. En *Progreso y miseria*, Ed. Francisco Beltrán, Madrid, p. 142

ha sido en el pasado y en las épocas recientes motivo de honda preocupación. En la historia de Colombia es interesante escuchar en la época colonial los conceptos de los pocos mandatarios que se desvelaban por el progreso de sus regiones. En una de sus relaciones de mando, Antonio Narváez denunciaba en 1788 el problema de la poca población de la provincia de Santa Marta y Riohacha, como causa originaria de su pobreza. “Pero sí, como queda sentado —concluía, después de relatar la grave situación de la falta de habitantes—, sin agricultura no puede haber comercio, tampoco sin población puede haber agricultura”... “Sin población no puede haber agricultura, ni sin agricultura que saque de la tierra lo necesario para conservarla, puede fomentarse, ni aun subsistir, la población”... “Pero la base de todo sacrificio, y de la prosperidad del Estado, debe ser siempre el aumento de la población, y mucho más en las colonias o provincias de América en que el objeto primario debe ser dar valor a la inmensa extensión y fertilidad de sus tierras, y usufructuarlas, haciéndolas producir los varios, abundantes y apreciables frutos con que la naturaleza, o la Providencia, las ha fecundado para formarse un comercio activo y enriquecerse.”⁹ Todo ese razonar pretérito en favor del acrecentamiento de la población fue resumido por Juan Bautista Alberdi, en la Argentina, cuando exclamó lleno de confianza: “En América aumentar la población es extender el bienestar”... “en América gobernar es poblar”.¹⁰

Ahora, circunscribiéndose a los tiempos presentes, se aprecia que buena parte de la literatura económica de postguerra está dedicada, para el caso de las economías desarrolladas, a sopesar la incidencia del decaimiento del

9. Antonio de Narváez y la Torre, en *Escritos de dos economistas coloniales*, publicado por el Banco de la República, Bogotá, 1965.

10. Citado por Oreste Popescu, en *A los orígenes de la doctrina americana del desarrollo*. Revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 6. Colombia.

ritmo de crecimiento de la población en el nuevo período del estancamiento o de la madurez, que tanto ha preocupado a los economistas de los Estados Unidos y Europa. Para una pléyade de investigadores el estancamiento ha sido el signo que ha seguido a las dificultades enmarcadas en la década del treinta al cuarenta. Es así como la misma teoría de Keynes se comprende en un afán desesperado de buscar la ocupación plena de los factores ante la presencia de una crisis crónica. Y, concretamente, autores como Hansen, Sweezy, Higgins, etc., afirmaron que la economía norteamericana había llegado a la madurez.

Queda por saber, se pregunta James, a qué se debe o atribuye la madurez. Esencialmente, dice el historiador francés, intentando sintetizar los aportes de los investigadores mencionados, a tres razones: la disminución de la tasa de crecimiento demográfico, la limitación de las posibilidades de expansión geográfica, la menor acumulación de capital requerido por las formas de progreso técnico. Tres argumentos, pues, uno de orden demográfico, el segundo de orden geográfico y el tercero de orden tecnológico.

En la exposición de su primer argumento, y considerada la realidad del decrecimiento demográfico de los Estados Unidos y de la mayoría de los países del occidente europeo, los teóricos del estancamiento discurren de dos maneras: "El aumento de la tasa de crecimiento de la población, piensa Hansen, es, forzosamente, el punto de partida de un fenómeno de amplificación, análogo al que se denomina principio de aceleración. Este aumento entraña mecánicamente el de la producción, del consumo, de las inversiones. Inversamente, una disminución de esa tasa debe provocar un decrecimiento de todos los demás fenómenos: deprime la demanda y desalienta, pues, las inversiones. Por otra parte, esta disminución está acompañada necesariamente de una deformación de la pirámide de las edades; esta pirámide se transforma en campana

de base estrecha: muy pocos niños en la base, demasiados viejos en la punta. El espíritu de empresa, el gusto por el riesgo, las innovaciones y, por lo tanto, las inversiones decrecen." H. Guitton, aprobando a Hansen, tiene razón en escribir: "Una población más vieja tiene tendencia a invertir menos que una población menos vieja. Hansen ha hecho notar, por ejemplo, que en los Estados Unidos una cuarta parte de las inversiones está representada por las construcciones de casas de habitación. Es claro que una población vieja construye mucho menos que una población joven: una comparación entre Francia y Holanda o Alemania podría servir de testimonio."

La reducción de la tasa de crecimiento de la población, concluye el autor citado, es, pues, un factor de madurez que funciona plenamente en las sociedades capitalistas de nuestro tiempo.¹¹

Complementando los conceptos anteriores, Sauvy afirma: "La población envejece por el solo hecho de mantenerse. Una disminución de la natalidad aceleraría el proceso de envejecimiento. El envejecimiento acarrea cargas sociales suplementarias, pues un anciano cuesta más caro que un niño."¹²

Quiere decir todo lo anterior, paradójicamente, que el fenómeno que los neomalthusianos pretenden describirnos como el máximo problema de nuestras economías subdesarrolladas, sería, de acuerdo con la indagación teórica de los científicos, un hecho positivo para las economías desarrolladas. Y, opuestamente, el ideal que se nos aconseja, se cierne sobre ellos como presagio de su decadencia.

11. Emile James, en *Historia del pensamiento económico en el siglo XX*, México, 1963.

12. A. Sauvy, en *La Población*, Eudeba, Buenos Aires, 1959.

LA RELACION ENTRE CRECIMIENTO DEMOGRAFICO Y ECONOMICO

A pesar de todo lo dicho es indispensable insistir en la denuncia de la tesis improbadada que relaciona, de manera negativa, el relativamente alto crecimiento demográfico con el bajo crecimiento económico. En 1961, George W. Ball, subsecretario de Estado de los Estados Unidos, decía: "La tasa actual de crecimiento de la población afecta no sólo a la tasa neta de adelantamiento económico, sino también al volumen de los recursos y a la naturaleza de los programas nacionales necesarios para lograr un desarrollo rápido."¹³

Más aún, en la insistencia y tautología de sus argumentos, los antinatalistas creen que el decrecimiento demográfico implica logros positivos en el crecimiento económico. Nada tan en desacuerdo con la realidad. Precisamente las estadísticas de América Latina indican que en los quince años que van de 1950 a 1964 las mayores tasas de crecimiento del producto nacional bruto se obtuvieron en aquellos países que presentaron las más altas tasas de crecimiento de la población. Es el caso de Venezuela, que en ese lapso arrojó un incremento promedio anual de 6.7 por ciento en el producto nacional bruto, y cuyo crecimiento de la población fue calculado anualmente en 3.4

13. Discurso en la reunión anual del Banco de Reconstrucción y Fomento, citado por J. Marion, *ob. cit.*

por ciento: Nicaragua, con una altísima tasa de crecimiento de la población de 3 por ciento, recogió el saldo favorable de un aumento anual de 6.1 por ciento en su producto una altísima tasa de crecimiento de la población bruto nacional. México, con incrementos adicionales de su producto bruto de 5.6 por ciento anual, aumentó su población en 3.2 por ciento. Perú con aumento de la población a una tasa de 3 por ciento, contabilizó un crecimiento de 5.2 por ciento del producto bruto. Por el contrario, los países de menores cambios en las tasas de crecimiento de la población, fueron precisamente los que señalaron los más reducidos incrementos en su producto bruto. Por ejemplo, Bolivia, con una tasa de crecimiento de la población de 2.3 por ciento anual, apenas recibió un aumento en su producto bruto de 1.1 por ciento; Argentina, que aparece con una de las tasas de crecimiento de población más bajas en los tres quinquenios comentados, de 1.7 por ciento, sólo pudo aumentar su producto en 2.1%, etc.

En cuanto se refiere a las variaciones demográficas comparadas únicamente con el sector agrícola, en una tabla preparada y publicada por el CED, con base a estadísticas de la CEPAL, resulta interesante comprobar también cómo en algunos países de América Latina la producción agrícola ha tenido una relación directa con la intensidad del crecimiento de la población. O sea que aquellos países de menores tasas de crecimiento de población, han sido, precisamente, los de más reducidos índices de aumentos en la producción de la agricultura. Por ejemplo, en el Uruguay, en los años de 1945 a 1960, la población aumentó a una tasa anual de 1.6 por ciento y la producción agrícola subió a ritmo menor de 1.4 por ciento anual. En la Argentina, que como hemos dicho tuvo un aumento de población reducido, también su producción agrícola estuvo por debajo, con apenas un aumento de 1 por ciento anual. En el mismo caso aparecen Bolivia y el Paraguay, con crecimientos demográficos

relativamente bajos: en ambos países las nuevas tasas de crecimiento agrícola no alcanzan a superar las tasas de la población. De manera diferente, en México el promedio de crecimiento anual de la producción agrícola más que duplicó la tasa de población, ya que fue de 7.1 por ciento. Lo mismo ocurrió en Ecuador donde, a pesar de la altísima rata de crecimiento de su población, de tres por ciento anual, hubo un promedio de mayor producción agrícola de 7.2 por ciento anual. A su vez, Venezuela, que aparece como el país de mayor rata de crecimiento de población, también obtuvo promedios mayores en la producción agrícola: 4.6 por ciento anual.

Las comparaciones de las cifras anteriores, que rechazan el planteamiento neomalthusiano, sirven, además, para imaginar los incalculables logros positivos que podrían obtenerse en la lucha, entre el fenómeno demográfico y el desarrollo, si en nuestros países se entrara en el camino de la superación de los verdaderos obstáculos que impiden el cabal aprovechamiento de nuestros recursos. Bastaría con pensar que hechos como los señalados por las estadísticas se pueden obtener, a pesar de permanecer inmodificables las profundas modalidades estructurales, propias del sistema capitalista independiente o imperante, que juegan el papel de mamparas casi impermeables al desarrollo.

Refiriéndose a los datos traídos a cuento, el Comité para el Desarrollo Económico, un organismo integrado por hombres de negocios de los Estados Unidos y de América Latina, comenta: "El crecimiento demográfico de América Latina es más rápido que el de cualquier otra región del mundo, y naturalmente esto retarda el ritmo de aumento del producto bruto per cápita. Sin embargo, no puede considerarse este hecho como decisivo, ni menos proponer como solución el control de la natalidad o, como se dice con eufemismo, el planeamiento de la familia... En primer lugar, ya se ha señalado el hecho de que en

la América Latina no hay relación inversa entre el crecimiento demográfico y el crecimiento económico; por el contrario, más bien hay coincidencia... En segundo lugar, si se habla del aspecto social del desarrollo, como debe hacerse, resulta indiscutible considerar como un progreso el que aumente la tasa de crecimiento de la población por descenso fuerte de la mortalidad infantil. Como expresó en cierta ocasión el profesor Peter Bauer, no hay razón para considerar como progreso el aumento del número de vacas que tiene un país, y como problema el número de niños que sobrevive. En tercer lugar... si se aplicara tecnología y se diera incentivos en la agricultura, al sector más retrasado, bastaría elevar los rendimientos en una tercera parte para que el problema desapareciera."¹⁴

14. En el libro, *Cómo pueden los países de bajos ingresos promover su crecimiento*, Nueva York, 1966.

LA RAZON DEL MALTHUSIANISMO

La discusión planteada por antipoblacionistas no es nada nuevo: ella se ha presentado en determinados períodos históricos en que las relaciones sociales de producción provocan profundas contradicciones. Siempre que las clases sociales dominantes y explotadoras —como en el caso de la época en que escribió Malthus— o potencias imperialistas —por ejemplo en los momentos actuales— han sentido la presión reivindicatoria de las clases o países sometidos, se han dado a la tarea de desviar la atención con la presentación de problemas de los cuales culpan a las propias víctimas. Es una táctica ya sobradamente conocida que achaca la culpa al muerto porque interfirió el camino de la bala.

En realidad, Malthus no es nada original. Antes que él muchos autores, en situaciones parecidas de temor, de contradicciones y albores de convulsiones, hablaron del problema. La importancia y, sobre todo, el éxito de Malthus hay que interpretarlo, como dice Farriera,¹⁵ en su condición de vocero de la clase gobernante de su país, al señalar como causante de la crisis, no al régimen sino justamente a la parte de la población que la sufría para

15. En prólogo a *Ensayos sobre el principio de la población*, Editorial Intermundo, Buenos Aires, 1945.

evitar, de esta manera, una salida revolucionaria. Porque resulta incomprensible la conducta de Malthus: hablar de explosión demográfica, o, aun peor, de miseria venidera, en uno de los momentos más significativos en la historia del crecimiento económico de Inglaterra, como lo era la etapa de la gran revolución industrial del período en que se desenvuelve el famoso economista, sólo sirve para acrecentar las dudas de la validez científica de la pretendida "ley" del aumento de la población y de la producción. Como anota Sauvy, Malthus, en su condición de enemigo manifiesto de la Revolución Francesa y de sus conquistas, mira como un peligro para la propiedad la multiplicación de los pobres y hace suyos los temores de los conservadores de la época.

La llamada Ley de Malthus habla de un crecimiento aritmético de la producción, o de los alimentos, acompañado de un crecimiento geométrico de la población. "Supongamos, decía, en 1.000 millones el número de habitantes del mundo, la especie humana aumentaría como la progresión de los números: 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, mientras que los alimentos, aumentarían según 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9... Al cabo de dos siglos, la población sería con relación a los medios de subsistencia como 256 es a 9; a los 300 años, como 4.096 es a 13 y a los 2.000 años la diferencia sería inmensa, imposible de calcular."¹⁶

Particularmente esta comparación arbitraria la usó Malthus para deducir la formación de los niveles de los salarios, de la ocupación de la mano de obra y el futuro incierto de la masa trabajadora. De un lado la clase obrera soportaba uno de los períodos de máxima explotación: las jornadas de trabajo, por lo regular, pasaban de 15 horas diarias; los niños y las mujeres tenían que trabajar en los socavones y telares; las remuneraciones eran

16. T. R. Malthus, en *Ensayos sobre el principio de la población*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

ínfimas, y las prestaciones sociales, lo mismo que ciertas condiciones de vida más humanas, apenas sí comenzaban a soñarse. Pero, como contraposición, el proletariado empezaba a adquirir conciencia de clase, la organización sindical se iniciaba. Los reclamos y las peticiones eran frecuentes, y los obreros se aprestaban a la lucha por la conquista de salarios más altos, de esfuerzos menores, de seguridad en la ocupación de su mano de obra.

Entonces también estaban en su apogeo las doctrinas liberales con todo su andamiaje de leyes naturales, de oferta y de demanda, para interpretar y medir los fenómenos económicos.

El trabajo, por ejemplo, como cualquiera otra mercancía tenía su precio. Este precio, que era el salario, lo determinaba simplemente la oferta —representada por la mano de obra, vale decir, por la población trabajadora— y la demanda —representada por el capital, por las empresas, la producción o, como decía Malthus, por los medios de subsistencia.

El nivel de los salarios, pues, dependía de las variaciones que se operaran en las dos fuerzas contrapuestas. Y como ya, a su entender, se conocía el ritmo de crecimiento natural de ellas, la suerte del obrero, las posibilidades de altos o bajos ingresos, estaba sujeta a su conducta, a su grado de procreación.¹⁷

Hipócritamente Malthus en su libro toma la posición de apóstol y consejero moralista, pidiendo a los obreros que disminuyan su número porque son ellos “los únicos y verdaderos culpables de sus desdichas” y declarando que la finalidad de su *Ensayo* no era otra que la de perseguir el mejoramiento de la situación de los pobres con el aumento de su bienestar.

17. “Siendo sincero nuestro esfuerzo al querer mejorar realmente la situación de los pobres, lo más importante es exponerles rudamente la verdad de las cosas, haciéndoles comprender que la única forma de aumentar el valor del trabajo es disminuyendo el número de obreros.” Malthus, *op. cit.*

Con tales razonamientos la injusticia social se descarta, la explotación patronal se anula, y cualquier forma de lucha organizada de los trabajadores no tiene razón de ser. La solución del problema se encontraba en las manos de la propia clase trabajadora.¹⁸

Nada más atractivo y más liberador de responsabilidades para los patronos que estos razonamientos. El empresario de la época, como todos los grupos propietarios de factores y de medios de producción, acogieron alborozados las teorías malthusianas para convertirlas en espada de Damocles que, paradójicamente, se cernía sobre la víctima: la clase trabajadora y los desposeídos en general, además de ser explotados y de vivir miserablemente, eran “los únicos responsables de esa explotación y de esa miseria”.¹⁹

Aunque cronológicamente cuando Malthus escribía su obra, 1798, coincide, como hemos mencionado ya, con la época en que los economistas y gobernantes de la Nueva Granada (1788) colocaban como factor fundamental para el desarrollo la inmigración que estimulara el crecimiento de la población, la verdad histórica es que sus vaticinios no se cumplieron en su país.²⁰ Más aún, jamás, hasta el presente, ha podido hablarse de superpoblaciones absolutas. Las señales de “superpoblaciones” son

18. “El pueblo debe ser considerado como siendo él mismo la causa de sus sufrimientos”, Malthus, *op. cit.*

19. Es interesante señalar que hoy, en la era de la planificación y después de la directa responsabilidad del gobierno de la política del desarrollo económico, este sofisma es un argumento muy cómodo también utilizado por los responsables de la planeación para ocultar, ya sea su ineptitud, ya sea su papel de “idiotas útiles” del neoimperialismo.

20. “Las teorías de Malthus no tienen hoy validez ni la tuvieron nunca. El crecimiento de la población no hay que verlo como consecuencia de alguna ‘ley’ universal, sino como resultado temporal de la desigual y aun incompleta difusión en el mundo de la civilización industrial”, Kingsley Davis, en prólogo a la edición de *Ensayos*, publicado por el Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

relativas, ya porque la tierra o los capitales reposan en manos de propietarios particulares que la sustraen de la actividad productiva, ya porque el producto de los recursos disponibles se transfiere a otros países o se despilfarra por parte de sus poseedores. O, más abstractamente, como lo concibió Marx en la consideración universal del capitalismo, por efecto de la composición orgánica del capital, que en el proceso de reproducción limita la fracción destinada a la demanda de trabajadores.



LA RAZON DE LA RENTA

En el estudio de la economía agraria latinoamericana se puede apreciar claramente el fenómeno: en muchos países, al lado de los valles incultos y de las ilimitadas zonas cultivables, aparece una producción media estancada. En Colombia, pese a las prodigiosas regiones de los valles del Cauca, del Sinú, del Magdalena, de la Sabana de Bogotá, de los Llanos Orientales, etc., y no obstante que la densidad es apenas de 15 habitantes por kilómetro cuadrado (censo de 1964), la rigidez de la oferta de productos agrícolas es casi absoluta. Esta insensibilidad de la producción, que no se conmueve ni ante la presencia de vertiginosos ascensos de los precios, como ha sucedido en los últimos años,²¹ responde exclusivamente a fenómenos profundamente estructurales que se manifiestan a través de los modos de tenencia de la propiedad territorial, y de formas de relaciones sociales de producción. En 1964, por ejemplo, en Colombia en la región comprendida por los departamentos, que apenas representaba el 46 por ciento del territorio nacional, pero que albergaban el 98 por ciento de la población del país, excluyendo la región del Chocó, había unos 6.092 latifundios de más de mil hectáreas con una superficie total de 11.052.304 hectáreas

21. En los últimos años el índice de precios al consumidor (costo de la vida) ha subido a 370 (agosto de 1967), tomando como base el año de 1955.

(promedio de 1.601 hectáreas por propiedad), de las cuales sólo 734, con superficie de 770.947 hectáreas, mantenían alguna actividad de explotación agrícola. El resto de esas propiedades, o, sea, 10.816.358 hectáreas, estaban incultas. En otras palabras, de las grandes propiedades del país apenas un 6 por ciento se ocupaba en cierto tipo de actividad productiva. Por el contrario, los verdaderos trabajadores del campo poseían 698.424 propiedades de media a cuatro hectáreas en una superficie total de 987.120,8 hectáreas. De estas pequeñas propiedades, 568.740 estaban dedicadas a la agricultura —como quien dice casi todas—, en una superficie de 870.459,3 hectáreas. El número de minifundios menores de cuatro hectáreas representaba el 50.1 por ciento del total de las propiedades de todos los departamentos dedicados a la producción agrícola, pero sólo ocupaba el 2.5 por ciento de la superficie total de la tierra dedicada a cultivos.²²

Los terratenientes colombianos son en su gran mayoría propietarios ausentistas que viven en las grandes ciudades o en el extranjero; que esperan el “engorde” de sus tierras, con valorizaciones; que sacan provecho con la subida de los precios; o, para el caso social y político, que establecen jerarquías, predomios e influencias con base en la gran propiedad territorial.

Contrario a lo que pensaban el mismo Malthus, Ricardo y demás teóricos que estudiaron la formación de la renta, para el caso de economías subdesarrolladas, como la colombiana, el producto de la tierra o renta del propietario no se puede explicar entre nosotros en alegres términos marginalistas, ni mucho menos en simples comparaciones de fecundidades. No es la última porción de tierra cultivada la que medirá la renta de las zonas anteriormente explotadas: en nuestra estructura, la renta, como el mismo precio de la tierra, la determina el precio de los

22. José Consuegra, en *Apuntes de economía política*, Bogotá, 1965.

productos que, potencialmente, pueden producirse en esa tierra.

Si, por ejemplo, en una zona de 100 hectáreas aptas para el cultivo del arroz sólo se explotan 10 hectáreas —directamente o por arrendamiento—, a medida que el precio del arroz aumenta —por efectos de una demanda en ascenso natural no contrarrestada por una oferta insensible—, la renta y el precio de esas 10 hectáreas y, lógicamente, de las 90 restantes, tienden a subir, a manera de espiral. En esta forma la renta y el precio de la tierra, determinados por el precio de los productos, encuentran su origen primitivo en una situación estructural, señalada de presente en la posesión monopolística y concentrada de la propiedad territorial, y puesta de manifiesto en el control y la inelasticidad de la oferta: la renta, que tiene su origen primitivo en la plusvalía, se acrecienta o se infla con los cambios de los precios.

No se puede así hablar de insuficiencia de alimentos por perezoso crecimiento de la producción, que hace pensar en una racional e intensiva explotación de este recurso, cuando la verdad es que esa explotación no existe, o se hace inadecuadamente, porque así responde a las conveniencias de los usufructuarios del sistema.

LA RAZON DEL NEOMALTHUSIANISMO

Con la misma táctica utilizada por Malthus y por sus acogedores, ahora para el caso de la explotación de unos pueblos por otros pueblos, el neoimperialismo —o característica y manera de operar que han adoptado en el período de postguerra las potencias económicas capitalistas, especialmente los Estados Unidos, hacia los países dependientes— pretende achacar la responsabilidad de su suerte a los propios pueblos a los cuales se somete con todos los medios —inclusive el de la invasión armada, como sucedió recientemente en Santo Domingo— a permanecer en esa situación.

El neoimperialismo se manifiesta: a) a través de la modalidad de las grandes corporaciones, que ya no sólo explotan los recursos minerales, sino que, también se han dado a la tarea de instalar industrias manufactureras primarias o de ensamblaje y de apoderarse de ese tipo de empresas nacionales —compra directa o participación mixta—, para succionar las pingües utilidades que envían a sus casas matrices; b) por los llamados programas de ayuda y de préstamos —directos o por intermedio de una cadena de organismos de crédito internacional— que rastrean los recursos de divisas con altos intereses; c) por la imposición de situaciones en las relaciones comerciales que han agudizado el desgaste de los ingresos en las

ventas de los productos exportados; d) en fin, por la cadena de consecuencias que se desprenden de la penetración y del dominio económico, y que conforma el sometimiento político, cultural, tecnológico, etc.

Para encubrir esta realidad las fuerzas dominadoras extrañas han resucitado las tesis del peligro del crecimiento demográfico. Más aún, ante el escepticismo de los pueblos que ya no quieren aceptar la responsabilidad de delitos que no cometen y, especialmente, ante el rechazo que los investigadores y economistas dan a tan fútiles y engañosos argumentos, la conducta de los monopolios y de las agencias oficiales de los países imperialistas ha llegado hasta la temeridad de intentar imponer a la fuerza la aceptación de sus tesis, bajo la amenaza de cortar cualquier clase de "ayuda" o financiación a programas de desarrollo.²³

Sencillamente se quiere obligar a los países latinoamericanos a aceptar como causa principal de su atraso el problema demográfico.

Esta insistencia de los Estados Unidos es muy comprensible: con ella se encubren los verdaderos obstáculos, o por lo menos se tiende una cortina de humo y de distracción en la investigación de los problemas que ya se vienen adelantando en las universidades responsables o en organismos de la categoría de la CEPAL.

¡Qué situación más cómoda pudiera haber para las fuerzas imperialistas si los pueblos subdesarrollados

23. El 2 de octubre de este año (1967) la agencia noticiosa A. P., en mensaje publicado en *El Tiempo*, decía que los Estados Unidos hizo saber en el Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso, reunido en Rio de Janeiro, que condicionaría la ayuda de la Alianza a la planificación demográfica que se adelanta en América Latina. Esta amenaza se ha repetido posteriormente hasta el punto de causar una reacción general: por ejemplo, *El Tiempo* publicó una caricatura de Chapete, que representaba al símbolo del imperio del Norte tratando de engañar a una niña (América Latina) con un caramelo (posibles préstamos), para que aceptara sus tesis antipoblacionistas.

aceptaran que su atraso, su pobreza y sus frustraciones se deben exclusivamente a su irresponsabilidad de desorden procreativo! O, como dicen otros autores más audaces cuando especulan alegremente con enunciados sobre el desarrollo, que estos países no cambian porque son opuestos al cambio, o que son subdesarrollados porque son subdesarrollados (!).

Pensar de esta manera —y es esto lo que interesa al neoimperialismo—, sería tanto como ignorar, ya desde el transcurso de nuestra historia —que se remonta a la Conquista, pasando por la Colonia, el librecambismo republicano y el imperialismo—, ya en los momentos actuales, lo que ha significado y significa la explotación foránea de los recursos, la imposición de especializaciones —productores de mercancías primarias— para provecho de los países poderosos, la importación de capitales como medio de repatriar seguidamente no sólo más capitales, sino el trabajo de los pueblos sometidos, vale decir, sus posibilidades de arranques.

En realidad, y es esto lo que asusta a los teóricos y agentes del neoimperialismo, los economistas de los países atrasados, en el propósito de formular un cuerpo de teoría que pueda servir de fundamento a una política y a una estrategia del desarrollo a sus pueblos en estos momentos de inquietudes y esperanzas liberadoras, estamos enumerando, en riguroso orden de prioridad, las auténticas causas de su situación actual. Dejando a un lado, por razones de síntesis, los acontecimientos del pasado, podría decirse que en nuestros días, los hechos principales que obstaculizan el desarrollo de los países de América Latina son, realmente:

1o. — La desutilidad de los recursos humanos y naturales disponibles. El hombre latinoamericano —mantenido en alto porcentaje en la oscuridad del analfabetismo y aún más, alejado de la cultura técnica y de los instrumentos indispensables para lograr diferentes metas de

productividad—, apenas sí aparece en escena como la reserva más preciada de días por venir. De la misma manera las riquezas naturales de sus tierras incultas, de sus ríos que son fuentes potenciales de energía eléctrica, de sus minerales e hidrocarburos, de sus bosques madereros, de sus mares, en fin, del trabajo de sus habitantes, apenas sí se explotan en parte, y si esto se hace es, en alta proporción, para provecho de los intereses extranjeros.

2o. — El desgaste creciente de sus capitales potenciales, representados en las divisas que se obtienen con la exportación de sus mercancías primarias, que se escapan a través de la compra de servicios extranjeros y mercancías de posibles producciones nacionales. Mientras la América Latina utiliza más del sesenta por ciento de sus ingresos generales de exportación en gastos para cubrir los renglones de servicio, apenas sí recibe por el mismo concepto menos de la sexta parte de sus entradas de divisas. Esta marcada descompensación en la partida de servicios de la balanza de pagos latinoamericana tiene que considerarse como el principal obstáculo a su desarrollo económico y social. En dichos servicios las partidas principales están representadas por la repatriación de capitales, pago de transporte, turismo, etc. A tales escapes medibles, habría que agregarle la fuga clandestina de capitales, cuya cifra, para el caso exclusivo de Colombia, fue calculada en 1965 en más de un mil millones de dólares.

En la pura importación de bienes, más del resto de los recursos disponibles de la exportación —una vez deducidos los servicios— se ocupa en la importación de bienes no duraderos, de materias primas producidas en su propio territorio (petróleo, hierro, cobre, aluminio, etc., explotados por capitales extranjeros), o de productos agrícolas, entre ellos cereales, que bien podrían cosecharse en sus tierras incultas.

Al final, para atender la adquisición de los bienes de capital, la América Latina, en razón de su dependencia estructural, se ve obligada a acudir a la importación de capital, por inversiones directas o préstamos.²⁴

3o. — La importación de capital, que como un círculo vicioso, revierte sobre la América Latina, agudizando su desangre de divisas y capitales potenciales y ampliando el radio de acción de la dependencia: la financiera, conduce a mayor dependencia política, tecnológica, cultural (influencia sobre las universidades y educación en general, como fruto de la contraprestación a las “ayudas”, obsequios y préstamos).

La importación de capitales, considerada independientemente, constituye el tercer obstáculo fundamental al desarrollo de nuestros pueblos: más del veintiocho por ciento de los ingresos recibidos por la América Latina a través de sus exportaciones de bienes y servicios, se ocupan en la repatriación de utilidades y pago de intereses y amortizaciones de la deuda externa. Esta partida aumenta cada día más —en 1956 representaba el 15.6 por ciento; en 1963, llegaba a 28.5 por ciento— para tomar la característica del *Bumerán*: se importa capital para cubrir las deficiencias de la balanza o la falta de capital, pero a la vez la balanza se hace más deficiente por la ocupación de los recursos en el pago de intereses, utilidades y repatriación de capitales originales. En verdad un examen cuidadoso de la manera como operan los capitales extranjeros —de inversiones, préstamos o ayudas— permite comprobar que la América Latina no es realmente importadora sino exportadora de capitales, y que en vez de estar financiando su desarrollo con recursos externos, en muchos casos más bien financia el desarrollo de los países industrializados, a costa del sacrificio de sus recursos

24. Estadística de la CEPAL, Andrés Frank, en *¿Servicios extranjeros o desarrollo nacional?* (revista *Comercio Exterior*, México), y José Consuegra, en *Los economistas ante el desarrollo nacional*, Bogotá, 1967.

naturales y minerales que se agotan, de la explotación de su trabajo, del distorsionamiento de su desarrollo, etc.

4o. — El deterioro de los precios en las relaciones de intercambio, que en los últimos tiempos parece agudizarse más, y que con tanta claridad ha sido expuesto en los estudios de la CEPAL. Por ejemplo, en 1964 el valor unitario de las exportaciones latinoamericanas era de 95.8 (base de 100 en 1950) y el de las importaciones había llegado a 116.4, para señalar una relación de intercambio de 82.3.²⁵

Bastaría para expresar en su magnitud económica el significado de este fenómeno, recordar los comentarios de la CEPAL y de Prebich, cuando han afirmado que las sumas que pierde la América Latina por concepto del deterioro de los precios en su comercio con las potencias económicas, servirían para suplir las importaciones generales de capital. O sea, simplemente, que superado el obstáculo de la injusticia en la compra de manufacturas, cada día más caras, y la venta de materias primas, cada día más baratas, nuestros países podrían atender los gastos actuales de inversiones sin tener que permitir la entrada de capitales extranjeros o sin acudir al endeudamiento exterior.

En Colombia, a consecuencia de la crisis del café, fomentada por los países desarrollados consumidores, la relación de intercambio ha sido más negativa: en 1964, aparecía con 72.3. La gravedad y agudización de este problema ha obligado hasta al mismo Presidente de la República a denunciar públicamente las maniobras de los países industrializados en Londres, encaminadas a dividir la posición defensiva de los países productores de café, para lograr nuevas bajas del precio de este primer producto de exportación de muchas economías latinoamericanas.

25. CEPAL, *Estudio económico de América Latina*, 1964.

Los anteriores hechos comentados, sumados a los fenómenos de orígenes internos, entre los cuales sobresalen los referentes a las formas de tenencia de la tierra, concentración monopolística del capital privado, que a su vez engendra el problema de la desigual distribución del ingreso, sirven de fuente al techado superestructural de una política y de una cultura dependientes, de una organización estatal deforme y de una organización administrativa y fiscal deficientes. Y a nuestro entender —pese a las prédicas de los apóstoles de las *pastillas*— son éstos los verdaderos y auténticos obstáculos que hoy tropiezan los pueblos subdesarrollados en el camino de la reivindicación de su crecimiento económico, de su desarrollo social y de su dignidad política y humana.

Capítulo II

EL PENSAMIENTO ECONOMICO Y EL CRECIMIENTO DE LA POBLACION

Un rápido paseo por la historia del pensamiento económico, permite observar que los más eminentes investigadores de todos los tiempos han sabido apreciar el papel positivo que ha jugado la población en el desenvolvimiento económico; y cómo su crecimiento ha servido de fuerza irruptora en las etapas más brillantes del desarrollo.

En el campo de la inventiva, por ejemplo, los nuevos instrumentos de producción han sido la consecuencia de la presión demográfica. El aumento de la población encuentra sus obstáculos pero sabe superarlos. El poder de invención del hombre ha aparecido como solución social de producción. Al aumentar la demanda de mercancías —dice Silva Herzog en sus análisis históricos universales—, ya sea por el incremento de la población o porque se eleva el poder de compra de las clases sociales, o por ambas causas, se amplían rápidamente los mercados nacionales e internacionales; y al aparecer la urgencia de surtir las nuevas demandas se estimula el ingenio del hombre y se produce la invención.

Esta realidad indiscutible del poder creador y convulsivo de la población ha sido sopesada por los economistas, especialmente en los períodos de esplendor de los sistemas económicos. Tanto, que podría decirse que en la

polémica entre poblacionistas y antipoblacionistas, la primera selección de autores enmarca el pensamiento revolucionario y progresista de los teóricos del crecimiento, caracterizada por el optimismo, cuyos planteamientos responden a un período de coyuntura revolucionaria, vale decir, a las primeras etapas del sistema. Por el contrario, los antipoblacionistas, con Malthus a la cabeza, representan el pensamiento conservador de falso pesimismo que sólo esconde el temor al cambio, al rompimiento del status y a la superación de las estructuras prevalecientes, de las cuales emanan sus privilegios y provechos.

EL PENSAMIENTO MERCANTILISTA

Desde los economistas mercantilistas europeos, hasta los últimos autores extranjeros y latinoamericanos más sobresalientes, el tema de la población se ha examinado con seriedad, apreciándose plenamente el valor de su incidencia en el progreso económico de los países. “Y no sé por qué se ha de temer que haya muchos súbditos, muchos ciudadanos y vecinos, pues no hay riqueza ni fuerza sino la de los hombres”, exclamaba en el siglo XVI Juan Bodino, al rechazar los esquemas utópicos de Platón y Moro sobre población ideal y límites en la densidad familiar.

Y Juan Botero, a su vez, elevaba a primerísima categoría el papel de la población en el desarrollo económico. Para él las verdaderas fuerzas de la economía se hallan en la población, porque es ella la que puede crear la industria. En su obra *La razón del Estado*, afirma: “Vengamos ahora en las verdaderas fuerzas, que consisten en la gente, pues que todas las fuerzas se reducen a ésta, y quien tiene abundancia de hombres, la tiene de todas aquellas cosas a las cuales se extiende la industria e ingenio del hombre... Y dos maneras de fuerzas se consideran en la gente, que son la multitud y el valor... Italia y Francia no tienen minas de oro, ni de plata, y con todo eso tienen más que otra provincia de Europa, por la mucha habitación, que es causa que venga el dinero por medio del comercio,

porque donde hay mucha gente, se cultiva mucho la tierra; y por eso escribe Suidas que en su tiempo se cultivaba la tierra, más por la multitud que por la industria de los hombres: y que sacaba de la tierra el mantenimiento de la gente y la materia de las artes: y de aquí nace que la abundancia de la hacienda y la variedad de los artificios enriquecen al particular y al público, y si España es tenida por provincia estéril no es por defecto de la tierra, sino por falta de gente.”¹

Antonio Serna, agrupa en su *Breve tratado*, lo que podría considerarse como premisas prioritarias que servirían a todo el país para obtener la abundancia de oro y plata. En la descripción de sus llamadas causas colaterales y factores particulares y comunes, después de mencionar el papel que juegan los excedentes de los productos cultivados por encima de las necesidades (factor particular), enumera y describe los posibles fenómenos comunes de la industria, operaciones comerciales y disposiciones del soberano (política económica), y calidad de la población, que sirvan para lograr el objetivo del crecimiento económico. “En segundo lugar —dice en sus análisis— vendría el factor de la calidad de la población...; y este factor ocupa el primer lugar en hacer que una ciudad o un reino abunde en dinero en particular, más que en general.”²

Thomas Mun, a pesar de su obsesión por el comercio internacional y la balanza favorable, considera que la riqueza de su país dependía de los recursos naturales (minas, tierra apta para la agricultura, naves para la pesca, etc.) y recursos humanos representados en la canti-

1. Tomado de los capítulos transcritos por Jesús Silva Herzog, en su *Antología del pensamiento económico y social*. Fondo de Cultura Económica, p. 100. México. La obra del profesor Silva Herzog, a diferencia de otros tratados sobre historia de las doctrinas económicas, tiene la ventaja que transcribe fielmente los capítulos más importantes de los autores estudiados en su libro.
2. Transcrito por J. Silva Herzog, *ob. cit.*, p. 109.

dad de habitantes y en la laboriosidad de ellos. “En todas las cosas, decía, debemos de tratar de sacar todas las ventajas posibles, ya se trate de cosas *naturales* o *artificiales* y, puesto que la gente que vive de los oficios es mucho más numerosa que los que son dueños de las frutas, debemos lo más cuidadosamente posible sostener esas fuerzas de la multitud, en lo que consiste el mayor vigor y riqueza tanto del rey como del reino, *puesto que donde la población es numerosa y las manufacturas buenas, el comercio debe ser grande y el país rico.*”³

El austríaco Hornick, exponente del cameralismo, lo mismo que Seckendorff y demás representantes de esa escuela, fueron poblacionistas. En sus “nueve reglas”, recomendadas para lograr la grandeza de Austria, Hornick incluye enfáticamente el aumento de la población y el trabajo. El poner por obra las dos reglas que preceden (la primera recomienda la inspección del suelo del país en busca de su total aprovechamiento en la agricultura, sin omitirse esfuerzo alguno en descubrir criaderos de oro y plata, y la segunda recomienda la manufacturación en el país de todos los productos naturales) “requiere gente, tanto en lo que toca a la producción y cultivo de las materias primas como a la respectiva elaboración de ellas”, dice en su tercera regla, para afirmar categóricamente de inmediato: “Por consiguiente, se hace menester cuidar de que la población se extienda tanto como los límites del país lo permiten... Se hace imperioso por todos los medios posibles que esas gentes, en vez de caer en la indolencia, se orienten hacia profesiones y oficios remunerativos; que se instruyan y penetren con aliento en el dominio de los inventos, las artes y el comercio.”⁴

3. Thomas Mun, en *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior*. Fondo de Cultura Económica, México. (El subrayado es nuestro.)
4. P. W. Hornick, en *Austria sobre todos los países si así lo quiere*, de fragmentos transcritos por J. Silva Herzog, *ob. cit.*, p. 165.

El mismo Cantillon, que W. Stanley y Jevons encuentra como precursor de Malthus,⁵ no sólo reconoce la importancia de la extensión de la población, sino que facilita la comprensión del problema de la sobrepoblación relativa al observar que el límite sólo puede sujetarse con la ocupación plena de los recursos. Lógicamente, puede decir, si los recursos son expansivos, como la historia se ha encargado de demostrarlo, el crecimiento de la población constituye un estímulo al crecimiento económico. “Me parece así bastante claro, opinaba, que el número de habitantes de un Estado depende de los medios a ellos asignados para su sustento; y como los medios de subsistencia dependen del método de cultivar la tierra, y el uso de ésta depende, a su vez, de la voluntad del gusto y del género de vida de los propietarios de la misma, es evidente que de ellos depende la multiplicación o decrecimiento de la población de los países.”⁶

A diferencia de Malthus que esbozaba una “ley” natural, antihistórica y antisocial, con pretensiones de infalibilidad en el supuesto del crecimiento desproporcionado de la población y de los medios de subsistencia o la producción, Cantillon, basado en el concepto eminentemente social de la economía —condicionando la producción a las relaciones sociales y a las características en las formas de propiedad y tenencia de los recursos y factores de producción—, deja constancia de que los medios de subsistencia que afectan al crecimiento de la población, están sujetos al uso que se haga de la tierra, dependiendo a su vez dicho uso de la voluntad de los terratenientes o de los propietarios en general. Esta observación hecha a comienzos del siglo XVIII, puede ser también valedera para nuestros días, donde bien podría decirse que el

5. En *Richard Cantillon y la nacionalidad de la economía política*, incluido en la edición del *Ensayo*, de Fondo de Cultura Económica, p. 218.

6. R. Cantillon, en *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 58 y 59.

hambre que soportan las masas campesinas de América Latina de ninguna manera se debe a una exagerada población, ya que la densidad es de 12 habitantes por kilómetro cuadrado —incluida toda la población urbana y rural— sino sencillamente al uso que da a sus tierras, en su mayor parte inexplotadas por propietarios ausentistas o explotadas inadecuadamente por campesinos pobres minifundistas, huérfanos de la protección y del incentivo del sistema. “Indudablemente, concluía Cantillon, si todas las tierras se destinan al mero sustento del hombre, la especie humana se multiplicaría hasta las cifras que esas tierras podrían sustentar.”⁷

En 1779, el economista español Bernardo Ward, afirmaba en su *Proyecto económico*: “Sobre el contenido de este capítulo hemos de considerar que *la población es el fundamento de todo*, que donde no hay hombres no puede haber cultivo, ni fábricas, ni comercio, artes, poder, ni riqueza.” Palabras, por cierto, que sirven para apreciar el pensamiento que acompaña a los preocupados teóricos y a los gobernantes del período de esplendor español.

Y en Italia, el filósofo y economista Antonio Genovesi en sus *Lecciones de comercio*, en un planteamiento atrevido para la época, participa de la idea de la gran población especialmente de la gente de trabajo, como hecho conducente al mantenimiento de una buena economía, siempre y cuando que el número de los propietarios —devengadores de plusvalía y de renta— sea el mínimo. “El principio fundamental de donde dimanen todas las reglas generales y particulares de una buena economía es, como ya se ha dicho, que el *número de los hombres—principal riqueza de todas las naciones—* que hacen conducir la tierra y las aguas y sostienen la renta del Estado, sea el mayor que pueda ser en relación con la extensión del país, la proximidad del mar, el comercio y otras circunstancias seme-

7. *Ob. cit.*, p. 50.

jantes. *El aumento de la población*, la adquisición de las riquezas y la felicidad natural y civil de los pueblos es, como ya se ha dicho, el objeto principal de la economía civil y de donde nacen la opulencia y la gloria del soberano.”⁸

David Hume entrelaza todo su andamiaje teórico del crecimiento con el papel que juega el consumo de la población. Toda conducta del Estado, insinúa, encaminada a fomentar el lujo —sinónimo de consumo de mercancías que antes no se consumían y de ampliación del radio de demanda— redundaría en beneficio del desarrollo económico y social. Esta intensidad de consumo se encuentra, como puede suponerse, estrechamente relacionada con la población. “El lujo y la opulencia de una parte de la nación, de los que antes no tenía la menor idea... es el medio con que los hombres salen, algunas veces, de su indolencia y letargo.”⁹

Hume, que antecede a Sombart en su apología del lujo como incentivo del desarrollo capitalista, defiende la redistribución de la propiedad territorial, a fin de lograr que el país aproveche plenamente los recursos, permitiendo que se exploten a cabalidad por parte de los hombres de trabajo. Cuando en un país, decía, las riquezas se encuentran concentradas en un pequeño número de individuos, oprimen al pueblo y le extinguen su capacidad creadora y su voluntad industrial. La necesidad, para Hume, es el primer incentivo para la producción. Y esta necesidad puede ser, como él lo supone, fruto de la poca fertilidad del suelo, de la avaricia, o, como también puede deducirse, de un volumen considerable de población.

Todos los autores de la historia de la economía, y particularmente de los sistemas económicos, coinciden

8. Fragmentos de *Lecciones de comercio*, o *Bien de economía civil*, J. Silva Herzog, *ob. cit.*, p. 235. (El subrayado es nuestro.)
9. David Hume, en *Ensayos económicos*, capítulos transcritos por J. Silva Herzog, *ob. cit.*, p. 230.

en señalar a la población como fenómeno complementario de las fuerzas materiales irruptoras que han conducido al paso de nuevos sistemas. Con el aumento de la familia nómada se localiza especialmente la tribu; y el crecimiento de ésta moldea la ciudadela esclavista. El capitalismo naciente se estimula con la velocidad demográfica del momento y con la población de los territorios descubiertos y conquistados en América, Africa y Asia. En la etapa industrial constituye su estímulo: "La población aumentó en Europa, en el curso del siglo XVIII, con rapidez sin precedente, influyendo en el proceso económico."¹⁰ En 1700 la población de Inglaterra era de cinco millones y medio y en 1780 casi llegaba a los ocho millones (7,9 millones); en Francia, de 19 millones se pasa a 23 millones en el mismo lapso; en Prusia casi se duplica en cincuenta años: de 3,3 millones que tenía en 1740, pasó a 5,6 millones en 1790, etc. Todos éstos, al compararse con épocas anteriores, aparecen como crecimientos extraordinarios.

Y de manera inversa, cuando la población ha decrecido notablemente en ciertos países, los economistas suelen analizar el fenómeno ya como causa de futuras decadencias, ya como reflejo de la crisis que soporta el sistema prevaleciente. Pernaut, al enumerar los hechos que condujeron a la decadencia del poder de la ciudad de Roma sobre Europa y parte de Asia y Africa, dice: "Asociando a este panorama económico la decadencia moral; *las repercusiones demográficas de la baja natalidad*; la paulatina infiltración de las naciones bárbaras, a través de las fronteras, se comprende fácilmente que el Imperio acabará desintegrándose."¹¹

10. J. Silva Herzog, en *Antología del pensamiento económico y social*. Fondo de Cultura Económica, p. 26.

11. Manuel Pernaut, en *Introducción a la renta nacional, el ciclo y la moneda*. Ediciones Universidad Católica Andrés Bello, p. 6.

EL PENSAMIENTO CLASICO

En el compendio del pensamiento clásico, los primeros exponentes de la doctrina liberal, que responden al esplendor de la revolución industrial, son optimistas y, por lo tanto, aún no se apegan a la defensa de determinadas estructuras. Smith comienza su obra recordando que, “la suma anual de trabajo de cada nación constituye el fondo que la provee originariamente de todo lo que cada año consume para atender a las necesidades o las comodidades de la vida, y que es siempre, o bien un producto inmediato de aquel trabajo, o bien algo que con él se compra a naciones”.¹² La riqueza de un país y el nivel de consumo de sus habitantes, dependen de su trabajo. Si se cuenta con más habitantes y éstos trabajan, la riqueza será mayor. Tan sólo, habrá que pensar —y es ésta la esencia de la filosofía smithiana—, en la división del trabajo y en la marcada especialización de los oficios, a fin de lograr los máximos rendimientos, el aumento de destreza, el ahorro de tiempo y la agudización del ingenio inventor.

Más aún, Smith al propender por cierto tipo de salario por encima del mínimo para el sustento, deja entrever su preocupación por la incidencia negativa que pueda tener

12. Adam Smith, en *La riqueza de las naciones*. Ediciones Aguilar, p. 3.

en la población trabajadora un ingreso reducido, ya que un salario bajo podría paralizar el crecimiento demográfico: "El hombre tiene que vivir siempre de su trabajo, y su salario tiene que bastarle al menos para mantenerlo. En muchas ocasiones tiene incluso que ser algo más porque de otro modo le sería imposible criar una familia y la casta de los obreros no podría durar más allá de la primera generación."¹³



13. A. Smith, *ob. cit.*, p. 61.

EL PENSAMIENTO PROTECCIONISTA

Federico List, en su rebeldía antiortodoxa, al lado del rechazo del modelo librecambista de la especialización internacional del trabajo —que estimulaba a los países industrializados a continuar como ricos y condenaba a los países agrícolas a seguir como pobres—, menosprecia la insensibilidad de Malthus y rechaza sus especulaciones teóricas. “Si la teoría de Malthus nos parece estrecha en sus tendencias —meditaba—, en sus medios se muestra contraria a la Naturaleza, destructora de la moral, horrible, en fin.”¹⁴ Pero para el caso eminentemente estadístico, no es cierto, afirma, que la población crezca con más rapidez que la producción de subsistencia.¹⁵

List es un optimista del crecimiento. Su pensamiento siente el influjo del despertar económico alemán. Los nuevos inventos y las técnicas productivas lo embriagaban. La fuerza de vapor, solía exclamar, despertará algún día a los gigantes —carbón y hierro— que duermen en las montañas.¹⁶ Cada día que viviese la humanidad explotaría para su conveniencia las grandes riquezas potenciales. La producción iría en mayores aumentos al transcurrir el

14. En *Sistema nacional de economía política*. Aguilar, Madrid, p. 120.

15. F. List, *ob. cit.*, p. 19.

16. Citas de Miguel Paredes, en prólogo a la edición de *Sistema nacional de economía política*, que estamos citando.

tiempo. Por eso consideraba, al referirse a Malthus, que se necesitaba “tener miras muy cortas para tomar la potencia actual de las fuerzas productivas como medida del número de hombres que puedan encontrar subsistencia en determinado espacio.”¹⁷

Para List el ideal era la economía manufacturera. Con la industrialización los medios de subsistencia sobrepasarían todo ritmo poblacionista. Y aunque no profundiza en el examen de las causas de una posible falla estructural en el sistema, sí es correcto al declarar que no puede culparse a la población o a los desocupados, cuando por otras causas, las máquinas dejan de trabajar o la producción de mercancías no encuentra consumidores en los mercados, mientras las masas no satisfacen sus necesidades y la mayor parte de la gente del mundo padece hambre.

La culpa de los problemas de Inglaterra —que en realidad eran los problemas de un sistema económico que había alcanzado ciertos niveles no logrados en Alemania— no podían extenderse al mundo, ni mucho menos, las teorías emanadas de esa realidad, habrían de servir para interpretar los fenómenos de otras regiones del planeta. “Si los capitales acaban acumulándose de tal modo que no encuentren ya empleo en el país, si las máquinas dejan sin trabajar a una multitud de hombres, si, en fin, los productos fabricados a barrotan los almacenes, esto es una prueba de que la Naturaleza no ha querido que la industria, la civilización, la riqueza y el poder fuesen patrimonio exclusivo de un solo pueblo, mientras que una porción considerable de tierras susceptibles de cultivo no está habitada más que por animales salvajes y la mayor parte de la especie humana está hundida en la barbarie, en la ignorancia y en la miseria.”¹⁸

17. F. List, *ob. cit.*, p. 120.

18. *Ibidem.*

Sólo le faltó a List, observar que, inclusive en Inglaterra, como se desprende de la doctrina de Malthus, la abundancia era, como la población, relativa; ya que mientras los almacenes acumulaban existencia, el pueblo languidecía ante un subconsumo ligado a los bajos salarios, a los reducidos ingresos.

EL PENSAMIENTO SOCIALISTA

Por su parte, la doctrina socialista es clara y enfática en su rechazo al malthusianismo. Nadie fue más duro que Marx para desenmascarar la posición reaccionaria y poco científica de Malthus. Marx, no sólo se irritaba con la superficialidad teórica de Malthus, sino que combatía duramente su estilo plaguario y su posición incorrecta ante la seriedad científica de Ricardo. Mientras Ricardo personificaba la dinámica de la sociedad burguesa, en lo que ésta significaba desarrollo ilimitado e implacable de las fuerzas productivas de la sociedad, decía, Malthus, especialmente en su teoría del valor, glorifica los vestigios de la sociedad antigua, con sus terratenientes, su Estado, sus diezmos, sus recaudadores de impuestos, sus bolsitas, sus verdugos; en una palabra, todo aquello que Ricardo combatía como vestigios inútiles y dañinos de la producción burguesa.¹⁹ Ya hemos visto, afirma más adelante, cuán pueril, endeble, vacua y trivial es la posición de Malthus"... "pero, además, pesa sobre él una acusación más grave, su incapacidad de renunciar a su vicio innato de plagiarismo", puesto de presente en sus *Principios de economía política*, que "son una simple traducción, un

19. Carlos Marx, en *Historia crítica de la plusvalía*, tomo tercero. Fondo de Cultura Económica, p. 44.

poco arreglada, de los *Nouveaux Principes de L'économie Politique*, de Sismondi”.

Es verdad, comentaba Marx, que Malthus propugna por el desarrollo de la sociedad capitalista, pero entiende que esta producción debe ajustarse al mismo tiempo a las necesidades de consumo de la aristocracia y de todo lo que le sirve de complemento en el Estado y en la Iglesia, que personificaban los intereses heredados del feudalismo y de la monarquía absoluta... “Malthus se muestra de acuerdo con la producción burguesa siempre y cuando ésta no sea revolucionaria, no represente un elemento histórico nuevo y se limite a establecer una base material más amplia y más confortable para el sostenimiento de la antigua sociedad.”²⁰ Para el caso concreto de *On The Principle of Population*, Marx denunciaba: “En realidad, la obra de Malthus sobre la población era un panfleto dirigido contra la Revolución Francesa y las aspiraciones de reforma que se manifestaban en Inglaterra. Era una apología de la miseria de la clase obrera. Para escribirla no había hecho otra cosa que plagiar a Townsend.”²¹

Podría argüirse que Marx, como padre del socialismo científico y crítico del capitalismo utiliza el mismo lenguaje para referirse a los teóricos de este sistema. Y no es así. En su obra reconoce repetidas veces los méritos de los grandes economistas que lo precedieron o de los que él mismo calificó de clásicos. A Petty no sólo lo llama el fundador de la moderna economía política, sino que habla de su “genio y su originalidad”.²² A Smith, a Ricardo y a casi todos los liberales les reconoce sus

20. C. Marx, *ob. cit.*, p. 45.

21. *Ibidem*, p. 53. En el tomo II, de la edición mencionada, agrega “Malthus era un plagiario profesional. Basta comparar la primera edición de su obra sobre la población con el estudio del Rev. Townsend, para convencerse que no trabajó sobre él en labor de libre creación, sino que lo copió y lo parafraseó sencillamente como un plagiario servil”... (p. 245).

22. *Ibidem*, tomo I p. 3.

valiosos aportes científicos. Tal vez nada más oportuno para apreciar su espíritu de vigoroso crítico científico, que recordar el parangón que hace entre los conceptos que tenían Ricardo y Malthus sobre el trabajador: “No es deshonesto por parte de Ricardo —comentaba— equiparar los proletarios a la maquinaria, al ganado de carga o a las mercancías. Esto es estoico, objetivo, científico. Siempre que puede hacerlo sin pecar contra su ciencia, Ricardo se manifiesta como el filántropo que realmente era en su vida práctica. En cambio el ‘cura’ Malthus, sin dejar de degradar al obrero al papel de bestia de carga, lo condena a la muerte por hambre y al celibato. Y, además, allí donde las mismas exigencias de la producción merman al terrateniente su ‘renta’ o tocan a los ‘diezmos’ de la Iglesia oficial o a los intereses de los usufructuarios de los impuestos, o donde sacrifica la parte de la burguesía industrial cuyos intereses entorpecen el proceso de la producción —por tanto, allí donde se trata de los intereses de la aristocracia contra la burguesía o de la burguesía conservadora y retardataria contra la burguesía progresista—, en todos esos casos el ‘cura’ Malthus, en vez de sacrificar los intereses particulares a la producción, procura, en lo que de él depende, supeditar las exigencias de la producción a los intereses privativos de las clases o fracciones de clases dominantes, para lo cual no tiene inconveniente en falsear sus conclusiones científicas. En esto consiste su deshonestidad científica, su pecado de lesa ciencia, aparte de su desenfado de plagiarario profesional. Las consecuencias científicas a que llega Malthus están llenas de consideraciones hacia los elementos más reaccionarios de estas clases dominantes en particular; lo cual equivale a decir que falsea la ciencia al servicio de estos intereses. En cambio, carecen de todo escrúpulo cuando se trata de las clases subyugadas. No sólo carecen de escrúpulos, sino que, además, se jactan de ello, se complacen cínicamente en ello y exceden incluso, en su

favor contra los que viven en la miseria, de lo que desde su propio punto de vista estaría científicamente justificado.”²³

Por lo demás, Marx fue repetidas veces explícito en *El Capital*, al referirse, en los capítulos vigésimo tercero (sobre la “Ley orgánica de la acumulación capitalista”, del Libro Primero) y decimocuarto (sobre “Causas contrarias”, “Ley de la baja tendenciosa de la cuota de beneficio”, del Libro Tercero), al exceso relativo de población que se formaba en el proceso de la acumulación del capital, efecto de un fenómeno propio de las contradicciones dialécticas del sistema: el proceso de la reproducción modifica la composición orgánica del capital a través de un continuo aumento de su parte constante —bienes fijos de producción y demás elementos indispensables para la producción de mercancías—, a costa de la parte variable —el trabajo presente—. A medida que en los países industrializados —lo mismo que en los subdesarrollados, donde opera el capital extranjero con empresas automatizadas— se adquieren mayores grados de técnica, automaticismo, etc., se va operando una modificación notable en relación del capital constante y el capital variable. Podría decirse que a mayor utilización de máquinas, menor utilización relativa de obreros. “Es cierto que al crecer el capital total crece también su porción variable a la fuerza de trabajo incorporada a él, pero en proporción constantemente decreciente.”²⁴ Esta disminución relativa de la porción variable del capital es la fuente del “exceso” de población trabajadora —parados— en los países desarrollados. Al paso que la acumulación se acrecienta, también se amplía el volumen de “población excedente o superflua para las necesidades

23. C. Marx, *ob. cit.*, tomo I, pp. 250 y 251.

24. *Ibidem*, en *El capital*, p. 126, tomo 2, de Ediciones Fondo de Cultura Económica, México.

medias de valorización del capital”.²⁵ Y este excedente relativo de población, anota Marx, se muestra tanto más manifiestamente en un país cuanto más desarrollado está en él la producción capitalista.²⁶ Es, precisamente, como lo anotábamos en páginas anteriores al citar un concepto de J. Robinson, lo que ha venido sucediendo en los Estados Unidos, con el marcado crecimiento de su ejército de desocupados, inclusive en las fases de expansión cíclica, que sólo disimulan a medias, con las situaciones bélicas, o con gigantescos ejércitos. Es ésta, afirma Marx, “una ley de la población propia del modo capitalista de producción, que, como todo modo especial de producción, tiene sus leyes de producción especiales, que rigen en la historia”.

25. C. Marx, *ob. cit.*, p. 126.

26. *Ibidem*, p. 236, tomo 4, de *El Capital*, de Ediciones Fondo de Cultura Económica, México.

EL PENSAMIENTO ECONOMICO NORTEAMERICANO

En el período de esplendor de la economía norteamericana —segunda mitad del siglo pasado—, que coincide también con la presencia de los economistas, más originales de ese país, los investigadores rechazan vigorosamente las tesis antipoblacionistas, de la misma manera que se separan sus estadistas de las doctrinas librecambistas. Henry George, en su obra famosa y clásica *Progreso y miseria* le dedica todo el “Libro Segundo” (sobre población y subsistencia) al análisis y refutación de las teorías de Malthus. George, el pensador original, el intelectual consciente, el inconforme social y el sincero moralista, repudia los conceptos humanos de Malthus y sus tan maliciosas, como tendenciosas conclusiones. “Nada es más contrario al sentimiento de armoniosa combinación de liberalidad y sabiduría que arroja la responsabilidad de la pobreza y sus accesorios sobre los inescrutables designios de la Providencia... Pero la teoría de Malthus ha resistido a pesar de las refutaciones de los Godwins, de las denuncias de los Cobbetts, del sarcasmo y del ridículo de la controversia... Pero la causa principal del triunfo de esta teoría es que en vez de amenazar algún derecho adquirido o combatir algún interés poderoso, es eminentemente lisonjera y tranquilizadora para las clases que, manejando el poder de la riqueza, dominan en gran parte

el pensamiento. Y cuando las columnas del pasado iban a derrumbarse, vino a preservar los privilegios especiales que permiten a unos pocos monopolios tantas cosas buenas de este mundo, proclamando una causa natural de la escasez y la miseria que, si se hubiese atribuido a instituciones políticas, debía condenar a todo gobierno, bajo el cual existieron.”²⁷

Sabio, por demás, es este razonamiento repleto de interpretaciones científicas de un problema históricamente social. Como en la época de Malthus, en Inglaterra, o en los actuales momentos en Colombia, los antipoblacionistas expresan el querer de las estructuras e instituciones dominantes que, ante la imposibilidad de detener los fenómenos que ellos mismos provocan como agentes y usufructuarios del sistema —como es el caso de la sobrepoblación relativa y de la miseria de las masas desposeídas, etc.—, terminan por inculpar a las víctimas y a los efectos para encubrir y absolver a los victimarios y a las causas. En nuestros países, por ejemplo, los mismos gobernantes, como testaferros de la organización social predominante, se hacen eco de las tesis de los intereses extranjeros que explotan nuestras riquezas mineras, nuestros recursos humanos, y que se aprovechan de nuestra limitada capacidad de consumo, señalando un peligro en el crecimiento de la población, al responsabilizarla del fenómeno del hambre, de la desnutrición, de los bajos salarios, del analfabetismo, de la insalubridad, etc. Como si en el siglo pasado, cuando estos países arrojaban una población varias veces inferior —en Colombia, en 1870, contábamos con 2.391.984²⁸ habitantes— la miseria no hubiese sido la misma o tal vez mayor, el analfabetismo

27. Henry George, en *Progreso y miseria*, Francisco Beltrán editor, Madrid, 1922, p. 101 y ss.

28. Para 1966 la población colombiana se calculaba en 19.215.158 habitantes (*Boletín Mensual de Estadística*, mayo de 1968). En 1770 la población colombiana era de 806.641 habitantes, para una densidad de 0.4 habitantes

mucho más protuberante, la insalubridad más aguda, en fin, las condiciones de existencia del campesino tan infra-humanas como, o más que, en el presente... Y como si en los momentos actuales no encontráramos “el hecho concreto de que un continente como Africa, típico por el lento crecimiento de su población, posea el más bajo nivel de vida”, y que, en el caso de Bolivia, con una densidad de población 35 veces menor que la de los Estados Unidos, su renta per cápita sea siete veces menor, “ni que Kenya, poseedora de una densidad de población 21 veces menor que Inglaterra, cuente con una renta per cápita 16 veces menor que ese país”.²⁹ Naturalmente, los aprovechados de las estructuras actuales anhelan que todo permanezca igual y se incomodan y asustan ante la presencia del aumento de una población campesina que pide tierras de cultivos, de tugurios que se agrandan como fuerza de presión urbana; en fin, de pueblos que han tomado conciencia del desarrollo y que comienzan a observar que la riqueza de sus países sólo sirve de banquete permanente a los monopolios extranjeros.

Con razón George opinaba en su tiempo: “Ahora, como entonces, la doctrina de Malthus rechaza la reclamación de reformas, y pone a cubierto de dudas y escrúpulos al egoísmo, interponiendo la idea de una necesidad inevitable”... “Una teoría que justifica la codicia de los ricos y el egoísmo de los poderosos, debía extenderse rápidamente y echar raíces.”

Pero en su obra, al lado de la cuestión política y moral, George refuta histórica y económicamente a Malthus,³⁰

por kilómetro cuadrado. Y en 1825, la población registrada de la Gran Colombia —territorios de Colombia, Venezuela y Ecuador— arrojaba 1.223.098, en una superficie de 3.064.800 kilómetros cuadrados, para una densidad de 0.4 habitantes por kilómetro cuadrado. (*Anuario General de Estadística*, 1946.)

29. K. Malin, en *Los recursos vitales de la humanidad*. Ed. Progreso, p. 12.

30. George, como se hace ahora, compara las densidades de los países más pobres —India, 132 habitantes por milla cuadrada; China, 119— con los

ilustrando sus conceptos con numerosos ejemplos, muchas veces recordando pasajes irónicos como los de Swift, en su sátira del perro con cola kilométrica, y al final enumera algunas de las verdaderas causas de la miseria del pueblo, las cuales, a su entender, tienen que buscarse en “la desigual distribución de la riqueza” (argumento por cierto muy en boga entre los economistas contemporáneos que indagan las causas del subdesarrollo), en la opresión y explotación de las clases trabajadoras, en la “rapacidad” del imperialismo sobre las colonias y países sometidos, etc.³¹

La posición de George es no sólo ejemplar sino también correcta y visionaria. Su radiografía del imperialismo inglés es un canto de rebeldía y de enjuiciamiento. El responde a la insensatez de Malthus con la denuncia de las actividades extorsionistas de Inglaterra en el mundo de esa época. Y acogiéndose a los escritos de los propios autores ingleses y a las cifras estadísticas, demuestra cómo el hambre de los pueblos sojuzgados no puede achacársele a determinado número de población, porque ella ha sido siempre la consecuencia de la dominación

más ricos de esa época —Sajonia, 442 habitantes por milla cuadrada; Bélgica, 441; Inglaterra, 442; Holanda, 291—, para indicar que no es la relación de la población con la tierra disponible, la causa del hambre.

31. George cita (pp. 118 y 119 de la *ob. cit.*) y comparte las tesis de Tennaut y Macaulay que denuncian la rapiña de los ingleses en la India. Tennaut había dicho en 1796, o sea dos años antes de aparecer la obra de Malthus: “Al pensar sobre la gran fertilidad del Indostán, pasma considerar la frecuencia del hambre, es evidente que no es debida a la esterilidad del suelo ni al clima; el mal se debe buscar en alguna causa política, y no se requiere mucha penetración para descubrirla en la avaricia y extorsión de los distintos gobiernos”, rapiña del imperialismo inglés en los siguientes términos: “Fortunas enormes se acumulaban en Calcuta, mientras que millones de seres humanos quedaban reducidos a la miseria más espantosa... nunca habían vivido los hindúes bajo una tiranía semejante. Un dedo de la Compañía era más dura para ellos que los leones de Surahah Dowlah. Mejor parecía un gobierno del genio del mal que el gobierno de tiranos humanos. Huían aterrados del hombre blanco.” (Citados por George.)

imperialista o del sistema económico —con sus formas de relaciones sociales de producción— existente. “La India, decía, se halla ahora como una hacienda en posesión de un propietario ausente y extranjero, doblada la cerviz bajo el yugo de la peor y más, opresora dominación... La India sostiene las más costosas organizaciones militares y civiles inglesas y de su población son sacadas más de 20.000.000 libras anuales... En los distritos donde se sufre hambre los alimentos se exportan como pago de impuestos....” “Lo cierto es que la sociedad india en su totalidad, ha sido empobrecida, enormemente, bajo nuestro mando”, aceptaba Hyndman, y el procedimiento sigue ahora con una rapidez excesiva... “La causa positiva del hambre en la India ha sido y es todavía la rapacidad del hombre, no la ruindad de la naturaleza... Y esto mismo puede decirse para China. Ni en la India, ni en la China, por consiguiente, cabe atribuir la pobreza y el hambre al exceso de población, sobre las subsistencias. No es la población densa, sino las causas que impiden tomar su natural desarrollo a la organización social y asegurar al trabajo su recompensa completa, lo que mantiene a millones de personas en precio límite de morir de hambre; límite que con frecuencia traspasan otros millones.”³²

Con palabras como las anteriores, el más grande economista norteamericano del pasado, no sólo refuta el pesimismo engañoso de Malthus, sino que facilita todo un manantial de interpretaciones de los orígenes del subdesarrollo que aquejan a las dos terceras partes del mundo. Precisamente, los economistas latinoamericanos, entre ellos los que han expresado su pensamiento por intermedio de la revista *Desarrollo Indoamericano*, han venido sosteniendo que los orígenes del subdesarrollo hay que indagarlos en el acontecer histórico de nuestros pueblos, empezando desde las épocas expolatorias de sus conqui-

32. George, *ob. cit.*, pp. indicadas.

tas por parte de países europeos, pasando por los períodos de dominación colonial y explotación imperialista, hasta llegar a las actuales situaciones de dependencia exterior y de defectuosa y anacrónica organización estructural.³³ Casi un siglo más tarde las disquisiciones de George fueron acogidas por el pueblo libre y soberano de la India en su *Declaración de Independencia*, al proclamar “que el gobierno británico en la India no sólo ha privado al pueblo de libertad, sino que ha descansado en la explotación de las masas y arruinado al país económica, política, cultural y espiritualmente”.³⁴

Pero George no sólo acomete contra el planteamiento de la relación desigual en el crecimiento de la población y la producción, como ya hemos visto, sino que, además, desposeído de veleidades, hace de poblacionista, confiando plenamente en la capacidad de trabajo y creación del hombre para sostenerse y progresar permanentemente, siempre y cuando que los estamentos estructurales e institucionales de la organización social lo permitan. “Sostengo —afirmaba— que, en un estado de igualdad, el aumento natural de población tenderá siempre a que cada uno sea más rico y no más pobre... Sostengo que en un estado cualquiera de civilización, mayor número de personas puede estar mejor provisto colectivamente que uno menor... Sostengo que la injusticia de la sociedad, no la mezquindad de la naturaleza, es la causa de la escasez y de la miseria que la teoría corriente atribuye al exceso de población.”³⁵

33. Ver: José Consuegra, *ob. cit.*; Alonso Aguilar, *ob. cit.*; Fernando Carmona, *ob. cit.*, André G. Frank, *ob. cit.*; etc.

34. Citado por Alonso Aguilar, en *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*. Ed. UNAM, p. 85.

35. *Ob. cit.*

EL PENSAMIENTO MODERNO EUROPEO Y NORTEAMERICANO

En los tiempos presentes muchos economistas, ajenos a la morbosa influencia de los organismos voceros de los intereses de los grandes consorcios, se han referido en sus análisis científicos, al significativo papel de la población en los cambios positivos del crecimiento económico. Varios de ellos han construido modelos teóricos alrededor del supuesto dinámico del cambio demográfico (ya hemos visto en el capítulo anterior las aportaciones de Hansen, Guitton, Sweezy e Higgins en esta materia (ver páginas 32 y siguientes), y últimamente los sociólogos y educacionistas sopesan con cuidado la importancia de los recursos humanos.

Aún bajo la influencia de la gran crisis del 29, Ernest Wagemann, por ejemplo, indagaba el efecto de una serie de fenómenos sociales y económicos sobre la coyuntura, para sacar conclusiones que muchos aceptan hoy como leyes³⁶ de la población.

Para Wagemann la densidad demográfica viene a ser, en cierto modo, una consecuencia del sistema económi-

36. En Colombia, por ejemplo, Alvaro Daza hacía alusión recientemente a la "ley Wagemann" sobre las "alteraciones demodinámicas", que expresa que "a medida que aumenta la densidad de la población, la sobreproducción y la impoblaración se presentan alternativamente". (Ver *La repartición de los ingresos*, en la revista del Banco de la República, No. 477.)

co.³⁷ Entre la densidad de la población y el grado de intensidad existe una relación gradual —suponiendo inalterables ciertas variables—, como la forma de organización, la técnica de la producción y los hábitos del consumo. En otras palabras, dicha relación hay que aceptarla como absolutamente funcional y de ninguna manera de naturaleza causal. La intensidad viene a ser “el cúmulo de energías mercantiles y productivas de que dispone una zona económica por unidad superficial y por habitante”... Vale decir, una especie de “rendimiento productivo por unidad de superficie y por habitante”.³⁸

La población, pues, o más estrictamente, la densidad de población, bien podría acomodarse con garantía o idealizarse, teniendo en cuenta, suponiendo o condicionando, una situación determinada de *intensidad*. La intensidad, a su vez, expresa las diferentes formas de organización social, o el sistema o la parte del sistema económico existente. “Una determinada forma de organización económico-nacional, explica él mismo, puede combinarse con grados de intensidad muy diversos.”³⁹

Se desprende de la terminología y del análisis wagemanniano, que lo fundamental es el grado de intensidad, expresado en las “disponibilidades del suelo en *materia de energías humanas* y capital real”, al lado de las características de la división del trabajo, de la técnica de la producción y de la amplitud de los mercados nacionales e internacionales. Pero, a su vez, la densidad de población juega un papel importantísimo en las modalidades de la producción, en la amplitud del mercado interior, en el nivel de la división del trabajo, en la técnica productiva, y, “en

37. Ernest Wagemann, en *Estructura y ritmo de la economía mundial*, Editora Nacional, México, pp. 22 y ss.

38. *Ibidem*, p. 23.

39. *Ibidem*, p. 22.

definitiva (en) las acumulaciones y disponibilidades de capital".⁴⁰

Lester V. Chandler, en su obra *Introducción a la teoría monetaria*, coloca en primer lugar a la población entre los recursos que sirven para calcular la potencialidad económica-productiva de la comunidad. Los factores que determinan el volumen potencial de la producción presente de mercancías y servicios, anota, son, en orden de prioridad: "1o. el número de la población, su energía y su actividad ante la vida; 2o. la extensión del territorio nacional y la riqueza de sus recursos naturales..., etc."⁴¹

Hirschman, un economista conocedor de la problemática del mundo subdesarrollado, por haber actuado como consejero y como investigador en varios países latinoamericanos, hace gala de honestidad al apartarse de la vocinglería antipoblacionista y considerar en su exacta incidencia el papel de la población en el desenvolvimiento económico. No importa, cómo él mismo confiesa, que sus palabras se divorcien de las opiniones de aquellos autores que se hacen voceros de los intereses y conveniencias de los países desarrollados.

Resulta interesante escuchar sus razonamientos, que, aunque un poco tímidos ante el temor de la reacción de los discípulos de las falacias neomalthusianas, permiten apreciar el concepto del investigador científico. "En la teoría del desarrollo económico —escribe— pocos temas

40. Ernest Wagemann, *ob. cit.*, p. 25.

41. Lester V. Chandler, en *Introducción a la teoría monetaria*, Fondo de Cultura Económica, p. 51.

han tenido tanto éxito como el del crecimiento de la población.” Al aceptarse generalmente que el objetivo del desarrollo, o al menos la mejor aproximación de éste, es el incremento del ingreso per cápita, la población se constituye en el dominador de la expresión que queremos llevar al máximo y cualquier incremento en ella, sólo puede considerarse como retroceso en el camino del desarrollo. Expresiones tales, como la que dice que el crecimiento de la población “se traga” los incrementos del producto parcial o totalmente, la cita casi obligatoria de Lewis Carroll: “Aquí se necesita correr lo más posible para mantenerse en el mismo lugar”, atestiguan en favor del supuesto universal, de que el único efecto del crecimiento de la población es frustrar el desarrollo económico.

“Frente a esta unanimidad presentaremos, no sin cierto temor —al fuego de fusilería que sin duda se nos abrirá— algunas razones que nos hacen pensar que las presiones demográficas pueden considerarse como fuerzas estimulantes para el desarrollo.”⁴²

Hirschman, acoge las insinuaciones de Wagemann, sobre el papel de la densidad demográfica y refina estos conceptos al referirse a la concentración poblacional urbana. Para él, el estímulo que puede trasladarle el aumento de la población al desarrollo, será aun más probable cuando se localiza en las ciudades. Si las nuevas cifras de mayor población, insinúa, se combinan con crecimientos urbanos, este último hecho puede provocar más necesidades de capital fijo, y en las presiones para obtenerlo como habitación, escuelas y servicios públicos.⁴³

Este planteamiento de Hirschman hace recordar los argumentos de la teoría de los *diferentes factores* en la explicación del tipo de interés. Como se sabe, los expo-

42. Albert O. Hirschman, en *Estrategia del desarrollo*, Fondo de Cultura Económica, p. 117. (El subrayado es nuestro.)

43. *Ibidem*, p. 181.

nentes de esas tesis relacionaban el aumento de las tasas de interés con los acrecentamientos de la población.⁴⁴ Cannan, divulgador de dicho enfoque, argumentaba: "Empecemos por suponer que el tipo está establecido en alguna cifra... y preguntemos cuál será el efecto de un enorme aumento de la población... la respuesta es que... se necesitarán con urgencia más casas... los ferrocarriles y los buques reportarían anualmente más a sus propietarios porque hay más gente para utilizarlos y producir las mercancías que hayan de transportarse... las fábricas, edificios comerciales y toda clase de instalaciones, también producirán más anualmente, porque hay más gente que solicitaría sus productos... Desde luego, esto no produciría subida del interés si el valor como capital de todas estas cosas y otros equipos materiales subiera *pari passu* con su valor anual. Pero su valor como capital, no subiría tanto como su valor anual por el aumento de la población. Naturalmente, que con el tiempo la mayor población ahorraría más, pero por el momento... el costo de nuestras casas, edificios, instalaciones y maquinarias, será menor que antes porque el trabajo será abundante y barato."⁴⁵

Piensa Hirschman, además, que las reacciones positivas que engendra el cambio ascendente de la población, es mucho más significativo en los países subdesarrollados.

Y, refiriéndose al bosquejo hipotético de la literatura neomalthusiana, cree él, con sobrada razón, que ni siquiera en áreas subdesarrolladas densamente pobladas, tendría validez. Porque todos esos modelos, parten de la premisa falsa de la inflexibilidad de los recursos.

44. Ver: José Consuegra, *Apuntes de economía política*, Ed. Tercer Mundo, p. 95.

45. Edwin Cannan; en *Repaso a la teoría económica*, Fondo de Cultura Económica, p. 232.

Henry J. Burton, del grupo de catedráticos norteamericanos ligados al Centro de Estudios Latinoamericanos, se aparta de la consideración simplista del movimiento poblacional como variable extrínseca, para aceptar la incidencia de su volumen en las posibilidades productivas —renglón de la oferta de mano de obra— y en la capacidad de consumo. “El crecimiento de la población, escribe, figura en el sistema de dos maneras: en primer lugar, es el factor principal que rige la oferta de mano de obra, y por lo tanto, es muy importante para explicar el comportamiento de la capacidad productiva del sistema. En segundo lugar, el crecimiento de la población afecta la demanda global y a su composición y, evidentemente, al hacerlo participa directamente en análisis, en el grado en que se utiliza la creciente capacidad productiva de la economía.”⁴⁶

Mención especial en este recuento de planteamientos teóricos y políticos sobre el poblacionismo esbozados por los más famosos investigadores científicos extranjeros, merecen los economistas progresistas de Estados Unidos e Inglaterra —Baran, Sweezy, Huberman, Dobb, Robinson, Gerassi, etc.— que han consagrado su vida científica al examen de los problemas de los países subdesarrollados. Todos ellos, con honestidad y dedicación ejemplar, han inventariado las verdaderas causas del subdesarrollo y han puesto al descubierto la razón del neomalthusianismo.

Paul A. Baran, por ejemplo, y para sólo mencionar uno de ellos, considera que las explicaciones antipoblacionistas “no tienen nada que ver hoy con la ciencia, como no lo tuvo en el caso de Malthus (porque) los hechos científicos sobre ese problema son totalmente distintos de lo que los

46. Henry J. Bruton, en *Nuevas aportaciones a la teoría del crecimiento*, Ed. CEMLA, México, p. 61.

neomalthusianos nos quisieran hacer creer”.⁴⁷ Baran encamina su argumentación hacia el campo del desarrollo industrial, recordando a Engels cuando decía que “la presión de la población no se ejerce sobre los medios de subsistencia, sino sobre los medios de empleo”, esclareciendo que la sobrepoblación, tal como existe en la presente etapa del desarrollo histórico, no es una sobrepoblación respecto a los recursos naturales, *sino en relación con la planta y los equipos productivos*.⁴⁸ Tanto es así que los cálculos de los rendimientos con innovaciones técnicas agrícolas o con la productividad industrial lograrían rebasar ampliamente todas las ratas demográficas de los profetas del desastre. Pero es ésta una tarea del desarrollo económico que en los tiempos presentes encuentra en el imperialismo y en el mismo capitalismo un estorbo y una amenaza. Porque como bien se desprende de las prédicas del antinatalismo, sus recomendaciones responden a “la mentalidad de un sistema económico y social que se encuentra arrinconado por su monstruosa insuficiencia, que se opone a un mayor progreso y de hecho, a la supervivencia de la raza humana”.⁴⁹

47. Paul A. Baran, en la *Economía política del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 269.

48. *Ibidem*, p. 273.

49. *Ibidem*, p. 277.

EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

El pensamiento económico latinoamericano es unánime en el rechazo a la superficialidad neomalthusiana. A excepción de algunos jóvenes profesionales egresados de universidades norteamericanas e influidos por sus enseñanzas tendenciosas, de centros universitarios financiados por grandes monopolios extranjeros —fundaciones Ford, Rockefeller, etc.—, de profesionales no enterados (o bien remunerados en monedas extranjeras: médicos, demógrafos, profesores, etc.) de las reales causas de la miseria y de políticos desorientados o complacientes con las exigencias foráneas, los científicos sociales del Continente han sabido interpretar el problema poblacionista y valorar la importancia de los recursos humanos en el desarrollo.

Desde épocas pretéritas hasta nuestros días, la investigación responsable ha sopesado la importancia de la densidad poblacional como primerísimo factor para el logro del desarrollo.

Ya hemos mencionado, entre otros, a Alberdi, en la Argentina, y a Narváez, en la Nueva Granada, como claros exponentes del poblacionismo del pasado. Y en nuestros días los más brillantes pensadores han dejado constancia de sus rechazos a las falacias neomalthusianas. Oreste Popescu, en la Argentina, Jesús Silva Herzog,

Alonso Aguilar, Fernando Carmona, H. Flórez de la Peña, André G. Frank, en México; Humberto Espinoza, Carlos Capuñay Mimbela, en el Perú; Marcio Mejía Ricart, Bolívar Batista, en la República Dominicana; Josué de Castro, Celso Furtado, en el Brasil; Manuel Pernaut, Armando Alarcón, Armando Córdoba, Gastón Parra, en Venezuela; Antonio García, Eduardo Arias, Carlos Calderón, E. Ahumada, H. Vergara, en Colombia, para sólo citar algunos pocos cuyos libros y ensayos son bien conocidos, representando la expresión ideológica de nuestros pueblos, han dilucidado el tema explicando con claridad indispensable que los problemas de la miseria, de la desocupación, de las frustraciones de nuestros pueblos —los cuales aparentemente se confunden con el espejismo de una “explosión demográfica”—, se originan y alimentan en las fallas de una estructura arcaica y una institución viciosa, que no corresponde a las exigencias del mundo moderno, ni a las organizaciones sociales que otros países han logrado ya.

La conquista americana va acompañada de la reducción violenta de la población india. El conquistador extermina a la raza vencida, dando muestras de ignorar la importancia de los recursos humanos. Sólo más tarde, después de hecho el daño, importa la mano de obra negra —en su aberrante condición de esclavo— para el trabajo minero. Es entonces cuando los propios representantes de la metrópoli reconocen el error, como lo hace Narváez y muchos otros gobernantes que achacan a la despoblación, la pobreza y la improductividad de sus regiones.

En México la población se reduce en más de 23 veces; en la Nueva Granada se cuenta que sólo con el contacto con las enfermedades venéreas y el desaseo personal del soldado español, en los primeros años de conquista mu-

rieron más de doscientas mil doncellas; en el Perú al indio se le aplasta numérica, económica, espiritual y culturalmente. El colonizador español, recuerda Mariátegui, implantó en el Perú un régimen de despoblación, deshaciendo el capital humano, hasta empobrecer y desangrar ese fabuloso país.⁵⁰

Las Casas calculaba en tres millones el número de habitantes de la Isla Española antes de la conquista, y apenas cuarenta años después (1535) Tomás de Angulo, en un Informe al rey, afirmaba que “no se hallarán ahora doscientos indios”. Estudios de la Universidad de California (“grupo de Berkeley”), respaldados con investigaciones muy rigurosas de veinte años, calculaban la población mexicana de preconquista en más de veinticinco millones de indios (25.200.000), y un siglo después de dominación y exterminación colonial (1605) su cifra había descendido a sólo un millón de indios (exactamente 1.075.000). Una sola tribu colombiana, la de los quimbayas, con 60.000 habitantes y 15.000 tributarios que contabilizaba en 1539, se reduce, según Friede, a 69 indios tributarios en 1628, después de una rebelión que “fue sofocada a sangre y fuego”. La población de los territorios actuales del Perú, Ecuador y Bolivia era, antes de la llegada de los conquistadores, de seis millones de indios (ROWE), y en 1628 ya apenas si se llegaba al millón (1.090.000).⁵¹

La despoblación masiva de la América facilita su dominio. Sólo tres siglos después, con la recuperación en parte del volumen de población perdida (con la nueva población mestiza y criolla) y, naturalmente, una vez aparecidas las condiciones materiales internas que desar-

50. José Carlos Mariátegui, en *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Ed. Biblioteca “Amauta”, Lima, p. 38.

51. Citas de Alejandro Lipschutz, en *Impactos de la conquista de América Indiana. la merma demográfica en el siglo XVI*, publicado en la revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 8, Colombia, 1968.

monizaban con las instituciones establecidas, nuestros pueblos inician su jornada de independencia.

Una vez lograda su vida autónoma, algunos estadistas y estudiosos de las nuevas repúblicas adquieren conciencia del valor decisivo de la población en el crecimiento. Es, precisamente, en este período de optimismo cuando el visionario argentino relaciona la bondad de la administración pública con el poblamiento. Lamentablemente, las estructuras económicas —y en buena parte políticas— de estos países permanecieron iguales, frustrándose el papel de los nuevos incrementos de los recursos humanos, para formar más bien el condumio de desocupados, de improductivos, de hambrientos que hoy integran la abundante población relativa que se asfixia ante la inflexibilidad, la estrechez y la injusticia del sistema económico.

El profesor Popescu dedica veinte páginas en la nueva edición de su ya famoso texto de economía, al estudio de los recursos humanos.⁵² Comenta Popescu el espectacular interés que ha surgido en el mundo por el estudio de esta materia.⁵³ Con las investigaciones contemporáneas, particularmente las llevadas a cabo por Allan G. B. Fisher y Colin Clark, dice, se ha venido a demostrar que la participación de la fuerza laboral en el proceso económico representa un nivel de cerca del 75% del ingreso nacional. “Dentro de esta nueva óptica, aparecen, en primer término, las relaciones cuantitativas de la población.”

52. Oreste Popescu, en *Introducción a la ciencia económica contemporánea*, tercera edición, Ediciones Ariel, 1968.

53. Ver su ensayo *La planificación de los recursos humanos*, publicado en el No. 4 de la revista *Desarrollo Indoamericano*, Colombia, 1966.

Es, como puede apreciarse, un novedoso enfoque del tratadista latinoamericano,⁵⁴ que viene a fortalecer científicamente —ahora con la irradiación protectora de tesis recientes sobre el desarrollo— las teorías poblacionistas.

Para Popescu, en los momentos actuales y a la luz de los enunciados teóricos modernos, el tema del óptimo de población es fácil de captar, y como tal hay necesidad de aclararlo. Por ejemplo, “para el estudioso que ha viajado a lo largo y a lo ancho de toda la región latinoamericana no hay duda en cuanto a la posición a adoptar: hay un evidente estado de *infrapoblación*”.

Y en verdad sólo los economistas que han intentado conocer de cerca y a cabalidad la realidad de nuestro Continente, tienen la suficiente autoridad para expresar esta clase de conceptos. Precisamente, el problema, comentamos nosotros, de algunos de los llamados economistas jóvenes, de médicos, arquitectos e inclusive demógrafos, es que repiten las palabras de los autores extranjeros, de los voceros de organizaciones antipoblacionistas foráneos, sin asomarse a la realidad de sus países. Temerario e inconsecuente resulta hablar en Colombia, en el Perú o en el Ecuador, de explosión demográfica, cuando un viajero, a la velocidad del jet, demora una hora sin encontrar una casucha, mientras pasa por la inmensidad de los Llanos y de la Amazonia. En Colombia, recientemente, un avión perdido en el sur, voló ocho horas sin encontrar una aldea que orientara al piloto.

Para Popescu, recordando a Wagemann, hay una estrecha interdependencia entre los cambios en el volumen de la población y el nivel del desarrollo económico. “Sólo teniendo presente el principio de las alteraciones demodinámicas, argumenta, se podrá comprender que el incremento de las densidades y, por consiguiente, la intensifi-

54. El profesor Popescu nació en Rumania, pero ha escrito sus obras en la Argentina y Colombia, países en los cuales se ha venido vinculando a la investigación y a la cátedra desde hace veinte años.

cación de una presión demográfica, impone de vez en cuando cambios estructurales." Lo importante, razona de inmediato, "es saber aprovechar estas olas de presión demográfica poniéndolas al servicio del desarrollo económico y el progreso social".

Quiere decir lo anterior que a la consideración puramente cuantitativa hay que agregarle el aspecto cualitativo, que incluye la planificación encaminada a aprovechar racionalmente el recurso humano, a través de la educación y de su más adecuada formación intelectual y técnica.

Los recursos humanos siempre han jugado papeles múltiples en la dinámica del desarrollo. Así lo aceptaban los investigadores del pasado y se comprueba en los esquemas teóricos del presente. Ahora más que nunca, en la clasificación que se hace del concepto del desarrollo, se otorga al volumen demográfico una responsabilidad positiva. Hay necesidad de recordar, insinuaba Popescu recientemente, que el fenómeno del desarrollo económico no se mide sólo en la renta global... Como el incremento de la renta global hasta un determinado punto es función creciente de los recursos físicos y los recursos humanos (economías externas, división y especialización del trabajo, etc.), es evidente que, a la larga, hasta aquel determinado punto, el crecimiento de los recursos humanos es el factor dinámico del desarrollo. Esto por el lado de la producción, pero hay que contemplar también la cuestión por el lado del consumo. Como a la larga es de prever, por razones obvias, que la salida de los productos nacionales se enfrentará con crecientes obstáculos en el mercado mundial, el estímulo, a la producción nacional, sería función directa del volumen del consumo interno, hecho que incluye la necesidad de estimular el incremento del número de los consumidores (teoría de David Hume). Finalmente hay que pensar en la estrecha relación entre el volumen de la población, como fuente de recursos finan-

cieros para las obras del sector público. Basta recordar el ejemplo de que para hacer cualquier obra de infraestructura, la carga fiscal de las contribuciones internas es inversamente proporcional al número de contribuyentes.⁵⁵

Josué de Castro conmovió al mundo desde el Brasil con sus denuncias sobre el hambre que azota a los pueblos subdesarrollados. La valerosa posición de este investigador infatigable es respetada. Las dos terceras partes de la tierra padecen este flagelo. Y el eminente pensador no se contentó con informar sobre el fenómeno, sino que ha tenido el cuidado de denunciar sus orígenes. Precisamente, al presentar al público uno de sus libros, ha dicho: "El principal objetivo es mostrar que hambre y subdesarrollo son una sola cosa y la única forma de combatir ese azote es con la emancipación económica y la elevación de los niveles de productividad de las masas hambrientas."⁵⁶

En otras palabras, es ésta la realidad que no puede esconderse por más tiempo: dos tercios de la población padecen hambre, pero no por demasiada población, sino porque los recursos naturales de sus países y la capacidad productiva de su gente, no se aprovechan para su servicio, o apenas se explotan en parte para conveniencia de otros países o de sus minorías. Está, por ejemplo, el caso de América Latina donde, si apenas tomamos el lado de sus relaciones con los Estados Unidos y con otros países europeos —sin mencionar el andamiaje de su estructura interna, representada, entre otras cosas por la forma de tenencia de la tierra—, encontramos que su riqueza se

55. Oreste Popescu, *Introducción a la ciencia económica contemporánea*, Ariel, Barcelona, 1968.

56. Josué de Castro, en *El libro negro del hambre*, Eudeba, Buenos Aires, p. 5.

sale por el conducto irreversible de las utilidades fabulosas de los trust extranjeros. En 1955, nos recuerda Josué de Castro, las utilidades sociales líquidas de los Estados Unidos en América Latina se elevaron a 680 millones de dólares... Y hoy seis empresas controlan el 80% de la materia prima peruana... en Venezuela la Standard Oil, la Shell, la Gulf y la Iron Mining, son dueñas del petróleo y Cooper controla la siderurgia y la petroquímica... La United Fruit maneja para su exclusivo provecho, la economía de Guatemala, Nicaragua y Honduras: los ferrocarriles, las instalaciones portuarias, los barcos, las estaciones de radio, los periódicos, todo le pertenece... En México, la extracción e industria de los metales no ferrosos, a excepción de la plata, dependen de la America Smelting y la Westinghouse mantiene asegurado el mercado de artefactos eléctricos... En el Brasil más de la mitad de la industria de hierro, carne, textil, electricidad, cigarrillos, artículos farmacéuticos, etc., es de propiedad de empresas extrañas.⁵⁷

Pero como lo anota De Castro, estas situaciones actuales de miseria y de hambre de los pueblos subdesarrollados remontan sus orígenes a las épocas de aparición del imperialismo mercantilista. Para el caso latinoamericano el subdesarrollo empieza a gestarse con el saqueo de sus tesoros y la explotación de sus recursos. La América Latina, dice, ha sido botín y pedestal del poder de otros. Durante siglos ha sido despojada del oro, de la plata, en beneficio de Europa. Al contribuir a la fortuna de los españoles, portugueses, ingleses, franceses, y luego de los americanos del Norte, ha acrecentado su miseria...: su explotación comienza con la conquista⁵⁸ y se mantiene hoy como antes.

57. Josué de Castro, en *El oro y la América Latina*, ensayo publicado en la revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 5, Colombia. 1967.

58. *Ibidem*.

La actitud científica-social de Josué de Castro es de angustia y de hondo contenido humanístico: Marx, por ejemplo, puso al descubierto la explotación del proletariado; De Castro ha denunciado la inhumana realidad de la inanición, del hambre que soportan las dos terceras partes del mundo ante la indiferencia de los países y de las castas privilegiadas.

En su *Geopolítica del hambre*, Josué de Castro dedica un subcapítulo a lo que él mismo llama “el espantajo malthusiano”. Reafirma en su crítica la ya común apreciación de la insolidez científica de las teorías de Malthus y su error de considerar al crecimiento de la población como una variable independiente de los factores políticos y económicos, aislada de las realidades de los cuadros sociales.⁵⁹

Y causa sorpresa observar la audacia de los neomalthusianos al pretender achacar la culpa del hambre a los propios hambrientos, cuando son ellos —como defensores y usufructuarios de la economía de tipo imperialista— los únicos responsables del problema.⁶⁰

La causa del hambre que es la expresión del subdesarrollo, se encuentra en el sistema económico en que ha germinado. Ahí está el ejemplo de la China Socialista, que en pocos años de revolución ha exterminado este problema, que aniquilaba a su pueblo.

Es sabido que en China se calcula que en el pasado murieron más de cien millones de personas de hambre. Después de 1949 “el cambio de la estructura económica consiguiente a las profundas alteraciones producidas en el equilibrio de las fuerzas sociales por el advenimiento del nuevo régimen político, provocaron una rápida transformación de la situación de miseria, de hambre y estan-

59. Josué de Castro, en *Geopolítica del hambre*, Solar-Hachette, Buenos Aires, p. 50.

60. *Ibidem*, p. 51.

camiento”.⁶¹ La abolición de las concesiones extranjeras en la conducción del comercio exterior en forma imperialista, que entre otras cosas, había hecho prosperar el infame tráfico del opio... El desconocimiento de la deuda externa contraída por gobiernos anteriores... La industrialización del país... La abolición del latifundio y la aparición de la explotación comunal de la tierra...,⁶² en fin, la revolución cultural y la socialización de la economía, han aplastado el milenario espectro del hambre, erradicaron las pestes y redujeron a un mínimo confortante la mortalidad infantil.

Para el caso de la India —que es tomado como vitrina de las exposiciones malthusianas—, Josué de Castro afirma que la “desesperante situación de vida de sus habitantes no se puede explicar ni por escasez de tierra, ni por exceso de pobladores”. Como sucedía en las épocas de la dominación inglesa, ahora también hay que acometer la investigación de sus causas en los “factores que se ocultan debajo de la espesa complejidad de la vida económico-social de aquel pueblo”.

Humberto Espinoza, en el Perú, ha expuesto en diferentes documentos⁶³ tesis afirmativas sobre el significado de los recursos humanos. Y el análisis de la problemática del subdesarrollo, con sobrada seriedad científica encuentra en la aparición del conquistador, la iniciación del subdesarrollo. La ausencia de un cambio estructural radical facilita la prolongación de los diferentes obstáculos que impiden el desarrollo, que entre otras cosas, se expresa-

61. J. de Castro, ob. cit., p. 232.

62. *Ibidem*, pp. 232, 233 y ss.

63. Entre ellos, *El papel de la universidad en el desarrollo*. Ver la revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 7, Colombia, 1968.

ron a través de la posterior dominación de las familias criollas sobre el nativo y se ahondan en el presente con las modernas formas de permanencia y actuación de las fuerzas imperialistas extranjeras.⁶⁴

En estos hechos es donde hay que buscar la razón de la población marginada al desarrollo, lo mismo que la situación paupérrima de las masas campesinas. Porque, como lo pregonaba Mariátegui, la miseria moral y material de la raza indígena del Perú aparecen demasiado netamente como una simple consecuencia del régimen económico y social que sobre ella pesa desde hace siglos. "Este régimen sucesor de la feudalidad colonial, es el gamonalismo. Bajo su imperio, no se puede hablar de redención del indio."⁶⁵

Los economistas centroamericanos son conscientes de los problemas que afectan a sus pequeños países. Las profundas tensiones que caracterizan el lento crecimiento económico de las áreas subdesarrolladas, decían en 1964, no puede explicarse en términos del explosismo demográfico. Por el contrario, si "debemos esperar un enfoque más realista"... hay que comenzar a "promover un cambio estructural en las relaciones de producción, hasta el grado de hacerlos compatibles con las pretensiones de mejor nivel de vida de vastos sectores de la población; lo cual implica que deben acelerarse los esfuerzos para hacer desaparecer los obstáculos que frenan el desarrollo; vale decir, concretamente, por ejemplo, en el orden interno, las tareas que significan el cambio en la estructura

64. Ver discurso inaugural de la IV Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, publicado en la revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 6, Colombia, 1967.

65. José Carlos Mariátegui, *ob. cit.*, p. 27.

agraria tradicional, el desarrollo industrial y un nuevo cuadro en la distribución del ingreso que fortalezcan el consumo interno y el ahorro nacional".⁶⁶

Ya hemos apreciado en páginas anteriores los conceptos de Jesús Silva Herzog, sobre la incidencia favorable de la población en el crecimiento económico. Carmona y Aguilar, como ya también hemos tenido oportunidad de citarlos, no sólo rechazan las posturas neomalthusianas, sino que además aparecen como exponentes de la escuela estructuralista-histórica, que se empeña en formular un cuerpo de teoría interpretativa del subdesarrollo y de la dependencia económica. Lo mismo podría decirse para Frank, Flórez de la Peña y demás pensadores sociales y económicos que forman parte de lo que Furtado llama la orden de los caballeros del desarrollo.

En Colombia, a pesar de la avalancha de propaganda dirigida por las agencias internacionales de la insidiosa interpretación del fenómeno demográfico, de algunas universidades financiadas por fundaciones imperialistas, y no obstante el derroche de publicaciones tendenciosas; etc., una abundante literatura ha comenzado a valorar los recursos humanos.

Pero desde el siglo pasado, los investigadores hacen gala de claridad en el estudio del fenómeno demográfico y hasta se da el caso, como bien afirma el profesor Popescu, que algunos de ellos se adelantan a teóricos famosos de países europeos en la exposición de tesis reputadas

66. Rafael Menjivar y Oscar Quintero Orellana, en *Situación de la población salvadoreña en relación a su ingreso-gasto, y otros aspectos del nivel de vida*, en *Economía Salvadoreña*, Nos. 29 y 30, San Salvador, 1964.

como científicas en nuestros días. En su "Lectura en el Ateneo de Bogotá, en la sesión del 18 de septiembre de 1884", publicada después bajo el acápite "Problemas Agrícolas" en *Escritos Varios* (Tomo I, Librería Colombiana, Bogotá, 1802, p. 675), comenta Popescu,⁶⁷ Salvador Camacho Roldán se anticipó a Ernest Wagemann en la formulación de la ley demodinámica de la población, como función directa del sistema económico vigente en una comunidad determinada. En efecto, observa: "La caza, la pesca y la recolección de raíces y frutos espontáneos del bosque, apenas pueden, en las mejores condiciones, mantener a un hombre en una legua cuadrada de superficie... El cultivo de los pastos y la domesticación de animales salvajes fue el primer paso de progreso en la peregrinación agrícola de la especie humana; pero se estima que la sola industria pecuaria no bastaría para sostener cien habitantes en la misma extensión, teniendo sobre todo en cuenta la probabilidad de la aparición de epizootias y de la mortalidad del ganado, por falta de agua y de alimentos en los veranos prolongados... En una explotación agrícola, praderías naturales, crías de animales, cultivos extensivos en lo general y algunos parches de agricultura intensiva, bastan ya para sostener allí... cerca de dos mil por legua cuadrada. En el suelo... en donde la agricultura es dirigida por sistemas agrícolas más perfectos, viven cinco mil habitantes en cada legua. De *uno a cinco mil* es, pues, la escala que en los tiempos presentes alcanza a recorrer la actividad agrícola del hombre. La fuerza espontánea de la naturaleza da productos como uno; el concurso artificial del hombre extiende el radio de la producción hasta cinco mil."

Es verdad que Camacho Roldán se limitaba solamente a los sistemas económicos de tipo agrícola. Pero los clasifica en forma muy precisa: "Llámanse sistemas *natu-*

67. En carta a José Consuegra, agosto 16 de 1969.

rales en agricultura, dice, los que cuentan poco con la ayuda del hombre, como son las crías de ganado en praderías de pastos naturales; *extensivos*, aquéllos en que el trabajo de la naturaleza predomina todavía sobre la industria humana; por ejemplo, los de nuestras grandes labranzas de maíz sin preparación del suelo, ni abonos, ni riegos; *intensivos*, por fin, los que obtienen sus resultados a esfuerzos de la cooperación humana sostenida por el concurso de X capitales.”

Y Camacho Roldán concluye sus reflexiones demográficas con esta observación, que bien podría servir de advertencia a los estudiosos contemporáneos de la materia: “Como se puede ver, la participación del trabajo del hombre no tiene aún límite conocido.”

Palabras, por cierto, no sólo cargadas de optimismo en el destino del hombre, sino adecuadas en el cúmulo de argumentos que hasta entonces se esgrimían contra el pesimismo malthusiano. Más adelante, como veremos en el capítulo siguiente, Camacho Roldán hace estimación de la capacidad demográfica de Colombia.

Para Eduardo Arias, en la nueva dimensión del desarrollo, el elemento humano aparece como el gran factor del progreso social.⁶⁸ Ya ha quedado revaluado, comenta Arias, el concepto de hace pocos años que explicaba el desarrollo económico como una función exclusiva de una determinada cuantía de inversión. Ahora los recursos humanos y culturales toman una posición de prioridad.

El desarrollo de nuestros pueblos reclama la valorización de sus recursos humanos, comenzando por aprovechar su potencial demográfico a través de la educación general y específica para explotar sus riquezas. Arias recuerda a Lebret, cuando decía, después de recomendar profundos cambios estructurales: “El país necesita en la

68. Eduardo Arias Osorio, en *El elemento humano y el progreso social*, publicado en la revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 4, Colombia, 1966.

actualidad investigadores que descubran y aprendan a utilizar sus riquezas naturales, de ingenieros para la industria en evolución, de agrónomos para modernizar la agricultura, de economistas para orientar su desarrollo, de sociólogos para interpretar correctamente sus aspiraciones y tensiones.⁶⁹

Sin embargo en Colombia, como en toda la América Latina, la indolencia oficial y la incapacidad endémica del sistema para aprovechar los recursos, permite el paradójico y doloroso hecho de la fuga masiva de profesionales, de técnicos y personal calificado, especialmente hacia los Estados Unidos.

Por su parte, Ahumada observa que los planteamientos neomalthusianos que aparentan ingenuidad están saturados de intenciones sospechosas con metas preconcebidas para justificar las actuales estructuras económicas y ciertos principios políticos.⁷⁰

Contrario al pesimismo solapado de los neomalthusianos, Ahumada piensa que "la expansión demográfica en Colombia, ha planteado la necesidad de realizar cambios estructurales, que tal vez no habrían sido formulados si el crecimiento de la población se hubiera presentado bastante lento".⁷¹

Segundo Bernal, al analizar el dinamismo de la población colombiana registrado en el último censo de 1964, encuentra que son aquellas regiones colombianas de concentración poblacional las que señalan el mayor desarrollo económico relativo del país.⁷²

69. En el llamado *Informe Lebret*, estudio socioeconómico de Colombia, 1958.

70. Eduardo Santos Ahumada, en *Los factores demográficos en el desarrollo colombiano*, publicado en la revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 2, Colombia, 1966.

71. *Ibidem*.

72. Segundo Bernal, en *Dinamismo de la población colombiana*, publicado en la revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 2, Colombia, 1966.

Carlos J. Duica denuncia la inversión que se hace, por parte de pensadores reaccionarios, de la verdad del problema del subdesarrollo, cuando tratan de explicar el estancamiento económico de nuestros países en razón de la alta tasa de natalidad, cuando en verdad ese fenómeno, como también la desnutrición crónica y el estado de hacinamiento en que vive el pueblo, proviene del control ejercido por los monopolios nacionales y extranjeros sobre la riqueza nacional.⁷³

Hernán Vergara ha escrito recientemente un ensayo, que es a la larga una acusación a los grupos económicos y políticos de los pueblos subdesarrollados tendientes a esquivar la realidad de los males que ellos propician, como depositarios del poder económico y político, pregonando el genocidio. Analiza él en su condición de siquiatra, el complejo de Layo, padre de Edipo, que ante el presagio del oráculo de Delfos y la ira de Apolo —que lo condena a ser asesinado por su propio hijo, como pena a sus traiciones a Pélope, a su ruindad y a sus infamias—, intenta deshacerse del hijo que le nace para omitir el castigo. Al transcribir en su prólogo estas síntesis de la obra de Sófocles, el original y sugerente ensayista colombiano comenta...: “No es aventurado afirmar que las circunstancias en que se ha desenvuelto la política demográfica de estos países de América Latina, ha seguido los mismos ocultos caminos.”⁷⁴

El referido autor quien hace fe de su religiosidad y de su catolicismo, cree que “el egoísmo, la ambición de poder y dinero, el odio a los pobres y el desprecio por las consideraciones morales”, propios de los detentores del poder en nuestros países y de sus estados, les hace representar el papel del “infame rey de Tebas”.

73. En: *La explosión demográfica*, publicado en *Documentos Políticos*, No. 73, Bogotá, 1968.

74. H. Vergara, en *El complejo de Layo*, Ed. Tercer Mundo, pp. 11 y 12.

EL PENSAMIENTO DE LA IGLESIA

En esta reseña no puede omitirse el pensamiento de la Iglesia católica, de condena enfática al neomalthusianismo. A veces se piensa que el planteamiento de la Iglesia es pura y exclusivamente moral y, por lo tanto, un poco ajeno al examen económico y político. Y nada más alejado de la realidad que este concepto. Es verdad que la Iglesia —como corresponde a su función principal— coloca en un lugar prioritario el aspecto moral de las medidas anticonceptivas que abonan el desorden sexual y atentan contra las sanas costumbres de la sociedad. Pero, además de eso, en las encíclicas y pronunciamientos del clero, se exponen, con sobrada lucidez, tesis sobre los orígenes de las desigualdades sociales y sus posibles soluciones. Y estos planteamientos son aun más radicales cuando provienen de fuentes no oficiales, esto es, de sacerdotes o de grupos de religiosos que luchan al lado del pueblo y de sus movimientos revolucionarios.

Juan XXIII, en su encíclica *Mater et Magistra* hace un recuento de las teorías llamadas por nosotros mecanicistas u objetivo-estadísticas (porque se atienen de manera simplista a la información de las cifras, pero sin indagar en la razón de sus causas), que se alarman de los altos crecimientos de la población, no correspondidos por los incrementos productivos, para “afirmar con claridad que

estos problemas no se han de afrontar recurriendo a métodos y medios indignos del hombre” ya que “la verdadera solución se halla solamente en el desarrollo económico y en el progreso social”.⁷⁵

Es cierto, afirma el Pontífice, que en “determinadas áreas y en el ámbito de comunidades políticas en fase del desarrollo económico pueden presentarse y se presentan realmente graves problemas y dificultades”, pero todas ellas “se deben al hecho de una deficiente organización económico-social”.

Se desprende, con toda diafanidad, de las anteriores palabras, que la Iglesia, por boca de su máximo jerarca, atribuye el fenómeno de la sobrepoblación relativa a hechos emanados de las características de las relaciones sociales de producción y de la organización política que instituye y mantiene esa situación estructural en los países subdesarrollados.

Es precisamente la forma de tenencia y explotación de los recursos materiales —tierra y capital— y humanos, y su usufructo, lo que impide que el hombre pueda satisfacer sus necesidades consuntivas y lo que permite que la miseria y el hambre maltraten buena parte de la humanidad. Porque la verdad es que la “naturaleza (cuenta) con recursos inagotables y Dios ha dado a los hombres inteligencia y genialidad a fin de que creen los instrumentos idóneos para apoderarse de ellos y para hacerlos servir a la satisfacción de las necesidades y exigencias de la vida”.⁷⁶

Este pensamiento universal de la Iglesia ha sido acatado por sus representantes en todos los países donde actúa. En los Estados Unidos, los obispos se pronunciaron contra la divulgación oficial del anticonceptivismo. (Es

75. Juan XXIII, en la encíclica *Mater et Magistra*, p. 35, Editorial El Catolicismo, Bogotá.

76. *Ibidem*, p. 35.

bueno aclarar que, aunque en este estudio se ha insinuado que el antipoblacionismo se esgrime por parte de sus voceros como una política propia para los países subdesarrollados, por ser allí, según ellos, donde el problema de la “explosión demográfica” es una amenaza, en los Estados Unidos se ha recomendado su difusión en las regiones de población negra. Pero además, en los países desarrollados el control de la natalidad —divulgación del uso de anticonceptivos, abortos, etc.— se lleva a cabo más que todo con el objeto de esconder lacras propias de la descomposición social. El caso de que a las niñas de los colegios secundarios se les enseñe el uso de anticonceptivos, es porque se sabe, como así lo hacen saber las encuestas que adelantan, que ellas desde la edad temprana mantienen relaciones sexuales escondidas, como una consecuencia lógica del ambiente en deterioro, del libertinaje, del culto al erotismo y de la descomposición social que ha engendrado el capitalismo. Las estadísticas de Estados Unidos, publicadas por *Life*, en su informe internacional sobre el “Control de la natalidad” indican que los porcentajes de las niñas de escuelas secundarias—que en muchos casos pasa del 50%— que han tenido relaciones sexuales aumenta cada vez más.)

Y en Colombia, recientemente, el Episcopado se pronunció contra la insolente actitud asumida por las entidades internacionales de crédito, que han exigido al país actividades antidemográficas más extremas, so pena de no conceder más créditos. Este hecho, considera la jerarquía eclesiástica colombiana, “es absolutamente inaceptable, ya que sería presión indebida que debe ser rechazada por nuestras autoridades y por la ciudadanía, por tratarse de una devaluación de la libertad y de la moral en que se lesionan la dignidad y la soberanía de la patria”.⁷⁷

77. Publicada en los periódicos de Colombia del 14 de junio de 1968.

En el aspecto moral y religioso la reciente encíclica *Humanae Vitae*, de Pablo VI, ha dejado claramente expuesta la doctrina de la Iglesia y su rechazo integral al antinatalismo.



INTERPRETACION HISTORICO- DIALECTICA DEL PENSAMIENTO ECONOMICO

El investigador científico está obligado a indagar en las causas de los planteamientos que han correspondido a cada momento histórico. Porque al fin y al cabo el pensamiento, la conciencia, la ideología o la exposición doctrinaria, como elementos integrantes de la superestructura, responden y reflejan la composición estructural de la base económica. En el caso del antipoblacionismo, como bien lo anotaba George en el pasado y lo observamos nosotros en el presente; más que una verdadera hipótesis teórica, constituye un instrumento complementario de otras teorías que satisfacen los estratos predominantes: en realidad el esbozo de Malthus encaja y enriquece la teoría del salario de Ricardo y de otros exponentes de la "ley de hierro" —para liberar a los patronos de las acusaciones de las explotaciones a los trabajadores y de las injusticias sociales de la época—, y el "explosismo demográfico" viene a ser la cortina de humo que pretende esconder las fallas estructurales del presente y la explotación económica de unos países por otros.

Cada exposición teórica emana de una situación dada de la economía. Los mercantilistas pregonan la importancia de un Estado fuerte, nacionalmente unificado e interventor, porque la industria naciente necesita de esa

protección. De la misma manera el volumen de la población nacional —como fuerza de consumo y como fuente de trabajo— juega para ellos un papel importante. En la etapa de esplendor manufacturero, la industria fortalecida y poderosa reclama libertad y encuentra en el Estado un estorbo, en vez de una garantía. Los teóricos de ese momento histórico pregonan el liberalismo, condenan la intervención y hacen del “dejar hacer” y del “dejar pasar” su estandarte ideológico. Para entonces el maquinismo y las grandes masas de proletarios —que se habían gestado en dos siglos anteriores—, provocan los primeros saldos de desocupados. Pero, además, la organización clasista sindical reclama remuneraciones diferentes para el trabajo. Una salida oportuna y conveniente de la teoría del salario, que se acomoda al ideario liberal, es la explicación de su nivel en relación de fuerzas naturales de la oferta —mano de obra disponible— y la demanda —equipos instalados, capital circulante o, simplemente, fondo de salarios—. La mano de obra abundante, la población ensanchada con los territorios coloniales, el maquinismo naciente, las contradicciones presentadas en nuevas modalidades de organización social, etc., sirven de predio abonado al malthusianismo, que es aceptado por las clases dirigentes y por buena parte de sus pensadores teóricos.

En el modelo teórico del automaticismo regulador del mercado, el clasicismo “abandona” el examen de los estímulos propios del crecimiento al aferrarse a la convicción del desarrollo espontáneo. Más aún, su enfoque invierte el supuesto lógico al parcializar su atención en la oferta: en un desesperado afán de contradecir las tesis que denunciaban el problema de la crisis de sobreproducción —efecto de la anarquía productiva y de las contradicciones inherentes a una producción social y a la propiedad individual de los instrumentos de producción— sostenía magistralmente que toda oferta crea su propia demanda.

Y que, por lo tanto, el crecimiento y el equilibrio se aseguraban indefectiblemente.

Precisamente Keynes, quien aparece como teórico de un período de profundos desajustes, comprueba en plenitud la ilusión teórica liberal y denuncia las fallas de toda esa doctrina. Keynes escribe en el apogeo de la crisis tanto del sistema económico capitalista como de su teoría. Y reconoce —y es éste su mérito principal— que las situaciones de equilibrio, que tanto preocupaban a los neoclásicos, pueden existir sin que ellas sean sinónimo de ocupación plena. Más que el crecimiento, es el empleo pleno de los recursos, lo que preocupa a Keynes. En su época —de 1930 a 1939— la economía de los países industrializados no se había recuperado en su totalidad del gran marasmo de 1929. Y no se podía seguir aguardando el ajuste espontáneo. Entre otras cosas porque había que pensar en el papel dinámico que jugaba la llamada demanda efectiva —ya de bienes de consumo o de inversión— en la conformación del empleo pleno.

El esquema teórico de Keynes se circunscribe a la búsqueda de solución al paro, a la utilización plena de los recursos disponibles, a la superación de la crisis a corto plazo. Su modelo —expuesto para posible uso en economías desarrolladas—, es ajeno a las preocupaciones del desarrollo a largo plazo que inquietan a las economías subdesarrolladas, y corresponde a una etapa especial del capitalismo —posterior a la llamada libre empresa—, de predominio de competencia imperfecta, de quiebra del librecambismo y de sus instituciones y de resurgimiento del intervencionismo estatal.

Contrario a lo que piensan algunos autores que tildan a Keynes de socializante, la verdad es que su posición doctrinaria es la de un fidelísimo teórico del sistema capitalista, empeñado en buscarle solución a su situación crítica. Por eso cuando él hace gala de sus planteamientos en favor de la participación del gobierno en la vida econó-

mica, exclama: “La defiendo... tanto por ser el único medio practicable para evitar la destrucción total de las formas económicas existentes como por ser condición para el funcionamiento afortunado de la iniciativa individual.”⁷⁸ En realidad su modelo puede interpretarse como un intento desesperado de buscar solución teórica a un sistema que padece una doble crisis: la de la dinámica y la de la ocupación de los recursos de la producción, con sus arandelas de tipo social, y la de su teoría inadecuada para la situación predominante. Todo su andamiaje teórico aparece así como un anhelo de que prevalezca lo existente, acomodándolo a las nuevas circunstancias.

Naturalmente —y es ésta otra inadecuabilidad a una economía subdesarrollada— su modelo supone partir de la base de una absoluta rigidez institucional y de un descartamiento de profundos cambios en las estructuras establecidas, porque al fin y al cabo su afán polémico antiliberal es gratuito, dado que en 1936 —cuando apareció su *Teoría general*—, el *laissezfairismo* estaba en quiebra y el capitalismo de estado era un hecho.

Subsiguiente a la economía liberal, el marginalismo fue ajeno al estudio social e histórico de la problemática económica. Su análisis subjetivista es un nuevo intento —como en el caso de Malthus o del actual “explosismo demográfico”— de disfrazar la realidad, de distraer la atención. La escuela hedonística es la expresión del apogeo del sistema capitalista que, satisfecha con la situación existente, defiende la perdurabilidad de los hechos y descarta la dialéctica del enfoque sociohistórico. Como teoría de la nueva economía monopolística, rechaza el objetivismo clásico de la teoría del valor, para elevar a la categoría de elemento rector del valor, y por lo tanto de la producción, no al trabajo, sino al gusto; no al esfuerzo

78. J. M. Keynes, en *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*. Citado por Dudley Dillard en la *Teoría económica de John Maynard Keynes*. Aguilar, Madrid, p. 326.

creador, sino a la escasez. Como bien dice Armando Alarcón, esa teoría fue una especie de paréntesis en la historia de las doctrinas económicas, “cuya elaboración coincidió con el proceso que consolida el sistema capitalista (desviando) la atención hacia al utilitarismo individual; (creando) una teoría convencional adaptada a las necesidades de instrumentación e implementos de los intereses de las potencias imperialistas y (pretendiendo) quitarle a la ciencia económica su contenido de ciencia social, para tratar de desviar con ello sus objetivos fundamentales, como son el análisis de los fenómenos económicos, la determinación de sus leyes sociales y el desentrañamiento de la raíz histórica de esos fenómenos”.⁷⁹

Sólo en aquellos países que se alzan contra el status liberal —el ejemplo en el siglo XIX de Estados Unidos, que fomenta las inmigraciones y que acoge el poblacionismo, y de Alemania, que inicia su industrialización, desechando el librecambismo—, sus economistas rescatan buena parte de las inquietudes ideológicas mercantilistas —proteccionismo, nacionalismo, poblacionismo— etcétera.

En el caso general del capitalismo, en sus características para países desarrollados y subdesarrollados, la posición antipoblacionista, recoge el sentimiento de la propiedad concentrada, del monopolio foráneo, del latifundio inexplorado, de las instituciones arcaicas, de las con-

79. Armando Alarcón, en *El subdesarrollo económico en las doctrinas contemporáneas*, separata de la revista *Economía y Ciencias Sociales*, Caracas, p. 30.

“Para nosotros, decíamos hace tres años, la teoría de la utilidad marginal responde exclusivamente a la etapa monopolista del sistema capitalista, corresponde a la época del parasitismo del sistema, porque al fin y al cabo, como comentaba Eric Roll, es una teoría de los recortadores de cupones, de los que no trabajan, de los que consideran que sin la actividad del trabajo, y sólo con base a los títulos de propiedad privada sobre los medios de producción, pueden producir valores a través de la limitación de la oferta.” José Consuegra, en *Los economistas ante el desarrollo nacional*, p. 174. Ediciones Tercer Mundo, Bogotá.

diciones creadas, de la tradición añeja, de la obstrucción al cambio, de la injusticia social. El rechazo a tal postura emana de las fuerzas renovadoras, de las clases trabajadoras, de los elementos activos que propenden por el desarrollo, en fin, de los pensadores y teóricos que presagian el advenimiento de diferentes y adecuadas formas de organización social.

En nuestros días, los voceros del neoimperialismo, los latifundistas, los monopolistas —que encuentran su mayor provecho, no en la ampliación de la demanda, por aumento de la población o de los ingresos populares, sino en la contracción de la oferta, etc.—, son los que vociferan contra la natalidad. Como ya hemos aludido anteriormente, la táctica y afán de inculpar a los explotados de su propia suerte es para encontrar excusa y escape a los cambios profundos que se reclaman y que se han denunciado como fuente exclusiva de la miseria colectiva, de la desigualdad social, del atraso económico.

Pero al lado de estos supuestos generales también sería interesante diseccionar otros propósitos del neomalthusianismo: como algunos autores lo han denunciado, la marcada preocupación de los países imperialistas por el aumento de la población en los países subdesarrollados, involucra maliciosas reacciones de sabor racista. “Es curioso el hecho —dice Malin— de que los neomalthusianos exijan que se inicie la reducción de la población por los países coloniales y dependientes, así como por los países del campo socialista.” Muchos son, en verdad, los voceros del neoimperialismo, que se alarman por los nuevos volúmenes de habitantes de los pueblos sometidos o de los países rivales socialistas. Y, a pesar de sus prejuicios racistas, que durante siglos les ha hecho imaginar la superioridad de sus razas, ¿no estarán también conscientes ya, podríamos preguntár, del significado presente y futuro del crecimiento de la población, como fuerza convulsiva liberadora? Por algo exclamaba el nor-

teamericano Maisal: "Si no queremos que India, Egipto, Filipinas y otros países superpoblados sigan el mismo camino (revolucionario) la ciencia deberá proporcionarles los medios necesarios para que puedan reducir la natalidad."⁸⁰ Y, por algo también, el propio gobierno norteamericano y sus agencias de crédito han notificado a los países latinoamericanos que la política de "ayuda" y de préstamos quedará condicionada a la actividad sobre control de la natalidad que se adelante.

Queda así debidamente demostrado que la teoría económica ha sido y sigue siendo consciente del papel dinámico y estimulante de la población, no sólo en el crecimiento económico en condiciones adecuadas al normal desenvolvimiento de la actividad productiva, sino también en la superación de obstáculos que atascan el desarrollo y que impiden nuevas formas de organización social.

Y es a esta última fuerza irruptora, que se genera en la densidad poblacional a la cual temen las modalidades existentes, incapaces de resolver los profundos desequilibrios que se van acumulando a medida que aumentan las necesidades colectivas. Por eso, sus planteamientos neomalthusianos deben ser considerados rigurosamente como la expresión de una doctrina política especial, intere-

80. Alberto Lleras Camargo, tal vez la persona que goza de más confianza de los Estados Unidos en la América Latina y director de la revista norteamericana *Visión* decía también ante un subcomité del Senado norteamericano: "Lo que está causando la crisis es la velocidad en que está creciendo la población de América Latina. Si el aumento de la población no ocurriera a tal ritmo... el problema sería manejable. Latinoamérica está alimentando presiones revolucionarias, miseria, hambre y muchos otros problemas potenciales desastrosos." (Discurso del 9 de julio en 1965, citado por Vergara, obra citada.) Naturalmente, al solicitar el político colombiano una rápida y enérgica campaña antinatalista como colombiano, sus palabras fueron recibidas con entusiasmo.

sada en evitar presiones de tipo revolucionario por parte de las nuevas generaciones de desocupados y hambrientos que aparecen en escena.

Ya hemos visto en el capítulo primero cómo resulta de simplista y anticientífico el estrechamiento del análisis del problema a la infantil objetividad de las variables de la población y la producción. La indagación de los fenómenos propios de la dinámica demográfica conduce, por el contrario, necesariamente, a una doble incidencia en los campos de la producción y del consumo. Más aún, ante los problemas de los costos de instalación de las grandes fábricas de producción en serie que la actividad económica requiere en nuestros días —para la producción de maquinaria pesada, plantas industriales, tractores, automóviles, etc.—, los antiguos mercados nacionales han resultado pequeños y los países se han visto en la necesidad de integrarse comercialmente y de organizar mercados comunes regionales. Precisamente cuando se quiere explicar entre nosotros la razón y la importancia de la Asociación Latinoamericana del Libre Comercio, de la Zona Andina, del Mercado Común Centroamericano, etc., se habla de la imposibilidad de aspirar a lograr la industrialización en países con mercados representados por pocos millones de habitantes, diferente a lo que se supone sucedería en un mercado más amplio de muchísimo más número de pobladores, como resultado de la adición en las integraciones proyectadas. Quiere decir todo lo anterior que la complejidad de la producción moderna y de la lucha comercial exige, como garantía para el desarrollo de los pueblos, no menos sino mucho más población, la cual debe lograrse a través de la suma de las poblaciones y mercados que han venido actuando por separado. Naturalmente, no estamos suponiendo que esta sola ampliación de la demanda en la integración conduciría a situaciones de cambio —porque al fin y al cabo un mercado común no es un fin sino un medio o una

táctica cuyos resultados o beneficios son relativos—, pero por lo menos se deja esclarecida la importancia que se le concede, en la teoría general integracionista, al mayor volumen de la población como elemento prioritario en mercados capaces de justificar los costos de ciertas instalaciones industriales. Vale decir que, en general, la teoría del mercado común o de la integración de unidades geográficas independientes, otorga validez a la búsqueda de agrupaciones demográficas más extensas y de volúmenes de población más altos.

Cuando los voceros de los intereses creados, que aparecen como responsables de la miseria de las masas de los países subdesarrollados, despliegan el fantasma de la explosión demográfica y levantan las banderas del antinatalismo, además de utilizar sofismas para disfrazar y distraer la interpretación correcta de los orígenes de la situación dada, llegando inclusive a la temeridad y al cinismo de achacarle la responsabilidad de su desgracia a las propias víctimas, a la larga terminan por dejar conocer la verdad de sus planteamientos políticos, que les permite calcular que las nuevas bocas hambrientas, los desplazados, los sin destino, los sin tierra y sin trabajo, mañana, como la corriente que se alimenta y agranda con las gotas de las lluvias persistentes, romperán las mamparas que encuentren a su paso, para seguir la ruta que el devenir histórico y las leyes de la evolución social les tienen reservado.

Y si las fuerzas reaccionarias —representadas en las estructuras y las instituciones prevaletientes— tienen plena conciencia de ello, también los que anhelan una organización social diferente deben saber apreciar la importancia de la expansión demográfica. Porque lo que representa temor y culpabilidad para unos, es signo de ilusiones y posibilidades para otros: parafraseando cierta expresión, bien podríamos exclamar: ¡hay que tener esperanza en los que hoy nacen sin esperanza!

CAPITULO III

LOS RECURSOS NATURALES Y LA POBLACION

Tanto los planteamientos de Malthus, como los de sus predecesores y actuales discípulos se sustentan en los supuestos equivocados de los ritmos antagónicos de crecimiento entre las variables que se suponían independientes unas de otras: el aumento exagerado de la población y el pausado desenvolvimiento de la actividad productiva. Más aún, el pesimismo de estos expositores llega hasta el extremo de pensar que existe una imposibilidad natural que impide al hombre obtener los alimentos indispensables para hacer frente a los nuevos incrementos demográficos.

Para la época de Malthus estaban en su apogeo los enunciados de los rendimientos decrecientes, y a pesar de las innovaciones extraordinarias que habían comenzado a operarse en la transformación maquinizada, que posteriormente tomó el nombre de "revolución industrial", los obstáculos estructurales que en Inglaterra se manifestaban en la tenencia de la propiedad territorial, facilitaba el examen pesimista y hasta servía de punto de apoyo a la teoría diferencial de la renta.

En nuestros días, el inventario de la realidad histórica ha comprobado plenamente la equivocación de las hipótesis del pasado, pudiéndose apreciar a través del análisis de las cifras productivas, que en aquellos países donde la

actividad creadora y laboral del hombre no encuentra el estorbo de fuerzas extrañas que impidan su plena cristalización, los crecimientos de la producción y los rendimientos han sobrepasado todos los cálculos posibles, hasta llegar a las conocidas situaciones de esplendor del capitalismo europeo y norteamericano y a las nuevas tendencias de consumo en masa y de incrementos sorprendentes de las economías socialistas.

Refiriéndose a las creencias de antaño, Eric Roll ha dicho: “La ley de los ‘rendimientos decrecientes’ quedó claramente refutada en cuanto principio dinámico; su lugar en la economía contemporánea es el de una ley que sólo puede tener vigencia en la situación ideal de equilibrio estacionario.”¹

Es ésta una apreciación crítica acertada. Porque tan sólo en condiciones de hipotético estancamiento, podría pensarse en el decrecimiento del producto de los factores a medida que su utilización se acentuara. Y en verdad, en las economías subdesarrolladas, por la razón irracional de todos los fenómenos que les son propios y que más adelante estudiaremos —explotación y aniquilamiento incontrolados de los recursos vegetales, mineros, madereros, piscícolas, etc., cultivos permanentes y agotadores en la parcela minifundista; propensión a la infecundidad en grandes extensiones latifundistas que se desgastan con la erosión y la desvegetación, etc.—, pueden apreciarse parcialmente problemas de esta índole que obligan a pensar en la necesidad de su superación inmediata. Por ejemplo, la manera como operan libremente los capitales extranjeros, explotando con toda libertad nuestros recursos naturales (que dejan sólo pozos exhaustos donde actuó el trust petrolero; pedregales en los antiguos aluviones por donde pasaron las excavadoras de las empresas mineras, etc.), son hechos objetivos que no pueden desconocerse, pero

1. Eric Roll, en *Historia de las doctrinas económicas*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 181.

que deben explicarse como la consecuencia ineludible de una dependencia económica y política que se soporta. Vale decir, son todos estos fenómenos expresión de una modalidad particular de estructuras e instituciones prevalientes que habrán de desaparecer, corregirse y superarse, con el advenimiento de diferentes formas de producción y de organización social.

De la misma manera podría decirse de los fenómenos derivados de la propiedad concentrada y monopolista que, por su dominio de la oferta, rigidizan la producción o la condicionan exclusivamente a los intereses del capital, haciéndola insensible a los cambios de la demanda en el proceso de los aumentos naturales de la población.

Como ya hemos mencionado en páginas anteriores, las estadísticas del capitalismo en sus primeras etapas son elocuentes para señalar altos índices del crecimiento económico, que excedieron en todos los sectores las mayores tasas demográficas, de igual manera como sucede en nuestros días en las economías socialistas, donde los niveles productivos sobrepasan los ritmos más elocuentes del pasado y superan, en muchos casos, en cinco y seis veces las tasas del crecimiento demográfico.

Pero, naturalmente, es casi imposible poder esquivar la realidad de un sistema donde se produce no para satisfacer las necesidades de los hombres, sino para que ciertos hombres obtengan ganancias; donde la riqueza no es usufructuada por los pueblos que viven en las áreas en que ella se encuentra, sino por gentes extrañas que la adquieren a consecuencia, ya de sus fuerzas, ya de las relaciones de producción que ellos han impuesto y, donde el progreso técnico, con su ente representativo, que es la máquina, no está para servir a la sociedad, sino para servirse de ella en beneficio de pocas personas.

La verdad es que los avances actuales de la ciencia, a la par que los ilimitados recursos de la naturaleza, permiten

calcular el sostenimiento de una población hasta 50 veces mayor de la que actualmente tiene la tierra.

Las conquistas científicas del hombre que en el presente y en el futuro sirven y servirán para aprovechar recursos hasta ahora no utilizados, despejan toda clase de dudas. En el mar, en la energía solar, en las selvas y tierras vírgenes inexploradas, en la química, etc., aún permanecen incólumes reservas alimenticias. Todo ello sin contar las inmensas posibilidades no utilizadas en el momento, por culpa de las formas de tenencia de la propiedad capitalista.

¡A nuestro parecer, lo que debe preocupar o sorprender a los hombres no es que algún día pueda haber hambre, sino más bien que, dadas las conquistas científicas y técnicas, aún haya hambre... aún exista la realidad monstruosa de que la mayor parte de la humanidad adolezca de insuficiencia de limitaciones y de miseria!

En Colombia, por ejemplo, las fuentes oficiales calculan en 100 los niños que mueren diariamente de inanición. Mientras tanto los valles ubérrimos del Sinú, del Cauca, del Magdalena y los Llanos Orientales, permanecen incultos, parcialmente utilizados por propietarios ausentistas, que cobijados por el derecho "natural" de la propiedad privada, sacan provecho de tales situaciones, para dominar en las esferas superestructurales de la organización política y social.

Todas las investigaciones de los organismos técnicos como los supuestos teóricos de los científicos, entusiasman en sus cálculos optimistas sobre el futuro de la humanidad. Cuando el hombre comience a utilizar el átomo para la producción de sus bienes materiales, decía Robert Openheimer, uno de los "padres" de la bomba atómica, no tendrá por qué soñar con otros tipos de existencia extraterrenal superiores, porque aquí en la Tierra podrá construir el paraíso que tanto ha añorado. Colin Clark, famoso economista australiano-inglés del

presente, exclamaba: "Cuando el mundo tenga 10 veces la población actual, ya nuestros descendientes serán tan hábiles y prósperos, que tendrán pocas dificultades para emprender viajes por el espacio y construir satélites donde vivir... De ahí que el profundo pesimismo malthusiano esté completamente desacreditado, pues los adelantos científicos, por sí solos, son capaces de abastecer el incremento de la población mundial." El doctor C. Taluber, concluía en su condición de jefe de la Sección de Estadística de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, en un estudio de expertos en recursos agrícolas, refiriéndose sólo al aspecto de las tierras vírgenes: "Es viable abrir al cultivo cerca de mil millones de acres de tierra en las regiones tropicales y cerca de 300 millones de acres fuera de los trópicos." En solo Pakistán, según la FAO,² la habilitación del Valle del Indo añadiría ocho millones de hectáreas a las tierras labrantías, quedando un 78% de la superficie de ese país en condición de tierras baldías. "Al aprovechar en la agricultura una superficie de unos 10 mil millones de hectáreas y obtener una cosecha del país más adelantado en determinado cultivo —afirma K. Malin— se podrían obtener productos alimenticios en cantidad suficiente para cubrir las necesidades de 65 mil millones de personas. Y ante la elevación posterior de las cosechas, cosa que es del todo posible en vista del nivel de conocimientos que hoy en día se poseen, se podría abastecer de productos a 260-325 mil millones de personas."³ Y como se sabe, la superficie sólida de la Tierra es de 150 mil millones de hectáreas (134 mil millones en la Antártida), de las cuales

2. En el informe *Más alimento para un mundo más poblado*, 1953-54, p. 5.

3. K. Malin, en *Los recursos vitales de la humanidad*. Es éste un libro hermoso, un ideario para los que creen en el hombre y en el destino de la humanidad. Los datos revelados en dicho libro constituyen todo un legado de testimonios que aplastan y ridiculizan los supuestos pesimistas de los neomalthusianos.

sólo aparecen como cultivadas 1.370 millones de hectáreas, mientras buena parte del resto permanece intocada a consecuencia de las modalidades propias del sistema de propiedad privada. En la India, por ejemplo, sólo se aprovecha el cuarenta por ciento de la tierra fértil; en América Latina el cinco por ciento de los campos laborables; en Australia, de sus 745 millones de hectáreas de superficie, sólo se cultivan nueve millones; en Africa, el ocho por ciento; en Asia, el quince por ciento, e inclusive en Europa apenas el treinta y uno por ciento, y en Estados Unidos y Canadá el doce por ciento. En Colombia, en una tercera parte del territorio nacional, comprendida por la división administrativa que toma el nombre de "departamentos", el censo agropecuario de 1960 contabilizó más de veintisiete millones de hectáreas de tierra cultivable, de las cuales sólo 786 propiedades de latifundios de más de 2.500 hectáreas dedicadas a la ganadería extensiva, sumaban más de cinco millones y medio de hectáreas. "Hay en la parte civilizada de Colombia —dice Quimbaya en su análisis a las cifras del censo— nada menos que 14.626.000 hectáreas (como quien dice 146.257 kilómetros cuadrados, una extensión muy superior a la de Cuba), en praderas y prados permanentes destinados a la ganadería... Estos significa que, sumando todos los vacunos adultos con todo el temeraje... resulta que cada res colombiana dispone de hectárea y media para su libre pastaje",⁴ mientras 165.652 familias campesinas —familias cuya densidad comprende de cinco a diez miembros— apenas poseen para procurarse los medios de subsistencia, menos de media hectárea; y otras 132.419 familias son propietarias de minifundios que miden de media a menos de una hectárea.⁵

4. Anteo Quimbaya, en *El problema de la tierra en Colombia*, p. 17. Ediciones Suramérica Ltda., Bogotá, 1967.

5. *Censo Agropecuario*, Resumen Nacional, 1960.

Sería así interminable la reseña de conceptos y datos que permiten apreciar que los recursos naturales y científicos con que cuenta la humanidad potencialmente sobrepasan las necesidades actuales y las exigencias del futuro.

Sin embargo, la realidad es que el hambre aniquila al hombre, devasta pueblos y en muchas partes, en vez de ceder o limitarse, se extiende y se agudiza.

¡Es el gran contrasentido de un período en la historia dominado aún por un sistema económico que niega al hombre utilizar en su provecho sus propias conquistas científicas o su goce en plenitud de las riquezas que la naturaleza ofrece! ¡Es el caso elocuente de Colombia —y así sucede en toda la América Latina—, donde un vacuno mantiene asignada hectárea y media de tierra en promedio para pastar —por cierto las mejores tierras de los valles, que son propiedad de los latifundistas ganaderos—, mientras 298.721 familias tienen que buscar sus subsistencias en parcelas marginales —situadas en las laderas, en las cordilleras o cercanas a las selvas— no mayores de una hectárea!

La verdad elocuente es, y contra ella no hay teoría ni tesis engañosa que valga, que los recursos naturales están ahí, como están también sin poderlos utilizar, los millones de campesinos hambrientos, separados de ellos por todo un aparato jurídico-institucional que protege un aberrante sistema de propiedad para grupos reducidos de privilegiados.

Realidad igual es la que se da en el aspecto de las riquezas minerales y del producto del trabajo en los países coloniales, semicoloniales o dependientes, donde el petróleo, el oro, la plata, el cobre, etc., son explotados por empresas extranjeras; o donde el dominio económico y financiero de los países capitalistas desarrollados impone precios desventajosos a sus mercancías primarias o extrae sus posibilidades de capitales por el conducto

irreversible de las regalías, utilidades, intereses y pagos de servicios.

Sin embargo, algunos podrían argüir que en el pasado, en otros sistemas económicos como el feudalismo y el esclavismo también hubo hambre; pero, de la misma manera, contestamos nosotros, que en ellos el origen fue idéntico: el siervo de la gleba o el colono medieval padecía en su parcela, mientras las mejores tierras y las grandes extensiones las conservaba el señor, y el esclavo si apenas en muchos casos se contentaba con las sobras de los opíparos banquetes de sus amos. Como bien dice el investigador francés Masseyeff, “antes como ahora, las hambres han sido fenómenos de clases”. Porque los ricos han estado a cubierto, ya que siempre tenían o tienen con qué comprar, o han sido o son los dueños de las tierras y de los recursos.⁶

De ahí que aunque el hambre sea un flagelo estruendosamente más notorio en los países explotados subdesarrollados, sin embargo, en las mismas economías de la “abundancia” y en las naciones llamadas desarrolladas, buena parte de su población padece de alimentación deficiente. En los Estados Unidos, decía J. D. Blank en la década pasada, “un tercio de su población esta subalimentada”.⁷ Y en nuestros días, ante el contraste de una sobreproducción agrícola que se acumula en multitud de silos, que obliga al gobierno a subsidiar a los agricultores para que se abstengan de cultivar más tierras para evitar la caída de los precios —porque lo que interesa a esa economía de mercado no es la satisfacción de las necesidades del hombre, sino el mantenimiento de un nivel dado de precio que sirva de único estímulo a la producción—, el mismo presidente Kennedy reconocía la agudeza del problema —al decir que 20 millones de nor-

6. R. Masseyeff, en *El hambre*, Eudeba, Buenos Aires, 1963, p. 34.

7. *Ibidem*, p. 38.

teamericanos se acostaban sin cenar—, y los informes científicos recientes hacen saber que “hay en los Estados Unidos unos treinta millones de personas que viven en muy mala situación debido a sus escasísimos —y a veces ningunos— ingresos, *y entre ellos hay diez millones catalogados como desnutridos crónicos*”.⁸ En 1959 se calculaba que “el 30% de la población francesa se alimentaba mal”.

8. Resumen de dichos informes hechos por Eduardo Schijman, en *El Tiempo*, de Bogotá, mayo 31 de 1968.

EL DESPERDICIO ACTUAL

Al lado de todas las tierras en capacidad de explotación que no se explotan, los estudiosos del hambre han elaborado inventarios de los desperdicios que se acumulan por diferentes fenómenos que vienen a constituir motivos también de las limitaciones y déficit alimentarios.

Particularmente, en los países subdesarrollados la ausencia de regadíos y las plagas trastornan la actividad agrícola. La agricultura minifundista y el trabajo del campesino se debaten en franca desventaja con la irregularidad de las lluvias y la permanencia de los insectos. Carentes de protección oficial y ante la ausencia de conductas y planes encaminados a superar las dificultades, los trabajadores del campo en la mayoría de las veces recogen cosechas para su subsistencia. Al hecho real de trabajar en tierras y condiciones menos adecuadas (minifundios), se agrega el agravante de su incapacidad para enfrentarse a las molestias naturales.

Investigaciones llevadas a cabo por los técnicos de las Naciones Unidas hacían saber que en el solo campo de la producción de cereales las enfermedades e insectos reducían las cosechas en seis por ciento y destruían hasta un diez por ciento de lo cosechado, pérdidas que podrían servir para alimentar a cuatrocientos millones de personas.⁹

9. K. Malin, *ob. cit.*, p. 29.

En los mismos Estados Unidos el cuarenta y cuatro por ciento de sus cosechas se pierden por la acción de los insectos, y en los países subdesarrollados las mermas sobrepasan en algunos casos el cincuenta por ciento. “Estimaciones realizadas por la Secretaría de Agricultura de la Argentina las hacían llegar a cerca del 33 por ciento del valor total de la producción agrícola potencialmente obtenible en 1963. En Colombia en 1965, las pérdidas se estimaron en casi 120 millones de dólares, o sea más de la séptima parte del valor total de la producción de ese año.”¹⁰

En general, los investigadores concluyen que “la humedad pierde del 30 al 50 por ciento de toda la cosecha mundial”, lo que permite suponer que a medida que la ciencia avanza y se logre una plena protección de los sembrados contra las enfermedades, parásitos y malezas, la cosecha mundial, una vez alcanzado un nivel medio, especialmente de los países subdesarrollados en relación a los más avanzados, se elevaría aproximadamente en un veinticinco por ciento.¹¹

Pero al lado de las plagas aparecen las malezas. Aún en la mayor parte de los países subdesarrollados se intenta destruir las malezas con las manos y con machetes. En las zonas tropicales es ésta una lucha desigual. La multitud y variedad de malezas obliga al campesino a limitar su tierra cultivada, porque tiene que permanecer casi consagrado a su limpieza y a la destrucción de las diferentes espesuras. Y esto sucede a pesar de que hoy se calcula que “un litro de herbicida da la posibilidad de exterminar una cantidad de malezas equivalentes a las que sacaría un hombre con la ayuda de la azada durante 13 años”.

10. CEPAL, *Estudio económico de América Latina*. Cuarta Parte. Publicación en mimeógrafo, 1966, p. 22.

11. K. Malin *ob. cit.*, p. 31.

Pero, naturalmente, el problema más importante de la producción agrícola después del estructural —formas de propiedad territorial— es el de la adecuación: sólo pocos países cuentan con los equipos y condiciones indispensables para preparar y explotar la tierra, mientras que, aproximadamente, en el 80% del total se contabilizan altísimos déficits. En Colombia, especialmente en las regiones de la Costa Norte, donde por lo general el campesino no utiliza una herramienta distinta al machete, se siembra la semilla con el método más primitivo de la humanidad, hoyando la tierra —después de quemarla— con una estaca.

En América Latina, en general, en los 13 años comprendidos entre 1952 y 1964 los rendimientos agrícolas y pecuarios conseguidos a consecuencia de las innovaciones técnicas en las áreas ya explotadas, han sido muy modestos, con tasas apenas del 1,6 por ciento anual. Comentando este hecho, la CEPAL anota: “En este mismo período se registraron en las regiones más desarrolladas del mundo, avances espectaculares. Así, en Europa la producción de cereales subió en 47 por ciento, pese a una reducción de 2 por ciento en la superficie cultivada, gracias a la elevación del índice de rendimiento en alrededor del 50%. Ello es tanto más notable cuanto que el rendimiento medio de los distintos cereales era en Europa mucho más elevado que en América Latina.”¹²

En 1960 en la Argentina, el país con más tractores en América Latina, había apenas unos 94.500 tractores, para un promedio de 2.8 tractores por cada mil hectáreas de superficie arable, mientras en Francia se contaba con 952.700 tractores, para un promedio de 45.7 tractores por cada mil hectáreas, o sea unas 16 veces más tractores por hectárea. Y el primer país exportador de petróleo del mundo, Venezuela, en 1964 tenía 10 mil tractores para un

12. CEPAL. *Estudio Económico de América Latina*, 1966, Cuarta Parte, p. 13.

promedio de 1.9 tractores por cada mil hectáreas de superficie arable, y en esa misma fecha Yugoslavia utilizaba 45.400 tractores en sus faenas agrícolas, con promedio de 5.4 tractores por mil hectáreas, e Inglaterra, con el promedio más alto, mantenía en cada mil hectáreas, unos 52.3 tractores.

En el uso de fertilizantes en América Latina el consumo llega sólo a 12 kilogramos por hectárea, o sea, menos de la cuarta parte del promedio de las regiones desarrolladas, en donde es de 50 kilogramos por hectárea. En la mayoría de los países latinoamericanos la diferencia entre la relación de consumo real de elementos nutrientes y consumo ideal, es notable: en el Brasil el consumo real era en 1963 de 65.400 toneladas, cuando ha debido ser de 6.305.000 toneladas, vale decir que sólo se consumía un 4.6 por ciento de lo necesario; en Colombia el consumo real era de 92.400 toneladas y el ideal se calculaba en 491.400 toneladas (con consumo real apenas del 18.8% del ideal), y en México el consumo real alcanzó 290.700 toneladas en un cálculo de consumo ideal de 1.589.300 toneladas.¹³

Los efectos de la explotación no intensiva técnicamente de la tierra en América Latina, se reflejan en los rendimientos hasta de sus productos autóctonos: apenas 12.3 kilogramos fueron los rendimientos unitarios en 1964-65 del maíz (considerada 100 kilogramos por hectárea), mientras en Europa fue de 25.1, y en los Estados Unidos de 39.4.¹⁴

A los obstáculos y problemas hasta ahora enumerados se suelen agregar otros, propios unos de la situación de atraso en la técnica, y otros emanados de costumbres y prejuicios religiosos. En 1951-52 se calculaban en el mun-

13. CEPAL, *Estudio económico de América Latina*, Volumen I, Cap. III. "Tendencias de los principales sectores de la producción", 1964, p. 36.

14. *Ibidem*, p. 15.

do en 127 millones los caballos, mulos y burros que cumplían misiones de fuerza de tracción. “En la India, los animales de tiro trabajan apenas de ochenta a noventa días, pero para su alimentación consumen no menos del 40% de la totalidad de los gastos de la producción agrícola. Si en la India se reemplazase la tracción animal por tractores, los recursos alimenticios del país aumentarían en 50 por ciento.”

En América Latina también el uso de animales en la actividad agrícola reduce la capacidad alimentaria obtenida. Pero la situación de dependencia de los países subdesarrollados imposibilita el reemplazo del animal y del hombre por la máquina. Los bajos precios a los cuales los países dominantes cotizan nuestras materias primas y los precios altos que nos imponen por sus maquinarias, disminuyen al mínimo las posibilidades de adquisición de esos equipos. Mientras en Inglaterra, comenta la CEPAL, en 1963 se necesitaban alrededor de 315 quintales métricos de trigo para adquirir un tractor de 50 caballos de fuerza, en Colombia se requerían 575; en Chile, 800 y en la Argentina 1.300.¹⁵ Y a medida que pasa el tiempo la situación es más grave: en Colombia en 1950 se podía cambiar un tractor por 32 sacos de café; en 1967 ya era necesario dar 77 sacos de café.¹⁶

Y podría argumentarse que tal fenómeno se da porque los tractores se fabrican en el extranjero y tienen que importarse, sufriendose los efectos de la injusticia en los cambios de las mercancías. Y no es así solamente. Porque en aquellos países donde se han instalado fábricas extranjeras para producir tractores el fenómeno no es igual o más agudo, como fruto diferente de un mismo origen de dependencia económica. “El país latinoamericano más avanzado en la fabricación de tractores, es, sin duda

15. CEPAL, *ob. cit.*, p. 25.

16. Carlos Lleras Restrepo, discurso por la televisión.

alguna, la Argentina, observa Guillén. Pero, en realidad, el tractor producido en la Argentina es muy caro: más de siete mil dólares, contra la mitad de este precio en Europa. El tractor hecho en la Argentina produce una ganancia enorme a sus fabricantes que envían luego al exterior.”¹⁷

Ante fenómenos como el anterior se puede apreciar muy bien cómo los cambios estructurales que se suponen indispensables para el desarrollo, tienen que adelantarse en todos los frentes, de manera integral. No bastaría, por ejemplo, una simple reforma agraria de repartición de tierras, si los otros obstáculos de orígenes externos e internos permanecen iguales. En el caso argentino y de los países latinoamericanos la mecanización adecuada del campo es un imposible en las condiciones actuales, resultando así obligatoria la “tracción a sangre”.

Por razón de ciertas creencias religiosas y de fenómenos propios de la organización social, la humanidad desperdicia otros recursos. En la India los micos —animales sagrados— destruyen las cosechas y la carne del ganado no se consume. En nuestros países la inseguridad personal y la mentalidad individualista obliga a mantener en cada casa perros guardianes que consumen buena parte de los alimentos. En los hogares ricos esos animales reciben dietas alimenticias más completas que las raciones medias de los campesinos. En Medellín, la ciudad industrial de Colombia, se da el caso de una sola persona que gasta cantidades exageradas (algunos calculan en 200 libras diarias) de carne en la alimentación de su colección de perros.

17. Abraham Guillén, en *El dilema económico de América Latina*. Ediciones Nativa Libros, Montevideo, pp. 74 y ss.

LO QUE PODRA HACERSE EN EL FUTURO

Si en las condiciones actuales los recursos sobrepasan las necesidades —necesidades insatisfechas en la mayoría de los países, por efecto de sus organizaciones sociales— los presagios científicos del futuro permiten suponer conquistas que ensancharán las posibilidades.

Al llevar las técnicas de cultivo más avanzadas de la actualidad a todos los países, se ha llegado a pensar que podría triplicarse la producción de cereales. Y esto, limitándose a las áreas que hoy se contabilizan como cultivadas, esto es, excluyendo en los países subdesarrollados las inmensas extensiones que permanecen incultas. En Holanda, por ejemplo, en una hectárea de tierra se cosechan 45 quintales de trigo contra 8 en Uruguay y 17 en Estados Unidos. Y ¿a qué se debe esa enorme productividad?, se pregunta Arapey. “Sencillamente, a que los holandeses emplean por hectárea-año las siguientes cantidades de fertilizantes sintéticos: 215 kilos de abonos nitrogenados, 107 fosfatados y 133 potásicos, contra 14, 12 y 10 respectivamente, en los Estados Unidos.”¹⁸ El milagro de la química, de la utilización de abonos, multiplica los panes y echa por tierra las infaustas creencias de los rendimientos decrecientes del pasado.

18. Arapey. en *Uruguay, país en crisis*. Ediciones Nativa Libros. Montevideo, p. 215.

Y estos datos no pecan de exageración. Por el contrario, las investigaciones más recientes sobrepasan esas cifras. En Colombia, por ejemplo, los estudios adelantados por el Instituto de Reforma Agraria, INCORA, en las regiones donde está operando, han calculado que una vez adecuadas las tierras con regadíos, el monto de las cosechas será más de veinte veces superior a las actuales. En la región del Atlántico, conocida con el nombre de Proyecto Atlántico 3, se están adelantando trabajos en una extensión de 66.400 hectáreas, de lluvias irregulares, habitada por 50 mil campesinos paupérrimos que realizan cultivos de yuca, maíz, millo, arroz, etc., en minifundios no mayores de 6 hectáreas, mientras un grupo de terratenientes —cinco por ciento del total de los propietarios— con propiedades hasta de dos mil hectáreas, ocupaba el 73% del total de las tierras en ganadería extensiva, o simplemente, esperando valorización. Según el informe del INCORA, el 47% de la zona “estaba ocupado por bosques, rastrojos y lagunas; y otro tanto por 31.200 vacunos de cría y de leche; y el 6% restante en cultivos transitorios —los principales: yuca y maíz; y los restantes: batata, millo, arroz, guandul, plátano, banano, papaya y caña— puesto que los permanentes eran casi desconocidos”.¹⁹ “Los resultados económicos —comenta Bonilla, experto del INCORA—, de semejante explotación, no podían ser menores: la ganadería rendía una producción de 7 millones de pesos anuales, con un promedio de menos de una cabeza por hectárea, mientras que la agricultura, sumada la producción de los doce meses, alcanzaba a 3.300.000 pesos.” Posteriormente, una vez adelantadas las investigaciones y empezadas las obras de adecuamiento para el regadío de 47.200 hectáreas, se ha calculado que el “bajísimo nivel de la producción agropecuaria podía elevarse

19. Víctor Daniel Bonilla, en *De la lucha por la tierra al Atlántico 3*, publicado en la revista del INCORA, *Tierra*, No. 4, 1967, pp. 54 y ss.

con el empleo técnico de los suelos hasta 26 veces más (de \$11.000.000 a \$286.000.000 anuales), pudiéndose prever (además) un incremento igualmente notable en la pesca, mediante explotación racional de un gran embalse.”²⁰

Y este prodigioso cambio sucederá en Colombia en una región que antes no entraba en el registro de las zonas aptas para la agricultura. Ya se puede imaginar lo que sucederá en los valles del Sinú y del Magdalena.

En Cuba, en sólo diez años de superación revolucionaria de las antiguas estructuras y de implantación de una nueva organización social socialista, los resultados son sorprendentes. Allí, a pesar del bloqueo imperialista, se camina tan aprisa que el análisis de las cifras sorprende: en 1957 se importaron 157.600 toneladas de fertilizantes y en 1966 la importación ascendía a 726.400, habiéndose calculado para 1967 en más de un millón de toneladas; y en los primeros seis años de esta década se importaron 29.478 nuevos tractores (los tractores importados por la economía cubana, en los cuatro años anteriores a la revolución, fueron menos de 600 de esteras y 1.250 de goma) que al lado de los programas de enseñanza, han comenzado a hacer de la reforma agraria un verdadero aparato de nuevas y mayores producciones.²¹ De 1963 a 1966 la producción de tejidos de algodón pasó de 60 millones de metros cuadrados a 92 millones; la de pastas alimenticias de 22 mil toneladas métricas a 34.000; de 153 toneladas de pan y galleta se llegó a 376; de 332 mil toneladas métricas de aceite vegetal refinado se logró producir 45.800, etc. Cuba cuenta hoy con la primera flota de pesca para consumo alimenticio de la América Latina. En 1959 registraba 28 mil toneladas de captura, y en 1963 su flota

20. INCORA, *ob. cit.*, p. 55.

21. Carlos Rafael Rodríguez, en *Informe a la CEPAL*, publicado en el No. 7 de *Desarrollo Indoamericano*. Colombia, 1968.

pesquera llegaba ya a 43.000 toneladas.²² ¡Allí, en la isla tan maltratada en otros tiempos por el hambre y el analfabetismo, estos males han sido derrotados!

Ya en el campo estrictamente de las indagaciones científicas, los cálculos de las posibilidades que se le ofrecen a la humanidad son simplemente sorprendentes. Las nuevas técnicas, los avances científicos y el descubrimiento de otros recursos y otras fuentes de riqueza alimentaria permiten suponer que en el mañana se contará siempre con existencias capaces de sobrepasar las exigencias y las necesidades humanas.

Si en el pasado, con técnicas que ya van siendo superadas y que cada día se perfeccionan aún más, los avanzados países capitalistas alcanzaron crecimientos extraordinarios, bien se puede pensar en lo que se llegará a lograr cuando esos mismos países y todas las regiones del mundo se encaminen por una organización social donde la capacidad creadora del hombre, su trabajo, sus conquistas científicas, se hallen libres del obstáculo de la propiedad privada sobre los medios de producción, del lucro como incentivo regulador de la actividad económica y de tantas otras trabas de orígenes estructurales que impiden al hombre el aprovechamiento cabal de las oportunidades existentes.

Bastaría recordar, por ejemplo, que en las dos décadas comprendidas entre finales del siglo pasado y comienzos del presente, la producción agrícola de Francia se cuadruplicó y la producción de carne se multiplicó por diez.²³ Y en el sector industrial los incrementos fueron más nota-

22. Carlos Rafael Rodríguez, *ob. cit.*

23. Jean Fourastié, en *La civilización de 1975*. Ediciones Eudeba, Buenos Aires, pp. 79 y ss.

bles. En ese mismo período de esplendor de la economía francesa, la producción industrial en las cinco décadas posteriores a 1880 se multiplicó en precios estables en cincuenta veces su valor. Y “como los precios de los productos manufacturados bajaron notablemente en 50 años y la población pasó de 30 millones a 40, se puede admitir, concluye Fourastié, que la producción industrial de Francia por cabeza, se ha multiplicado por más de 100 después de 1800”.²⁴

En los Estados Unidos, en términos absolutos, vale decir, tomando como indicativo los promedios globales per cápita, en la etapa de brillantez de su revolución industrial, especialmente la comprendida entre 1865 y la gran crisis en 1930, la “producción se multiplicó por más de 40 y como durante ese lapso se triplicó la población, la producción por persona se multiplicó por 13”.²⁵

Estos ensanches prodigiosos sólo se redujeron posteriormente a medida que las contradicciones propias del sistema capitalista entrabaron su dinámica anterior.

En las economías socialistas los logros en la producción no tienen antecedentes históricos semejantes. En la Unión Soviética después de cincuenta años de economía planificada los cambios son casi incalculables. Por ejemplo, en los últimos 46 años el crecimiento de la producción industrial ha sido al promedio de 10 por ciento anual. En 1913 la producción de hierro fundido era de cuatro millones de toneladas; en 1964 llegó a sesenta y cuatro millones de toneladas, y la elaboración de acero a 85 millones de toneladas. La extracción de hulla, que en 1913 fue de 29.200.000 toneladas, había ascendido en 1964 a 554.000.000. Y de 10.300.000 toneladas de petróleo que se extraían y de casi ninguna extracción de gas en 1913, en 1964 se obtuvieron 223.600.000 toneladas de

24. Fourastié, *ob. cit.*, p. 82.

25. *Ibidem*, p. 84.

petróleo y 120.000 millones de metros cúbicos de gas. Antes de la revolución toda la Rusia generaba dos mil millones de kilovatios-hora; en 1964 los territorios soviéticos consumieron 459.000 millones de kilovatios-hora. A consecuencia de este desarrollo de la industria pesada, la producción de maquinaria se expande elocuentemente: en 1964 se producía anualmente más de 183.000 tornos; 660.000 tractores, 20.000 excavadoras, etc. Casi toda esta maquinaria se destina a dotar a la actividad productiva de los instrumentos necesarios que faciliten la productividad: en 1910, por ejemplo, los vastos campos rusos eran cultivados rudimentariamente con 8.700.000 arados de madera, 7.800.000 arados de reja y 17.700.000 gradas de madera. En 1964 en los koljoses y sovjoses trabajaban tres millones de tractores, un millón de camiones y medio millón de cosechadoras-trilladoras.

Y, ¿qué sucederá en el futuro inmediato con el crecimiento económico soviético?, podríamos preguntar. Y encontramos que los programas que se han elaborado ya, tienen la respuesta. Precisamente la característica de las economías centralmente planificadas es ésta: los planes son órdenes, y no pronósticos, que deben cumplirse, y todos los recursos se ponen a su servicio para su cabal cristalización. Por ejemplo, se aspira a lograr en el campo de la energética un crecimiento sorprendente: para 1980 se piensa contar con 2.700 a 3.000 millones de kilovatios-hora. En el nuevo plan quinquenal que se adelanta, de 1966 a 1970 se ha previsto que "el volumen del producto social global crecerá en 40%; los fondos de producción fijos se incrementarán en más del 50 por ciento, correspondiendo un aumento de 60 por ciento a la industria y del 90 por ciento a la agricultura".²⁶ En el sector agrícola, para buscar mayores producciones, se ha programado

26. A. Kosiguin, en *Directivas para plan quinquenal del desarrollo de la economía de la URSS, en 1966-1970*, Moscú, 1966.

entregar a los koljoses y sovjoses en esos cinco años 1.790.000 tractores más modemos, 1.100.000 camiones y 550.000 segadoras-trilladoras.

Todos los avances en la producción logrados por el primer país socialista se pueden sopesar en los siguientes datos que a la vez sirven para refutar las mal llamadas leyes que calculaban “crecimientos aritméticos” de la producción inferiores a los “crecimientos geométricos” de la población y para comprender todo lo que es capaz y puede lograr el hombre cuando una nueva organización social se lo permite: “La producción de la URSS, por ejemplo, superó en 1963 el nivel de 1913 en 52 veces. La industria de los Estados Unidos creció seis veces en ese tiempo, la de Inglaterra en 2.1; la de Francia en 2.8 y la de Alemania Occidental en 4 veces.”²⁷ Mientras los países capitalistas desarrollados, por razón de sus problemas estructurales entran en decadencia y sus ritmos productivos pierden el vigor del pasado, las nuevas sociedades socialistas avanzan prodigiosamente: en China desaparecieron el hambre y la miseria endémicas del pasado colonial y dependiente. En sólo veinte años después de su liberación, China es hoy una potencia que se empeña con éxito extraordinario en las conquistas más avanzadas de la técnica y de la ciencia. En cada una de estas economías, centralmente planificadas, los crecimientos productivos exigen más mano de obra. En vez de sobrar población, falta. Y los incrementos demográficos son registrados con entusiasmo. En Cuba, en un reciente informe titulado “*Los matrimonios y la revolución*” se ufanan en decir que en 1957 los matrimonios celebrados fueron 30.703 y en 1965 se duplicaron en 67.323. “Exactamente 501.207 matrimonios se han registrado en Cuba desde 1959 hasta el año 1967, inclusive, comenta Héctor Fernández. Eso

27. Efraim Loxsim, en *Cómo y por qué*. (Cómo se realizó la nacionalización de la economía de la URSS.) Moscú, 1965.

quiere decir que en la etapa revolucionaria se celebra un promedio de 172 bodas diarias, mientras que en el pasado capitalista el promedio era de 84 diarias, más o menos. No sólo se han movilizad los medios y formas para la realización del acto de casamiento, sino que conjuntamente, se crean instituciones como los Palacios de Matrimonios, donde gratuitamente se brinda a los contrayentes todos los elementos de belleza, lucimiento y tradición característicos de esa ceremonia, que antes era privilegio de clases minoritarias.”²⁸

Naturalmente, este estímulo al crecimiento demográfico responde, primero, al convencimiento teórico del papel positivo que juega el factor humano en el desarrollo económico y, segundo, a las exigencias del desenvolvimiento productivo que se contabiliza en las economías socialistas: “De 1957 a 1959, anota Baskin, el volumen de la producción industrial de los países socialistas se acrecentó en 37.1 por ciento, mientras que la producción industrial de los países del capitalismo, en 7.4 por ciento. El ritmo medio anual en los países socialistas reunidos fue de 17 por ciento; en los países capitalistas, de 3,6 por ciento.”²⁹

Pero volviendo al análisis de los augurios científicos sabemos, entre otras cosas, que para el mañana está previsto el cultivo artificial de las plantas, para aprovechar mejor los abonos, evitar las enfermedades y las plagas, y convertir en una auténtica labor industrial la explotación agrícola. La química avanza en la búsqueda de la producción de alimentos. El mar y los ríos son por sí

28. En *Los matrimonios y la revolución*, publicado en Gramma, de 26 de mayo de 1968.

29. Marcos Baskin; en *Las ciencias sociales en el siglo XX*. Ediciones Suramérica, Bogotá, pp. 102 y ss.

solos una reserva. "Existen alrededor de 300 mil especies de animales *marinos* y los ictiólogos cuentan alrededor de 100 mil peces de río."³⁰ La energía solar está próxima a su aprovechamiento. Se ha calculado que en un año solar (aproximadamente 180 días) la energía de los rayos solares sobre una superficie de un kilómetro cuadrado, representa un equivalente a 1.210 millones de kilovatios-hora, de los cuales podrían ser aprovechados alrededor de un 17 por ciento. Las corrientes acuáticas constituyen otras fuentes inagotables de energía. La sola represa de Assuán, en Egipto, está siendo construida para producir 12.000 millones de kilovatios-hora y para suministrar regadío, y aumentar en un tercio la superficie de las tierras laborables de la RAU.³¹ En la futura producción de energía los recursos son tan variados como incalculables: los vientos, el calor del aire y de las profundidades de la tierra, los movimientos naturales del mar, el núcleo atómico, etc., son actuales depósitos que en el mañana están llamados a revolucionar la energética.

Sería interminable reseñar en pocas páginas el monto de los recursos naturales inventariados por los expertos. Y mucho más difícil resumir en unas líneas los avances de la ciencia. La verdad es que el hombre está por llegar a otros planetas; que en el laboratorio se descubren y explican fenómenos que en el pasado pertenecían al mundo del misterio o del milagro. Puede aún no ser muy brillante la luz que alumbra en el camino del dominio científico, pero ya se tiene el pleno convencimiento de que no existen límites para la posibilidad del conocimiento. Cada día que pasa el hombre se adentra más y más en el conocimiento de los fenómenos que antes no podía explicar. La

30. B. Bijovski, en *Ciencia, sociedad y futuro*, Ediciones Suramérica, Bogotá, p. 33.

31. "La gran presa de Assuán ha pasado a ser el símbolo del pueblo egipcio." Presidente Gamal A. Nasser, en *Carta nacional*, El Cairo, 21 de mayo de 1962.

investigación científica que se supera y se enriquece con el proceso histórico, ampliará las fronteras de las posibilidades en favor de la humanidad. El devenir no puede por eso mirarse con lentes ahumados, sino con confianza y optimismo. La etapa actual que vive el hombre es de seguridad. Hasta el siglo pasado se andaba un poco a tientas. Ahora todo puede verse con claridad, inclusive el vasto mundo de lo desconocido. Porque "el conocimiento es un proceso histórico, el paso de lo desconocido a lo conocido, del saber limitado, aproximado e imperfecto al saber omnímodo, profundo y preciso".³² A medida que pasa el tiempo la ciencia abrirá nuevos horizontes al servicio del hombre, especialmente en la solución de sus problemas vitales: Estas sendas que conducen al conocimiento se animan y se amplían en los hechos revolucionarios que expresan, cambios favorables al hombre en su vida social, porque históricamente los frenos en el conocimiento han sido consecuencia de los obstáculos institucionales prevalecientes en la organización social: los tabúes y los prejuicios del pasado; el dominio de ciertas clases interesadas en impedir el progreso y el conocimiento de verdades; las limitaciones en nuestros días al acceso a la cultura a las grandes masas de obreros y campesinos, en los países coloniales y dependientes. De ahí que pueda augurarse con seguridad que la humanidad, en su conjunto, cuando en su forma de existencia social haya superado los obstáculos que aún la siguen frenando en la mayor parte de los países, especialmente en los llamados pueblos subdesarrollados, sabrá encontrar en el conocimiento el instrumental básico para superar ventajosamente los problemas con que tropieza en el camino.

32. B. Bijovski, *ob. cit.*, p. 18.

LOS RECURSOS DE AMERICA LATINA

Ya en el caso particular de nuestro Continente, el inventario de los recursos es prodigioso. La variedad de la riqueza de sus suelos es tan completa, que contrasta con la miseria de sus habitantes. Estudiando los datos que describen los expertos en recursos con las estadísticas del hambre y de las necesidades insatisfechas de los indios del Perú, Bolivia, Ecuador, o los campesinos del Brasil, Colombia, Nicaragua, etc., se viene a la memoria una frase muy conocida de Engels, al comentar la contradicción inherente al sistema capitalista en el análisis de las crisis de sobreproducción relativa: llega un momento, decía el gran pensador dialéctico, en que “las masas obreras carecen de medios de vida por haber producido demasiados medios de vida”. De la misma manera, a consecuencia de la dominación económica que ha soportado nuestra América Latina —desde la conquista imperialista hasta la dependencia actual— la abundancia de sus recursos minerales fue en el pasado el origen de la destrucción de su cultura autóctona, del distorsionamiento de su desarrollo, del aniquilamiento de su pueblo; y es en el presente, a consecuencia del sistema económico que la regula, el motivo de su sometimiento económico, político, cultural, etc.

Josué de Castro recuerda emocionado y conmovido en sus estudios el significado de la riqueza de la América Latina y el papel que ha jugado su explotación en el desarrollo de los países que la han sojuzgado: "De sus inmensas riquezas naturales, comenta, ha sacado su desgracia. Agoniza al lado de recursos innumerables. La América Latina atiende las necesidades del mundo, pero no se basta a sí misma. Es botín y pedestal del poder de otros. Según Davidson, posee por habitante más tierras tropicales cultivables que el Asia, y las más grandes reservas de maderas del mundo. En esta tierra hay enterradas incalculables riquezas de petróleo, hierro, cobre, estaño, oro, plata, zinc, plomo. La lista es interminable, cubre prácticamente todos los metales ordinarios y preciosos y todos los elementos químicos industriales conocidos por el hombre. Por su petróleo y su energía hidráulica, constituye una de las más grandes reservas de energía. Pero durante siglos ha sido despojada del oro y de la plata en beneficio de Europa. Ha entregado sus materias primas a precio vil. Al contribuir a la fortuna de los españoles, portugueses, ingleses y franceses, y luego de los americanos del Norte, ha acrecentado su miseria."³³

Aunque en la América del Sur, especialmente en Olivass Gerais y Matto Grosso, en Brasil, y Sierra Imataca, en Venezuela, se localiza el 83 por ciento de las reservas del hierro, en toda la América Latina abunda este metal. En total las reservas demostradas ascienden a 24.864 millones de toneladas que representan el 28.4 por ciento de las reservas totales del mundo, cantidad sólo superada por Asia, que aparece con 26.281 millones de toneladas (32.8 por ciento del total mundial), pero muy por encima de Estados Unidos, que posee 8.522 millones de toneladas (10.8% del total mundial); de Europa, con sus 16.670

33. Josué de Castro, en *El oro y la América Latina*, publicado en la revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 5, Colombia, 1967.

millones de toneladas y un 20% de la reserva mundial; de la Unión Soviética y sus 3.140 millones de toneladas y su 3.9% del total mundial, etc.³⁴

En cuanto a las reservas potenciales del hierro la participación de la América Latina es aún más ventajosa: ocupa un 32.9 por ciento del total mundial, con 80.000 millones de toneladas.³⁵ Sin embargo en 1962 la producción de hierro latinoamericano apenas representaba el 9.61% de la producción mundial, con 24.968.000 toneladas.

La mitad de las reservas de la bauxita comercial del mundo están localizadas en la América Latina.³⁶ Pero, como anota Herrera, prácticamente todo este mineral se exporta para beneficio de potencias e intereses extranjeros. Más aún, dado que el inventario conocido se limita a unos pocos países, casi todos hasta hace poco colonias europeas —Jamaica, Surinam, Guayana inglesa y francesa, etc.—, “es muy probable que existan depósitos importantes de formación reciente no descubiertos”,³⁷ en los extensos territorios restantes. Porque en la mayoría de ellos, afirma la CEPAL, hay grandes reservas de calidad inferior a la comercial.

Las reservas de menos (mineral que contiene 35 por ciento o más de manganeso) fluctúan entre los noventa y los noventa y tres millones de toneladas, todas ellas de posible utilidad comercial inmediata, ya que el Ecuador y el Uruguay cuentan con yacimientos mucho mayores que por su ubicación —en el caso del Ecuador cuyas reservas

34. Amílcar O. Herrera, *Los recursos minerales de América Latina*. Eudeba, Buenos Aires, cifras que a su vez corresponden a las investigaciones e inventarios de la CEPAL, Naciones Unidas, Survey of Energy Resources U. S., Bureau of Mines, etc.

35. CEPAL, en *Los principales sectores de la industria latinoamericana: problemas y perspectivas*, volumen 1, p. 26.

36. *Ibidem*, p. 168.

37. A. O. Herrera, *ob. cit.*, p. 67.

se estiman en ciento veinte millones de toneladas— o por su calidad —caso del Uruguay—, se clasifican como de explotación costosa en los momentos actuales.

En las reservas mundiales de cobre demostradas, América Latina pasa a ocupar el primer puesto con un 35 por ciento. Cincuenta y cuatro mil doscientos millones de toneladas de cobre se han inventariado ya en sus entrañas. Sin embargo, esos guarismos pertenecen en su mayoría a las estadísticas de las empresas extranjeras que explotan las minas de Chile y del Perú, lo cual supone imaginar que las verdaderas reservas del Continente son aún mayores. Pero hasta ahora se sabe que un poco “más del 97% de las reservas conocidas de cobre de América Latina se encuentran en Chile y Perú”, representando su explotación, que está en manos de empresas extranjeras, el 21.7 por ciento de la producción mundial.

Las reservas de plomo alcanzaban, con sus 57.690.000 toneladas demostradas, el 10.2 por ciento de las reservas mundiales. Y en el zinc, los 76.616.000 toneladas, cubrían el 15.1 por ciento de todos los continentes.

Sólo Bolivia posee unas 500.000 toneladas de estaño metálico y “las reservas de Cuba, contenidas en yacimientos lateríticos y en serpentinas, son las más importantes del mundo”: las reservas de níquel en Cuba, según fuentes de las Naciones Unidas en 1963, llegaban a 17.600.000 toneladas. Y en las reservas de molibdeno (subproducto de la explotación de cobre) Chile se sitúa en el segundo lugar del mundo, sólo después de los Estados Unidos. En el tungsteno también las reservas de nuestro Continente “son las más importantes del mundo, después del Lejano Oriente”, y en el renglón del antimonio su producción representa el 31 por ciento de la producción mundial. Las reservas de Bolivia y México en antimonio se mide en 650.000 toneladas y las de mercurio de México en 4.420 toneladas.

México sólo es el productor más importante de plata en el mundo y la producción conjunta de la región latinoamericana representa alrededor del 38 por ciento de la mundial. La producción de oro constituye a la vez el 4 por ciento de la de todos los países.³⁸

Las reservas de uranio de la Argentina se calcularon en 1962 en 25.000 toneladas.

En el campo de las reservas de los combustibles el panorama es aún más halagüeño para nuestra América Latina: 18.177 millones de toneladas de carbón, de las cuales 12.500 millones de toneladas corresponden a Colombia, Chile, solamente, de acuerdo a informes de las Naciones Unidas, cuenta con 5.375 millones de toneladas de lignitos y con 5.000 millones de toneladas métricas de turba. Las reservas de petróleo de la América Latina se medían en 1945 en mil trescientos millones de toneladas y seis años después las nuevas exploraciones permitían calcularlas en casi tres veces más, exactamente, en 3.576.621.000 toneladas, a pesar de que las empresas extranjeras que extraen y se llevan el llamado oro negro de nuestros subsuelos, habían sacado "una cantidad de petróleo equivalente a casi el doble de las reservas probadas en 1945".³⁹ Sólo Venezuela, que producía en 1963 para los monopolios extranjeros el 12.5% de la producción mundial (apenas superada por los Estados Unidos, con 29% y la Unión Soviética, con 15.5%) contaba con un 5.2% del total de la reserva mundial.⁴⁰

Son, las anteriores, cifras apenas parciales de los recursos minerales del Continente. Y parciales y limitadas porque los inventarios no están actualizados y sólo abar-

38. A. O. Herrera, *ob. cit.*, p. 90.

39. *Ibidem*, p. 90.

40. Datos del Ministerio de Hidrocarburos de Venezuela, citados por Hugo Darío Montiel Camacho, en *La explotación del petróleo en Venezuela y la capitalización nacional*, México, 1967.

can parte de los extensos territorios de nuestros países. Además, cada día que pasa las investigaciones permiten conocer nuevas fuentes. Hace unos meses, por ejemplo, el ministro de Minas de Colombia, informaba al país sobre descubrimientos de incalculables riquezas minerales —níquel, hierro, etc.—, localizadas en las costas del mar Caribe, en la región comprendida entre Cartagena y Barranquilla.⁴¹

La multitud de ríos y caídas de agua de la América Latina hacen incontables sus recursos energéticos. Los cálculos de las posibilidades de energía de origen hidrográfico son simplemente sorprendentes. La CEPAL considera que ellos sobrepasan el 25 por ciento de las reservas mundiales y habría que agregar todo lo que podría obtenerse en el campo de la termoeléctrica con sus combustibles ya descritos.

Pero también sus mares y sus ríos son ricos en peces: Perú, por ejemplo, aparece como primer exportador de harina de pescado. Y la variedad de las especies marinas es tan completa, que la flota pesquera de otros países permanentemente las extraen para sus provechos exclusivos.

Lo mismo podría decirse de sus frutas. Muchas de ellas, que sobrepasan en buen sabor y contenido vitamínico a las extranjeras —marañón, aguacate, zapote, mango, caimito, etc.—, crecen en varios países de manera silvestre. En las zonas tropicales la piña, la guayaba, la papaya, etc., se cultivan sin ningún esfuerzo técnico. Sin embargo, los grandes cultivos de frutales, como los de banano, están en manos de compañías extranjeras que envían sus productos a los mercados europeos y norteamericanos.

“Con una superficie forestal de más de 1.000 millones de hectáreas, dicen la CEPAL y la FAO, América Latina

41. Declaraciones del doctor Carlos Gustavo Arrieta, publicadas por la prensa de Bogotá.

contiene casi la cuarta parte de los bosques del mundo. El 54 por ciento de montes con relación a la superficie total de América del Sur es la proporción más elevada del mundo, y sus 950 millones de hectáreas forestales constituyen la reserva maderera más grande del hemisferio occidental.⁴²

Esta inmensa riqueza forestal se encuentra en condiciones de suministrar la materia prima para las industrias de la construcción, del papel, etc. México posee 38.840.000 hectáreas; América Central, 29.640.000; islas del Caribe, 1.250.000; norte de América del Sur, 166.100.000; Brasil, 561.660.000; sudoeste de América del Sur, 137.440.000 y sudeste de América del Sur, 91.460.000, para un total exacto de 1.030.140.000 hectáreas.

Los cálculos adelantados sobre el volumen de la masa forestal en pie indican que todo el Continente latinoamericano cuenta con 143.629 millones de metros cúbicos sin corteza, de los cuales los tres primeros puestos están ocupados por Brasil, con 79.000.000; Colombia, con 11.800.000 y Perú, con 11.300.000.⁴³

Pero a pesar de todo lo anterior, vale decir, de contar con esa riqueza natural, que es la fuente primaria, entre otras, de las industrias del papel y la celulosa, América Latina apenas sí produce la mitad del papel que consume.⁴⁴ Más aún, ¡y esto sí parece increíble!, “en lo que respecta a productores forestales en general, la región es más bien importadora, pese a la importancia de algunas exportaciones (registradas) —por ejemplo, pino de Para-

42. CEPAL y FAO, en *Tendencias y perspectivas de los productos forestales en América Latina*, Naciones Unidas, 1962, pp. 11 y ss.

43. *Ibidem*, p. 13.

44. América Latina consume el 3% del papel del mundo y produce poco menos del 1.5 por ciento del papel mundial y menos del 1% de toda la pasta papelera. Naciones Unidas, FAO, en *Perspectivas de la industria del papel y celulosa en América Latina*, 1955, p. 72.

na y especies latifoliadas de América Central”—⁴⁵ Vale decir que el Continente con mayor recurso maderero en el mundo, por razón de su dependencia económica y su organización política, se ve obligado a comprar en el extranjero la madera que consume. Mientras tanto, buena parte de sus bosques son explotados por intereses foráneos que la sacan al exterior sin control y en forma bruta para procesarla en los países dominantes y volverla a traer, dejando el provecho de la plusvalía —o del valor agregado, en términos de la contabilidad de la economía capitalista— en sus metrópolis. En Colombia, por ejemplo, se comprobó cuando se elaboraba el plan del Chocó, a comienzos de esta década, que las estadísticas nacionales no registraban exportaciones de maderas, mientras en los anuarios de importación maderera de los Estados Unidos aparecía en los primeros lugares entre los países que suministraban ese producto.

Pero, como si fuera poco, los investigadores sociales han comprobado que la América Latina, tan necesitada en recursos humanos calificados, deja escapar, al lado de sus riquezas materiales, a sus técnicos y profesionales. En los últimos cinco años más de cinco mil egresados de universidades —médicos, agrónomos, economistas, ingenieros, etc.—, han escapado a los Estados Unidos.

Las extensiones territoriales de la América Latina aptas para el cultivo son inmensas. En la actualidad sólo se explotan un poco más de cien millones de hectáreas. La CEPAL ha calculado que para atender las necesidades hasta 1980 se podrían ocupar intensamente las zonas explotadas más 425 millones de hectáreas que permanecen en barbecho o con pastos naturales.⁴⁶

45. Naciones Unidas y FAO, *ob. cit.*, p. 72.

46. CEPAL, *Estudio económico de América Latina*, 1966. Cuarta Parte. Evolución y situación actual y futura de la agricultura latinoamericana. Edición mimeografiada, pp. 138 y ss.

Para el futuro quedarían las inmensas reservas de sus campos y bosques. En barbechos, de montes bajos totalmente aptos para la agricultura y de pastoreo naturales, nada más la Argentina cuenta con 52.604.000 hectáreas; Brasil, con 109.021.000 hectáreas; Colombia, con 18.027.000 hectáreas; Chile, con 33.894.000 hectáreas; Ecuador, con 24.221.000 hectáreas y Perú con 38.137.000 hectáreas. En montes que comprenden especialmente tierras bajas, solamente estos seis países contabilizan 710.220.000 hectáreas.⁴⁷

Sin embargo, en la América Latina su población campesina vive miserablemente y en muchos casos se asemeja a las zonas del mundo de más bajo nivel de subsistencia. Sus minifundistas y peones luchan desventajosamente contra el hambre, mientras las tierras féculas permanecen vírgenes en manos de los latifundistas. En la Argentina el 43.2% de propietarios minifundistas sólo poseen tierras en proporción de 4.3% del total del país. A su vez, los latifundistas, que apenas representaban el 0.8 por ciento de las propiedades, abarcaban el 36.9 por ciento del total del país. En el Brasil el problema se acentúa: los campesinos minifundistas cuentan con 0.5 por ciento del territorio explotado y los latifundistas con 59.5 por ciento. Y en el Perú la situación es más dramática: a sus auténticos trabajadores del campo, los campesinos, con un 88 por ciento de las propiedades agrícolas registradas, sólo les corresponde el 7.4 por ciento de las tierras laborables, mientras los latifundistas, que suman 1.1 por ciento de los propietarios, abarcan el 82.4 por ciento de las tierras en capacidad productiva.

Las cifras anteriores constituyen un fiel reflejo de un problema estructural propio de un sistema económico asentado en el principio regulador de la propiedad priva-

47. CEPAL, *ob. cit.*, p. 68.

da sobre el factor de producción más importante. Es éste el origen del problema de la escasez de alimentos y del hambre de sus gentes. La concentración de la tierra en pocos propietarios no interesados en explotarla, es la causa fundamental de la inanición y del hambre que agota a la población campesina. Y esto es aún más grave que lo medible por la estadística. Porque como bien lo anota la CEPAL, los datos no tienen en cuenta la calidad de los suelos y otros detalles, y la verdad es que las mejores tierras están en manos de los terratenientes y muchos de ellos son dueños de varias propiedades, y en algunos casos no declaran la superficie real de sus campos.

Estas suposiciones anteriores quedan claramente demostradas en los guarismos comparativos: mientras la producción agrícola por habitante aumentó en la Europa Oriental y en la Unión Soviética en 52 por ciento después de la Segunda Guerra Mundial, en América Latina descendió en 12 por ciento. En ese mismo período la producción por habitante de Europa Occidental aumentó en 25 por ciento y la del Cercano Oriente y América del Norte en 14 por ciento, etc. Inclusive el Continente Africano registró un aumento de 2 por ciento.

El examen patético de esta situación que conmueve y horroriza, bien se puede dejar al análisis objetivo de un organismo científico social internacional: "El aspecto más dramático del Continente —dice la CEPAL— es el de la miseria e ignorancia en que viven no menos de 70 millones de habitantes del sector rural. En algunas partes de América Latina los niveles de vida pueden compararse con los que se registran en las zonas más pobres del mundo. Con un ingreso medio inferior a los 100 dólares al año por habitante, esa población se alimenta en forma tan insuficiente, que su dieta no alcanza en muchos casos a proveer más de la mitad de las calorías y las proteínas que se requerirían para asegurarle un standard de salud razonable... Sin embargo, América Latina posee grandes

riquezas naturales, cuya explotación adecuada, permitiría satisfacer no sólo las necesidades reales de su creciente población sino que dejaría grandes saldos explotables de alimentos y materias primas.”⁴⁸

48. CEPAL, *ob. cit.*, pp. 2 y 4.

LOS RECURSOS DE COLOMBIA

Como casi todos los países latinoamericanos, la variedad de los recursos de Colombia es reconocida. Los estudios que se adelantan para inventariar sus riquezas encuentran cada vez más posibilidades para el desarrollo futuro. Sin embargo en nuestros días esos recursos permanecen en buena parte inexplorados o son explotados por intereses extranjeros. Hace más de cien años, por ejemplo, un investigador europeo,⁴⁹ al conocer los valles paradisíacos que hoy comprenden al departamento de Córdoba, inició su libro sobre *El río Sinú* con un dicho antiguo, que decía: "Desgraciado del Perú si se descubre el Sinú." Pero el Sinú sigue aún sin descubrir, utilizado en buena parte en ganadería extensiva de propiedad de latifundistas ausentistas.

Los estudios más recientes (de 1966) y más autorizados —adelantados conjuntamente por el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, INCORA, FAO, etc.—, en una superficie de unos 690.000 km², que corresponde al 60.5 por ciento del territorio nacional; 5.076.400 hectáreas de las zonas planas fueron clasificadas como suelos aptos y potencialmente aptos para la agricultura y la ganadería intensiva y de la utilización inmediata. Otras 7.222.500

49. Luis Strifler en *El río Sinú*, Lito Editora Sinú, Cereté.

hectáreas se consideraron también “potencialmente aptas para agricultura y ganadería intensivas, de relieve plano cóncavo (pendiente 0% al 1%), no susceptible de erosión”.⁵⁰

Quiere decir lo anterior que en Colombia en un poco más de la mitad de su territorio estudiado se cuenta con 12.298.900 hectáreas aptas y potencialmente aptas para su explotación y suministro de alimentos.

A su vez los suelos “en especial aptos para la ganadería, que también podrían servir para cultivos después de prácticas intensivas de conservación” comprenden 15.667.000 hectáreas. Otras 16.536.200 hectáreas entran en la denominación de suelos “aptos para bosques, ganadería extensiva, cultivos permanentes o semipermanentes”.

En Colombia, pues, en la mitad de su territorio aparecen 27.965.900 hectáreas aptas y potencialmente aptas para su explotación y suministro de alimentos a sus actuales 17 millones de habitantes. Otros 16 millones de hectáreas complementarían en los usos específicos toda esa extensión que apenas parcialmente mantiene algún uso.

Sin embargo, de acuerdo con las informaciones de la FAO, en Colombia unos 9 millones de habitantes sufren hambre, o están clasificados como subalimentados y desnutridos.

Y ¿cómo puede explicarse lo anterior?

Concretándonos, dentro del análisis estructural general, al aspecto especial del sector agrícola, encontramos que la razón de esta paradójica situación emana de las características propias de las formas de tenencia de la propiedad territorial: por un lado el latifundio improductivo y holgazán que niega su concurso a la actividad creadora del trabajo, y por el otro, el minifundio antieconómi-

50. Instituto Agustín Codazzi, en *Atlas de Colombia*, Bogotá, 1967, pp. 9 y ss.

co que se mantiene atascado como una consecuencia de la existencia del primero.

Según las últimas estadísticas del INCORA⁵¹ unos 867 latifundios abarcan 7.449.266 hectáreas, para un promedio de 8.591 hectáreas por propietario. Una sola propiedad comprendía casi medio millón de hectáreas, otra se clasificó entre trescientas a cuatrocientas mil hectáreas y unas doce pasaban de cien mil hectáreas.

Y son éstas, como ya se ha comentado, las mejores tierras. Por ejemplo, de esas 7.449.266 hectáreas, 4.108.744 fueron consideradas por el INCORA topográficamente planas, 1.269.887 onduladas y 542.064 como simplemente inclinadas. Apenas 650.733 hectáreas, de dichos latifundios se incluyen en la denominación de pendientes.

Sin embargo del total del territorio ocupado por la gran propiedad, sólo un 49% mantenía alguna forma de explotación, especialmente con ganadería extensiva.

Y se ha comprobado que la inexploración o la explotación inadecuada de las tierras amenaza los recursos. En Colombia, según el profesor Billón, la ganadería que ocupa unos cuarenta millones de hectáreas, facilita la erosión de 43.600 hectáreas por año. Y de acuerdo con C. Rodríguez Guerrero, la tierra arable que se pierde diariamente por diferentes fenómenos serviría para formar una finca de 583 hectáreas, para un total anual de 213.000 hectáreas perdidas.⁵²

Al lado del latifundio aparece, como consecuencia, el minifundio. La pequeña parcela improductiva que cobija al campesino paupérrimo es el resultado de la concentración de la propiedad latifundista. Por eso resulta erróneo tratar este problema aisladamente. Y mucho más equivo-

51. *Estadística sobre los predios rurales mayores de 2.000 hectáreas en Colombia*, Bogotá, 1966.

52. Federico Billón, en *Economía agrícola colombiana*, mimeógrafo, Universidad de Cartagena, 1968.

cado sería pretender ignorar la trascendencia del fenómeno latifundista cuando se estudia el minifundio. Porque la gran propiedad es la causa fundamental de la existencia de la pequeña. Las estadísticas, por ejemplo, permiten observar que las regiones de mayor números de minifundios, son precisamente donde aparecen los más grandes latifundios: en Boyacá se censó una propiedad con más de 400.000 hectáreas, una con más de 90.000 hectáreas y seis con extensiones de cincuenta a noventa mil hectáreas; en Nariño hay seis propiedades con extensiones de cuarenta a ciento cincuenta mil hectáreas; en Santander unos diez terratenientes poseían extensiones que iban de diez mil a setenta mil hectáreas. Naturalmente estas propiedades representan las tierras localizadas en valles prodigiosos. Por ejemplo, en el Valle del Sinú, en el municipio de Montería, hay propiedades de diez a quince mil hectáreas; en Bolívar, una sola empresa extranjera, es propietaria de un latifundio con extensión clasificada entre trescientas a cuatrocientas mil hectáreas; en el Valle del Cesar, municipio de Valledupar, un latifundio mide más de setenta mil hectáreas; en Chiriguaná otro casi alcanza las trescientas mil hectáreas; en la zona bananera de Fundación, hay otro latifundio que se agrupa entre los comprendidos entre treinta a cuarenta mil hectáreas.

Los minifundios colombianos, aunque representan el 64 por ciento de las unidades agrícolas, sólo comprenden el 4.9 por ciento de las tierras registradas. A su lado los latifundios, con 1.3 por ciento del total de las propiedades, abarcan el 49.5% de las tierras escrituradas.⁵³

Mencionando otros recursos se sabe que las posibilidades energéticas de Colombia son pingües. Únicamente en la zona montañosa de los Andes se asegura la viabilidad inmediata de una explotación no inferior a 40 millones de

53. CEPAL, *ob. cit.*, p. 65.

kilovatios.⁵⁴ Además, en el Occidente, sólo los ríos Atrato y San Juan están en condiciones de generar más de cuatro millones de kilovatios. En el Norte, la Sierra Nevada de Santa Marta es fuente potencial de energía. Y éstos son datos únicamente relacionados con los estudios ya adelantados. Vale decir, sin intentar calcular las posibilidades de los numerosos ríos que cruzan el país. Y también sin mencionar los millones de kilovatios que se asignan al gas natural —que actualmente se quema o se desperdicia sin una utilización adecuada— y al petróleo.

El hierro se localiza en casi todas las regiones de Colombia. Hasta ahora se han estudiado debidamente 30 yacimientos. Uno solo de ellos, el de Paz de Río, mantiene reservas probadas, probables y posibles, por un total de 103.147.600 toneladas.

Colombia es el país más rico de América Latina en yacimientos carboníferos. Los cálculos autorizados estiman que sus reservas no son menores de 40 mil millones de toneladas.⁵⁵

Las extensas costas colombianas en dos océanos y sus minas interiores constituyen suministros reales y potenciales de sal. Los yacimientos salíferos de la Cordillera Oriental, que explotaban desde el pasado los chibchas, se extienden por varios departamentos. En uno de ellos, el de Cundinamarca, un solo yacimiento en un cerro de 800 hectáreas, ofrece reservas calculadas en 1.800 millones de toneladas de sal.

En la producción de oro Colombia ha ocupado en otros tiempos el primer lugar en el mundo (siglo XVII), y en la de platino, en las primeras décadas de este siglo, superaba a Rusia y a los demás países productores. Sin embargo, estos metales preciosos poco benefician la economía nacional. Las empresas extranjeras que los explo-

54. *Atlas de Colombia*, p. 20.

55. *Ibíd.*

tan han succionado libremente la riqueza nacional dejando a su paso la miseria y pedregales. En el Chocó, la zona relativamente más subdesarrollada de Colombia y más rica en platino, la compañía minera norteamericana Chocó-Pacífico, según las informaciones compiladas en 1960 cuando se elaboraba un programa de gastos de esa región, había extraído platino y oro por valor de más de cinco mil millones de pesos.

Al lado de los minerales mencionados, el subsuelo colombiano guarda cobre, plomo, zinc, mercurio, barita, feldespato, calizas, yeso, mármol, azufre, talco, mica, asbesto y esmeralda. Sus esmeraldas, por ejemplo, son famosas en el mundo por su calidad. Pero a pesar de su abundancia (únicamente las minas de Muzo produjeron en 1965 unos 263.403 quilates) periódicamente la prensa informa sobre su tráfico ilegal y su explotación clandestina por parte de empresas extranjeras.

Esta radiografía mínima de los recursos naturales colombianos permite apreciar con diaphanidad la razón de la miseria de su pueblo: extensiones de tierras propias para el cultivo que no se cultivan y reposan en manos de una casta de terratenientes; riquezas minerales que explotan para su beneficio firmas extranjeras, etc. Y al lado de todo eso, aparecen sus recursos humanos despreciados —36 por ciento de analfabetos—; su economía desangrada —nada más por la baja del precio del café perdió Colombia 550 millones de dólares en el período de 1957 a 1961—; su trabajo expoliado por las inversiones extranjeras y perdido por fenómenos propios de su dependencia económica (en un solo año representa 250 millones de dólares);⁵⁶ sus profesionales y personal calificado despre-

56. "Si contamos únicamente las utilidades de las inversiones directas norteamericanas, los egresos por turismo, seguros, fletes y el seguro de la deuda (amortizaciones e intereses), en 1967 se fugaron del país 248 millones de dólares, o sea un poco más de 12 dólares por persona. O sea que *por cada dólar de 'ayuda' a Colombia, los monopolios de Estados Unidos sacan 3 dólares como mínimo!*" Teodosio Varela, en *Voz Proletaria*, Bogotá, 1968.

ciado. En este país, según la FAO con nueve millones de hambrientos, con toda clase de problemas de salubridad (en el solo departamento de Antioquia, por cierto la zona industrial del país, y de las de más altos ingresos, en 1967 la estadística nacional registró unos 86.492 casos de diarreas y enteritis en niños menores de dos años),⁵⁷ etc., sus médicos, agrónomos, veterinarios, economistas, ingenieros, etc., se ven obligados a emigrar por no encontrar ocupación. "Puede decirse de acuerdo con investigaciones preliminares que se adelantan actualmente para América Latina, afirma Arias, que Colombia es relativamente el primer país exportador de talentos hacia el exterior. La cifra se calcula en mil profesionales anuales."⁵⁸ Y en el Boletín (No. 14) de oferta de profesionales especializados, el Instituto Colombiano de Especialización Técnica en el Exterior, ICETEX, publica una lista de 135 profesionales especializados en el exterior por cuenta suya que estaban cesantes y entre los cuales se contaban médicos, bacteriólogos, agrónomos, ingenieros, veterinarios, etc. Además, el Censo de población en 1964 encontró que 18.207 profesionales titulados, que representaban el 35% de los profesionales del país, realizaban actividades diferentes a las de su profesión.

Queda así establecido que son los problemas estructurales de orígenes externo e interno la causa de los fenómenos que maltratan el pueblo colombiano. Ya en el siglo pasado (1884) un gran estudioso calculaba que el territorio nacional podía albergar, aplicando las técnicas de

57. DANE, en *Boletín Mensual de Estadística*, No. 206, p. 11.

58 Y como la "preparación completa de un profesional, al momento de egresar se estima en \$200.000.00, al relacionar esta cifra con la corriente migratoria, tendremos que Colombia pierde anualmente la suma de 200 millones de pesos, cálculo que representa muy poco en relación al efecto multiplicador que el aprovechamiento de este personal científico produciría a la economía nacional". Eduardo Arias Osorio, en *Los economistas ante el desarrollo*, Ed. Tercer Mundo, Bogotá, 1966, p. 20.

cultivos intensivos de esa época, unos 250 millones de habitantes que "podrían vivir felices".⁵⁹

Hoy con los milagros de la técnica y los avances de la ciencia, los cálculos podrían ser mucho más amplios.

Ahora podríamos volver atrás y meditar un rato sobre la mala fe de los pregoneros del terrorismo antinatalista y de la insensatez de los estudiosos que inconscientemente acogen sus planteamientos. Porque enfrente de su algarabía, aparecen, como testimonios elocuentes, la prodigalidad de la naturaleza y la capacidad creadora del hombre.

Es verdad que la realidad presente es angustiosa. Pero en el futuro los cambios que las leyes sociales presagian permitirán superar los obstáculos que hoy son el origen de la desigualdad entre los pueblos y los hombres.

Ya hemos comentado el inventario de los recursos del mundo y, particularmente, el de nuestro Continente. En América Latina, por ejemplo, sus problemas sólo pueden explicarse en razón de su vinculación histórica a un sistema económico. Porque, por lo demás, ahí aparecen en sus entrañas sus reservas minerales y en su superficie sus suelos cultivables esperando las mutaciones que conduzcan a una nueva organización social que las ponga al servicio de su gente.

No importa, podría decirse, que los voceros de tesis sofisticadas encuentren eco en ciertos grupos que participan

59. "En nuestras cincuenta mil leguas cuadradas de territorio, reducidos como estamos hoy a la explotación de los bosques de quina y de caucho, a forrajes y cultivos extensivos (pues todavía es desconocido el uso de los abonos), no más de diez millones de habitantes pudieran vivir con comodidad; con cultivos intensivos, semejantes a los que practican en Bélgica, doscientos cincuenta millones podrían vivir felices en nuestro suelo. El crecimiento de nuestra población depende, pues, esencialmente del desarrollo, que damos a nuestros trabajos agrícolas." Salvador Camacho Roldán, *ob. cit.*, p. 683.

del botín que los organismos y empresas extranjeras extraen de los países dependientes, porque al fin y al cabo el mañana será de los que creen en el aplastamiento del egoísmo individualista.

Pero sería interesante, antes de concluir estos comentarios, mencionar también la observación de algunos investigadores, que complementan las críticas teóricas que esbozan contra el antinatalismo, con la muy sugerente actitud adoptada por los laboratorios norteamericanos productores de pastillas anticonceptivas. Para muchos comentaristas resulta bastante diciente la relación estrecha que existe entre los programas de "ayuda" del gobierno norteamericano y la venta y fabricación de las pastillas de sus industrias. En un seminario que se llevó a cabo en Chile bajo el patrocinio de entidades extranjeras, para estudiar los problemas del crecimiento de la población, un alto porcentaje de los delegados representaba a los laboratorios norteamericanos productores de anticonceptivos.

Porque en verdad este barullo antinatalista esconde toda una gama de escalofriantes intenciones, relacionadas ellas con cálculos y negocios. Refiriéndose a uno de estos aspectos que ya hemos comentado en el capítulo primero, el semanario *El Catolicismo*, órgano de la Curia de Bogotá, decía en una de sus ediciones del mes de octubre de 1968: "Todo es cuestión de números: cuesta menos una píldora o un anillo intrauterino que una bomba de napalm. Y de principios: más vale matar en la fuente, sin sufrimiento, a la subversión en potencia, que dejarla nacer y crecer para tener que exterminarla a los veinte años, después de aguantar sus incordios." Por eso "McNamara, después de matar asiáticos, declaraba solemnemente que desde el Banco Mundial se dedicaría a evitar el nacimiento de bárbaros subdesarrollados."⁶⁰

60. *El Catolicismo*, Bogotá, octubre de 1968.

CAPITULO IV

LOS OBSTACULOS
AL DESARROLLO.

En el capítulo primero enumerábamos, aunque muy someramente, las verdaderas causas del estado desventajoso en que se encuentran los países que han recibido el apelativo de subdesarrollados, especialmente los de América Latina. Y es éste un tema de la moderna economía política que exige la máxima claridad. Porque hasta hace poco una abundante literatura especulativa proveniente de los países tildados de desarrollados, interpretaba a su acomodo la situación crítica de nuestros pueblos, esbozando un sinnúmero de pretendidas teorías, todas ellas repletas de falacias, superficialidades o inconsistencia científica. Por ejemplo, y para sólo referirnos por el momento a uno de esos supuestos que es materia de refutación y crítica en este libro, se le asigna a la "explosión demográfica" una máxima incumbencia, como fenómeno determinante de la situación presente.

Como una reacción consciente ante estos razonamientos, los economistas, sociólogos e investigadores sociales de nuestros pueblos se encuentran empeñados en la formulación de una teoría explicativa de la situación actual. Y ya se cuenta con estudios y con todo un cuerpo de doctrina que explica satisfactoriamente la razón de la desigualdad de sus países, de los cuales inevitablemente tendrá que obtenerse el material teórico que habrá de servir de fundamento a la estrategia del futuro.

En 1965, en la histórica reunión de México,¹ más de cien catedráticos de economía de la América Latina adherieron a una memorable declaración —tal vez el documento más importante producido en este siglo en nuestro Continente en el campo de la teoría del desarrollo—, en la cual se abrieron nuevos horizontes en la interpretación de los problemas y se aclararon nebulosas que confundían y desorientaban a los científicos sociales autóctonos en el análisis de los fenómenos que afectan a estos pueblos. En ese trascendental manifiesto se dejó definida constancia, entre otras cosas, de que la teoría del desarrollo formulada en los países industrializados de Occidente, además de superficial y tendenciosa en el diagnóstico de la problemática de los países subdesarrollados, no explicaba correctamente la situación del desarrollo latinoamericano, ni podía, en consecuencia, servir de fundamento a una conducta capaz de atacar con éxito sus problemas. Más aún, allí se dijo enfáticamente, una vez considerados los orígenes históricos del subdesarrollo —cuyos linderos se remontan a la expoliación de la conquista europea y a la dominación colonial para continuarse en las relaciones imperialistas de todos los tiempos—, que “los principales obstáculos que frenan y deforman el desarrollo económico latinoamericano son de carácter estructural, surgidos unos de la dependencia exterior, financiera, comercial, tecnológica, política, etc., respecto de los países desarrollados, y otros de carácter interno, determinados por los sistemas de tenencia de la tierra, fiscal, financiera, de intermediación comercial, administrativa, política, etc. Los factores externos e internos se vinculan entre sí”.²

1. III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina. México, 1965.
2. Declaración de México, punto primero, revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 1, p. 7, Colombia. Esta declaración fue firmada por las delegaciones de más de 40 universidades de América Latina, entre ellas cinco de Colombia.

Se dejó así a un lado la óptica unilateral y frívola de los expositores extranjeros —limitados al análisis de fenómenos parciales, en buena parte subjetivos— que hasta el momento —con las valiosas excepciones de autores como Baran, Sweezy, Dobb, Robinson, etc.— se reducían más que todo a elevar a las categorías de causas a una serie de hechos que aparecen como simple efecto o resultado de índole predominante.

Pero más importante que la denuncia al peligro de las teorías foráneas desorientadoras y que la misma aclaración que se hace de las fuentes de la desigualdad con relación a las regiones desarrolladas, la Declaración de México será siempre recordada como un acontecimiento trascendental, por el esfuerzo que le exige a los investigadores indoamericanos en la obligante tarea de la elaboración de una teoría propia del desarrollo.

Y en este aspecto la invitación encontró la acogida de los muchos estudiosos que hoy se empeñan en refutar la argumentación extraña y en conformar el andamiaje teórico para las tácticas y las estrategias del mañana. Y esto se adelanta con tanta rapidez y seriedad cuanto puede considerarse que la ausencia de esa teoría consecuente y realista es la causa de los fracasos y frustraciones de muchas conductas que aparentemente parecen positivas y en algunos casos se presentan y acogen de buena fe.



LAS TEORIAS FORANEAS

La extensa colección de teorías e interpretaciones del subdesarrollo, emanadas de los países industrializados, pueden acogerse en una clasificación que comprende: a) a las superficiales; b) a las racistas; c) a las ambientales y demográficas; d) a las subjetivas; e) a las económicas, y f) a las sociales. Sin embargo, la mayor parte de estas deducciones involucran en el fondo una maliciosa coincidencia: todas ellas, en una u otra forma, trasladan la responsabilidad de los problemas a los propios países que los padecen y determinan el concepto implícito de la defensa de las bondades de la utilización de los recursos externos de capitales en todo intento de una política de desarrollo.

En el primer grupo sus expositores se empeñan en encontrar toda clase de defectos en los habitantes de las regiones desarrolladas y elevan temerariamente a categorías determinantes de valores económicos, modalidades y costumbres que la mayoría de las veces apenas sí pueden servir como temas para comentarios risibles. Por ejemplo, se menciona la improvisación, el carácter impulsivo, etc., como un defecto propio de los pueblos latinos que les impide lograr las metas de otros pueblos más serios y "flemáticos", como los de origen inglés o germano. Otros son aún más temerarios y achacan el malestar de la

América Latina al origen de su colonización. Adelantada no por ingleses o protestantes, sino por españoles y católicos. Estos razonamientos infantiles ignoran la situación en que quedaron los pueblos de Asia —India, entre ellos— y Africa, dominados y expoliados por Inglaterra y, pretenden, con respaldo racista, encontrar diferencias en la conducta, de acuerdo con su proveniencia, del imperialismo mercantilista y colonial. En cuanto al razonamiento religioso, se olvidan que la religión es una superestructura que responde y se acomoda a los cambios que se operan en la estructura económica. Vale decir, que el protestantismo no engendró el capitalismo, sino más bien fue la gran revolución operada en los medios de producción y en las relaciones sociales de producción del capitalismo inglés lo que provocó la transformación de la filosofía religiosa medieval en nuevas doctrinas que acogían en sus principios y estamentos morales la moral del capitalismo.

Las interpretaciones racistas conceden a la “raza” blanca facultades especiales que han reducido el milagro del desarrollo a las regiones en que habita. Los pueblos mestizos, negros, amarillos, etc., carecen de las virtudes especiales de los pueblos blancos. Estos groseros argumentos, propios de las mentes más oscuras y diabólicas, sólo merecen la atención de la referencia, para comprobar la ignorancia de sus autores y conocer ciertas lacras de la sociedad capitalista, tan elocuentemente exteriorizadas por la discriminación practicada en los Estados Unidos. La verdad es que en el pasado histórico las civilizaciones y las culturas chinas, egipcias, hindúes, mayas, aztecas e incas fueron faros luminosos en el desenvolvimiento de la humanidad y que en nuestros días muchos pueblos hasta ayer expoliados han encontrado el camino de una nueva organización social que es esperanza de todos los pueblos del mundo, inclusive de los que hoy se sienten prepotentes. Como decía un autor de uno

de esos países, los pueblos despreciados se yerguen como el porvenir de la humanidad, porque son portadores de un nuevo pensamiento humano y justo.³

Los planteamientos demográficos han sido mencionados y analizados en los dos primeros capítulos de este libro. Bastaría decir que algunos de sus expositores, en la indagación de la fuente de la fecundidad, suelen atribuir-la, entre otras cosas, al consumo de picantes o de otros estimulantes que alimentan el sensualismo, etc.

En la clasificación subjetiva aparecen las interpretaciones que conceden validez suma a los llamados efectos de demostración. Para dichos autores el desgaste del ahorro se efectúa, en términos generales, por el espíritu de imitación de los pueblos subdesarrollados, empeñados en consumos suntuarios propios de los países desarrollados. Esta tesis que se acerca al tratamiento de uno de los problemas como es el del derroche de recursos, no ahonda en el análisis y, por ende, no comprueba que los gastos dentro del "efecto demostración" apenas representan una parte de los escapes en el renglón de los "servicios" de las balanzas de pagos, que se estudia más adelante, principalmente cubiertos por las utilidades de las empresas extranjeras y por los intereses de los créditos foráneos. Vale decir, que los consumos suntuarios sólo miden una parte de la plusvalía que se expatria de los países dependientes. Además, el enfoque parcial y reducido de tales analistas no indaga el origen de tal efecto, consecuencia ineludible de la repartición del ingreso que se genera en

3. "Con terminología del que está cómodamente instalado arriba hablamos de países subdesarrollados, también púdicamente llamados países en vías de desarrollo. ¡Esos países son más desarrollados que nosotros! Esos países saqueados por el colonialismo y el imperialismo han desarrollado un pensamiento que la mayoría de nosotros no se atreve a pensar hasta el fondo, en todas sus consecuencias: el pensamiento de la revolución. Esos países han ido más lejos que nosotros, porque han resuelto derribar el poderío de clases, acabar con la explotación del hombre." Peter Weiss, en *Marcha*, No. 24, de 1967. Montevideo.

las formas de tenencia de la propiedad, que en manos de grupos oligárquicos reducidos, malgastan la mayor parte de la riqueza creada. “El ‘efecto demostración’ —como replica Aguilar— es producto de una estructura socioeconómica que, en última instancia, determina el reparto del ingreso, la composición de la oferta, el carácter de la demanda, las relaciones entre ambos, los patrones de consumo y la posibilidad de modificación y desplazamiento de los mismos. Y ello es precisamente lo que no se considera en las explicaciones más convencionales.”⁴

Otro enfoque subjetivo lamenta la inexistencia de una clase empresarial más emprendedora con características parecidas a las que se dieron en el pasado de esplendor del capitalismo en otros países. Se pasa por alto en estos supuestos la situación de una clase social que responde exactamente a las exigencias y a los marcos de un sistema y de unas condiciones dadas de donde emanan los mejores provechos para esos grupos dominantes. En los países subdesarrollados la llamada burguesía nacional ha cedido buena parte de su oportunidad de jugar cualquier papel revolucionario para acomodarse al papel secundario de apéndice de las empresas extranjeras. Esa frustración en su papel de vanguardia de la burguesía nacional es el resultado del atrofiamiento de un sistema dominado por una economía monopolista que descarta la dinámica de la competencia y de la iniciativa audaz que se practicó en el pasado en Europa y en los Estados Unidos, y que no tiene que repetirse ni se repetirá necesaria y mecánicamente en el proceso histórico de otros pueblos.⁵

Las pretendidas teorías o interpretaciones económicas del subdesarrollo son las más variadas y dignas de co-

4. Alonso Aguilar Monteverde, en *ob. cit.*, p. 45.

5. “El subdesarrollo —dice Furtado— es un proceso histórico autónomo y no una etapa por la que debían haber pasado, necesariamente las economías que ya alcanzaron un grado superior de desarrollo.” Celso Furtado, en *Desarrollo y subdesarrollo*. Eudeba, p. 165. Buenos Aires.

mentarios. En el campo del comercio internacional, algunas de ellas, por cierto acogidas por los conductores de la política económica de nuestros países, sopesa y recomienda la búsqueda a toda costa de mayores volúmenes de exportación que faciliten la adquisición de los capitales de que carecen los países subdesarrollados. Se habla mucho, especialmente en Colombia, de las bondades de un modelo encaminado a lograr altos incrementos de las exportaciones. Más aún, para algunos, como en los viejos tiempos del mercantilismo, la exportación representa la inquietud primordial en la estrategia recomendada a nuestros países. Naturalmente, cuando mencionamos a la política mercantil, es como simple referencia en el énfasis cargado a las ventas en el exterior, puesto que en realidad se trata de dos conductas que responden a situaciones diferentes: en las primeras etapas del capitalismo la búsqueda del saldo favorable en la balanza comercial, especialmente por una mayor exportación, determinaba el objetivo definido de acumular capitales que servirían para instalar internamente la empresa productiva y los medios adecuados de la revolución industrial. En la época actual, para el caso de las economías subdesarrolladas, las exportaciones, hechas en su mayor parte por empresas extranjeras, y la conducta de la exportación, necesariamente no involucran el cabal aprovechamiento de ese recurso para adquirir bienes de producción que alimenten las posibilidades de crecimiento económico, sino más bien responde a las conveniencias de las economías dominantes, como sucede con los productos minerales (petróleo, cobre, estaño, hierro) y agrícolas (café, cereales, frutas), etc.

Refiriéndose a ciertos casos especiales de este nuevo tipo de modelo de exportación, autores como Aníbal Pinto lo consideran peligroso ya porque serviría para "profundizar en la dualidad del sistema", ya por tratarse de industrias, que por densidad tecnológica y elevada

capitalización, serían seguramente muy mezquinas en cuanto a la provisión de empleos para la fuerza de trabajo creciente.⁶

Al modelo de desarrollo hacia afuera —que se asienta en la recomendación de la exportación por la exportación misma—, nosotros contraponemos un modelo integral, de superación de los obstáculos estructurales, donde, entre otras cosas, se valore en todas sus consecuencias e importancia el papel que juega el consumo interno, especialmente para el autoaprovechamiento de las materias primas y de los recursos disponibles... o, lo que es lo mismo, de desarrollo hacia adentro en el marco nacional y proyectado a la región latinoamericana.

A las imperfecciones del mercado interno, especialmente a su falta de unidad y complementación, también los teóricos comentados le conceden gran importancia. Pero no estudian el origen de estas fallas, ni mucho menos enjuician sus actuales causas. Las características de economías estancos han sido históricamente el resultado de las actuaciones de la dominación extranjera. En la época colonial las ciudades y los centros de explotación y de consumo fueron localizados estratégicamente para servir a la metrópoli. “Las ciudades latinoamericanas —observa Romero— fueron formas físicas y jurídicas que habían sido elaboradas en Europa y que fueron importadas sobre la tierra americana apenas conocida. Pedro Mártir de Anglería las llama ‘colonias’, porque parecían meros puestos avanzados de España.”⁷ En nuestros días las modalidades de predominio externo se han implantado en los propios territorios subdesarrollados, donde se da el

6. Aníbal Pinto, en *Chile, una economía difícil*, Fondo de Cultura Económica, p. 129.

7. José Luis Romero, en *La ciudad hispanoamericana: historia y situación*. Revista *La Torre*, Universidad de Puerto Rico, No. 54, 1966.

caso de zonas dominantes —en las cuales se localiza la industria manufacturera de un relativo desarrollo— que viven a expensas de regiones consumidoras y tributarias, especie de colonias internas.”⁸

Otros autores mencionan a los recursos naturales imaginando que ellos son motivo de subdesarrollo por su escasez. Este planteamiento, para el caso latinoamericano, queda descubierto como absurdo con los datos resumidos en las páginas anteriores (capítulo tercero).

Pero en el grupo de tesis económicas tal vez las interpretaciones más conocidas —y repetidas lamentablemente por algunos economistas latinoamericanos— son las que se enmarcan en el calificativo de los “círculos viciosos”. Tales planteamientos, tan simples como engañosos, encadenan la problemática del subdesarrollo a las manifestaciones exteriores de ciertos fenómenos, pero sin adentrarse a la interpretación y estudio de los hechos que los engendran. De esta manera argumentan que el crecimiento es lento por la baja producción y que la producción depende de la inversión y la inversión del ahorro y el ahorro del ingreso y, a su vez, para cerrar el círculo, el ingreso de la producción. Y este tipo de análisis les permite deducir que el problema latinoamericano se encuentra en la falta de capitales. Ante este callejón sin salida necesariamente se le atribuye la responsabilidad del mal a los propios pueblos subdesarrollados, los cuales sólo podrían romper el círculo acudiendo a las fuentes indispensables de financiación externa. Como queda al descubierto, esta teoría interpretativa del subdesarrollo sirve de conducto expedito a toda la doctrina de la exportación de capitales, que somete a los países subdesarrollados a la aceptación de la dependencia financiera. Pero la verdad

8. Para el caso colombiano esta situación ha sido recientemente denunciada por Alfonso López Michelsen. (Ver *Desarrollo Indoamericano*, No. 8 y Luis Villar Borda: ponencia a proyecto de Ley sobre Desarrollo Municipal, publicado en el Suplemento Dominical de *El Espectador*.)

es que tales tesis de los círculos viciosos corresponden a exámenes sobre condiciones dadas, con base en la frialdad objetiva de estadísticas de saldos netos —deducidas las repatriaciones y la fuga de capitales—, pero ajenas a la penetración analítica histórica de las causas, que pueda permitir indagar la razón de esos hechos. Más adelante, por ejemplo, ofrecemos algunos datos sobre el monto de los capitales que se pierden por el conducto irreversible de las fabulosas utilidades, de los altos intereses, de la compra a empresas extranjeras de nuestros propios productos, del deterioro de los precios en el intercambio, de los consumos suntuarios de las élites terratenientes y grupos de altos ingresos y, en fin, del escape clandestino de los ahorros. Por ejemplo, y nada más en Colombia, según denuncia pública del ex presidente Guillermo León Valencia⁹ hace 4 años había en los bancos de Suiza unos mil millones de dólares depositados por los ricos colombianos. Y hace dos años la prensa informaba que algunos colombianos habían perdido doscientos millones de dólares por concepto de compra de títulos de ahorros fraudulentos que venden firmas extranjeras. Y el mismo senador norteamericano John J. Williams declaraba en 1966 que “según las estadísticas del Departamento del Tesoro hay en los Estados Unidos depósitos a plazo fijo de ciudadanos latinoamericanos por valor de 1.300 millones de dólares”.

En las consideraciones sociales y sociológicas merecen destacarse dos tesis: la de la desigual e injusta distribución del ingreso y la de la existencia de una sociedad dual.

Para el primer enfoque los autores encuentran el obstáculo principal al desarrollo en la forma defectuosa que toma la distribución de la riqueza generada: la mayor parte del ingreso se la apropia un grupo reducido de privilegiados, mientras las grandes mayorías nacionales

9. Guillermo León Valencia, discursos, publicados por la prensa de Bogotá.

apenas si reciben los menores porcentajes. Estos análisis muy ciertos, lamentablemente adolecen del error de no indagar los orígenes estructurales en su naturaleza, para considerar su gran causa que emana de la propiedad privada sobre los factores de la producción y, fundamentalmente, de su concentración y de su característica monopolista. Por eso la limitación en la óptica analítica les conduce a imaginar que el problema puede superarse con tratamiento de política económica —medidas fiscales, “reformas” agrarias, intervención estatal, etc.—, cuando la verdad es que su solución exige la presencia de hechos radicales, que agrupen y modifiquen el conjunto de obstáculos estructurales que determinan el subdesarrollo, enumerados en las páginas venideras. En Colombia, por ejemplo, la desigualdad en la distribución del ingreso puede comprenderse en las consecuencias que involucran los siguientes datos: según las estadísticas de la Superintendencia de Sociedades Anónimas, en 1960 unos 362 accionistas, que apenas representaban el 0.13% en un total de 273.711 accionistas que representaban a todos los accionistas del país, eran poseedores de acciones por valor de 1.275.169.000 de pesos, o sea del 53% del valor total de las acciones emitidas por las grandes empresas manufactureras, mineras, transportadoras, etc., del país, que alcanzaba entonces a 2.404.250.000 de pesos. En otras palabras, más de la mitad del capital de las empresas importantes del país estaba en manos de un grupo de personas que no alcanzaba ni a un cuarto del uno por ciento de toda la clase rentista o propietaria de acciones del país. La trascendencia de esta información puede calcularse cuando se relacionan esos 362 accionistas —como quien dice 36 familias, si se agrupa en una familia típica los padres, abuelos, hijos, tíos, sobrinos, parientes, etc.—, ya no con los doscientos setenta y tres mil rentistas, sino con los 16 millones de habitantes que tenía la

nación en esa fecha.¹⁰ En cuanto toca el aspecto de la concentración latifundista, en el capítulo tercero se comprueba fácilmente la intensidad de este fenómeno.

Mucho más delicado de comentar y refutar es el argumento de la dualidad social del sistema. Para algunos teóricos un grave obstáculo se desprende del supuesto fenómeno de la existencia, en las economías subdesarrolladas, de dos tipos de organización social —una feudal, reaccionaria y desafecta al cambio— y otra capitalista, impulsadora del progreso. Pero esta tesis —que conduce, en manos de unos al supuesto de que la solución hay que buscarla en la plenitud del capitalismo, aboliendo los resabios feudales, y, en otros al burocratismo acomodaticio, al oportunismo revolucionario— de esperar el cumplimiento de etapas —o a la engañosa creencia de que ciertos grupos sociales puedan jugar un papel revolucionario en el cambio—, ha sido estudiada cuidadosamente por los economistas y sociólogos latinoamericanos. Al referirse a este tema, Stavenhagen ha dicho: “No cabe duda, de que en todos los países latinoamericanos existen grandes diferencias sociales y económicas entre las zonas rurales y urbanas, entre las poblaciones indígenas y no indígenas, entre las masas de los campesinos y las pequeñas élites urbanas y rurales, y entre regiones muy atrasadas y otras bastante desarrolladas. Tampoco cabe duda que en algunas zonas atrasadas y aisladas existen grandes latifundios en los cuales las relaciones del trabajo sociales entre los campesinos y el propietario (o su representante) tienen todas las características de la servidumbre, si no es que de la esclavitud. Estas diferencias, sin embargo, no justifican el empleo del concepto “sociedad dual”, por dos razones principalmente: primero, porque los dos polos son el resultado de un *único proceso histórico*, y

10. Ver José Consuegra, en *Apuntes de economía política*, capítulo sobre el Monopolio. Ediciones Tercer Mundo, Bogotá.

segundo, porque las relaciones mutuas que guardan entre sí las regiones y los grupos “arcaicos” o “feudales” y los “modernos” o “capitalistas” representan el funcionamiento de *una sola sociedad global* de la que ambos polos son parte integral... Las regiones subdesarrolladas de nuestros países hacen las veces de *colonias internas*, y en vez de plantear la situación de los países de América Latina en términos de “sociedad dual” convendría más plantearla en términos de colonialismo interno.¹¹

Podríamos continuar en el análisis crítico de la abundante interpretación teórica del subdesarrollo, pero sus expositores son tantos y sus planteamientos tan variados, que su estudio exhaustivo sería motivo de libros especiales sobre la materia. Bastaría por ahora tener presente que todos estos planteamientos han sido cuidadosamente examinados y aclarados. Tanto es así, que algunos de sus más brillantes y honestos expositores, así lo reconocen: “Algunas teorías que fueron interesantes —comenta Hirschman—, dada su simplicidad y debido a que permitieron derivar, normas de política bien definidas y prometedoras, han sido severamente castigadas por los críticos académicos; pero aun, han sido desmentidas por los acontecimientos.”¹²

11. Rodolfo Stavenhagen, en *Siete tesis equivocadas sobre América Latina*. Revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 4, Colombia.
12. Albert O. Hirschman, en *El principio de la mano encubridora*, Comercio Exterior, No. 2, 1968, México.

ORIGEN HISTORICO DEL SUBDESARROLLO

El subdesarrollo de los países latinoamericanos se inicia y se alimenta con la irrupción inesperada del sistema capitalista. La presencia del capitalismo europeo, símbolo de todo un enjambre de expropiaciones, aniquilamientos, egoísmos, discriminaciones, etc., aparece como un vendaval en los países conquistados, creando la desigualdad en que aún se mantienen.

En el análisis del desenvolvimiento histórico del sistema capitalista puede observarse con claridad la incidencia negativa de cada una de sus etapas clásicas en la vida económica de los territorios invadidos: en el comienzo, por ejemplo, al lado de la rapiña de las riquezas minerales y del aniquilamiento de la población, se distorsiona el proceso natural del desarrollo con la suplantación violenta de una organización comunitaria avanzada, por relaciones sociales de producción que sólo favorecían a la metrópoli. La expansión del mercantilismo europeo inicia en los territorios dominados su dependencia y su atraso: culturas que en muchos aspectos superaban a las extrañas fueron doblegadas por el hierro y la pólvora; organizaciones sociales casi socialistas que más tarde inspiraron a muchos soñadores y utopistas como modelos de comprensión humana, se ignoraron y se redujeron a mínimas expresiones. Al conquistador sólo le importa-

ba el oro, y no para aprovecharlo en las tierras de donde se extraía, sino para enviarlo a los países de los cuales era originario. De esta manera, mientras América sucumbía aniquilada, su riqueza fluía a Europa para agilizar la revolución monetaria, productiva y comercial que se había iniciado poco antes.

Posteriormente, en el afianzamiento del período colonial, la explotación se acentúa y las características de desventajas comparativas se hacen más protuberantes: a la apropiación de los metales preciosos y a la explotación del trabajo, se agrega la imposición política, cultural y religiosa. Aún más, al aplicarse los postulados de la doctrina mercantilista —que se sustentaba, para el caso de la metrópoli, en el hibridismo de una conducta liberal para las exportaciones y un proteccionismo en frente de las importaciones— se desvían las posibilidades de una industrialización, por cuanto el papel de las colonias quedaba restringido al consumo de las mercancías manufacturadas en el imperio y al envío al exterior de sus metales, de sus maderas, o de sus especias. La actividad económica que se permite entonces es sólo aquélla que conviene a los intereses foráneos. Esta modalidad de “desarrollo hacia afuera se extenderá hasta nuestros días moldeando, entre otras cosas, el atrofiamiento del mercado interno, y muchas otras realidades estructurales del presente.

De esta manera, en la práctica como en la doctrina, la aparición de las modalidades del mercantilismo —primera gran etapa del capitalismo europeo— en los predios de los incas, de los chibchas, de los aztecas, de los mayas, de los caribes, etc., se presenta, en una rigurosa escala histórica, como la primera gran causa del subdesarrollo actual de los países indoamericanos. Como bien dice Aguilar “el dominio colonial subordinó por siglos a casi todos los países de la región latinoamericana a los intereses metropolitanos, obstruyó el desarrollo independiente, desgarró

y destruyó violentamente, hasta aniquilarlas en muchos casos, las expresiones más valiosas de las viejas culturas autóctonas, interrumpió el proceso de desarrollo histórico, desfiguró las economías nacionales, generalizó la explotación y el despojo, hizo de cada país un granero y más comúnmente una mina de metales preciosos y los beneficios siempre se destinaron a la metrópoli".¹³

Las gestas independentistas se desenvuelven en los países indoamericanos en los albores del período liberal del capitalismo. El lapso conocido con el nombre de etapa industrial, aunque alimentó en buena parte las inquietudes liberadoras de los territorios sometidos, complementó posteriormente, al acogerse sus postulados teóricos, las condiciones de dependencia económica y subdesarrollo. Las doctrinas del librecambismo impuestas por las presiones y la influencia que ejercía el imperio inglés sobre las nuevas repúblicas, sirvió para polarizar la inequitativa situación de importadoras de manufacturas y productoras y exportadoras de materias primas. Para entonces se pregonan y se recetan las tesis de la especialización internacional del trabajo y bajo su engañosa túnica de las ventajas comparativas, se instituye la división entre naciones atrasadas y tributarias de economías agrícolas o pastoriles y economías industriales, acumuladoras de plusvalía y de progresos técnicos. "Con la implantación de las teorías (liberales) en la política del librecambismo —comenta Baran— se conseguían, por parte de la metrópoli, los siguientes objetivos: que sus intereses en los países subdesarrollados fueran de dos clases como fuente de alimentos y materias primas baratas que tendrían el efecto de aumentar la tasa de plusvalía y disminuir la tasa de composición orgánica del caso de los bienes manufacturados, lo que ayudaría a resolver el

13. Ignacio Aguilar, en *Refutación a teorías sobre el subdesarrollo*. Revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 3, Colombia.

problema de realización de sus productos. El librecambismo permitiría el mejor logro de estos dos fines al convertir a los países subdesarrollados en apéndices complementarios de los países avanzados.”

Posteriormente, en la etapa financiera, monopolista o predominante de exportación de capitales, la incidencia funesta de esta época del capitalismo es mucho más protuberante. Los recursos minerales, especialmente el petróleo, el cobre, el estaño, el oro, la plata, etc., y los campos aptos para el cultivo de frutas como el banano, son explotados casi libremente. Es entonces cuando el dominio económico se ve acompañado de la intervención militar y política: muchas de nuestras regiones son invadidas, otras intervenidas o mutiladas en sus territorios, en sus derechos y en sus libertades.

Como ya había sucedido en la etapa colonial, nuevamente se agudiza la explotación inadecuada de los recursos. Esta modalidad que se extiende hasta el presente, además de valerse de la riqueza de los países expoliados para el exclusivo provecho de las potencias dominantes —vale decir, para complementar su desarrollo a costa del subdesarrollo de los otros pueblos— ha sido motivo de agotamiento de recursos en el pasado y, de la misma manera, en nuestros días, continúa devastando los bosques, las minas, los ríos y los mares de los países proletarios. Este hecho, que también hay que registrarlo como otro de los grandes crímenes de la economía imperialista contra la humanidad, ha sido elocuentemente analizado y reconocido por sus mismos investigadores: para S. V. Ciriacy-Wantrup¹⁴ es muy difícil que en ciertas zonas de los territorios dominados por las empresas extranjeras puedan recuperarse los recursos y “aún más, este agotamiento ha reducido permanentemente en muchas regio-

14. En *Conservación de los recursos*. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 15, 348 y ss.

nes la capacidad para absorber” las exigencias de la población creciente. Y debe tenerse en cuenta, comenta-
ba dicho autor (y sirva esto para aclarar lo anterior, afirmamos nosotros), a pesar de los supuestos malthusianos, que la verdad es “que una elevada presión de la población no es una condición, ni necesaria, ni suficiente, del agotamiento de los recursos” en situaciones de explotación racional. Por el contrario “el agotamiento de suelos, bosques, maderas, animales y plantas silvestres en gran escala y en grado severo, puede observarse en parte del mundo en que la presión de la población es muy leve en comparación con la presión en otras regiones”.

La exportación de capitales a la América Latina se robustece a comienzos del presente siglo. Primero son las empresas y gobiernos europeos, y más tarde los intereses financieros norteamericanos. Para 1913, de los cien mil millones de francos que sólo Inglaterra tenía invertidos en el mundo, veinte mil millones se localizaban en la América Latina. Argentina era entonces el mercado favorito: unos 314 millones de libras esterlinas permitían el dominio de las instalaciones frigoríficas, de la producción de carnes y del transporte férreo. El Brasil aparecía en segundo lugar con 148 millones de libras, irrigadas en diferentes sectores para la explotación de minas de plantaciones cafeteras y ferrocarriles. Seguía México con 99 millones, en el petróleo y minas; Chile, con 36 millones; Perú, 35 millones; Cuba, 33 millones de libras, etc.¹⁵

Estas empresas que se establecen en los países latinoamericanos traen e irradian con sus prácticas económicas la modalidad monopolista que las caracteriza, y que responde a la concentración que se había operado en sus territorios, una vez superada la etapa de mayor competencia entre la multitud de empresas competidoras y en

15. Datos de Pierre Chaunu, en *Historia de la América Latina*, cit. por Josué de Castro, *ob. cit.*

formación del período liberal. El espíritu monopolista y cartelizado de la organización empresarial foránea deforma aún más el proceso de desarrollo en los países dependientes, desvirtuando las posibilidades de seguir el camino del desenvolvimiento histórico de un sistema apropiado y autóctono.

En medio de los conflictos bélicos de las potencias imperialistas, especialmente del último de los años 1939-45, los países dependientes de América Latina pretendieron aprovechar las oportunidades de bloqueos marítimos para incrementar su industrialización primaria. Se acudió entonces al viejo proteccionismo para respaldar las industrias incipientes. Pero la ilusión duró poco. Muy pronto, el imperialismo modificó su antigua modalidad de exportación de mercancías manufacturadas, y al lado de la exportación de capitales para el sector minero-agrícola, surge la gran corporación que se apodera de la industria nacional, la domina a través del suministro de marcas, patentes y materia prima e instala fábricas que producen mercancías de consumo inmediato en los mercados internos. La política proteccionista de una mal llamada industria nacional, se convirtió así en una conducta monopolista integral, que llenó de privilegios a pocos productores que obtienen fabulosas utilidades, que en su mayor parte se repatrian al exterior por concepto de beneficios, regalías e intereses. A su vez, el carácter unilateral e incondicionado de la intervención estatal protectora, trasladó la característica de la dependencia de la importación de manufacturas primarias al campo de la importación de materias primas y técnicas, expresión manifiesta de una "industrialización" primaria artificial que en nada modifica la condición de subdesarrollo y dependencia.

Es ésta, una visión muy rápida en la interpretación histórica del subdesarrollo. Sin embargo, el período ac-

tual de la economía de nuestros pueblos exige, aunque sea someramente, una pormenorización más detallada de los diferentes fenómenos que bien pueden considerarse como causales de su situación desventajosa.

LOS OBSTACULOS ACTUALES AL DESARROLLO

Como ya habíamos indicado, los obstáculos actuales al desarrollo latinoamericano hay que estudiarlos a la luz de fenómenos eminentemente estructurales de orígenes foráneos e internos que, aunque en apariencia parecen separados, se entrelazan y coexisten como la consecuencia de una misma fuente. Estos hechos tienen que indagarse y sopesarse en su conjunto y toda estrategia a seguir habrá de reconocerlos y englobarlos, si es que realmente se pretende superar las situaciones prevalecientes. De otra manera, como ha sucedido con la actitud del proteccionismo, de las reformas agrarias, de los proyectos integracionistas regionales, etc., no se iría más allá de los límites de esfuerzos casi inútiles. Porque un modelo —si es que la seriedad de la complejidad dinámica de una teoría del desarrollo puede enmarcarse en la simplicidad de un modelo— para el desarrollo independiente y auténtico, supone un enfoque integérrimo que actúe sobre cada uno de los hechos obstaculizadores, indagando en sus fuentes, a fin de comprobar su ligazón con los otros fenómenos y de comprender su formación orgánica. Más aún, nos atrevemos a pensar, dada la dependencia de un obstáculo estructural con otro —concentración de la propiedad territorial con la actuación monopolista del capital, dependencia exterior con superestructuras defi-

cientes, etc.—, ninguna actitud de desarrollo podría tener éxito si se acomete parcialmente y no comprende un enfrentamiento global al conjunto de realidades obstaculizadoras. Una reforma agraria, repartidora de tierras y hasta de créditos, poco aporta al desarrollo, cuando la redistribución del factor se adelanta a través de la compra generosa de latifundios, con dineros obtenidos en créditos externos —que alimentan la dependencia exterior—, o cuando la materia prima que se aspira a producir servirá en especial a las empresas extranjeras localizadas en el interior —es el caso de las empacadoras de conservas y frutas de la Grace que operan en Colombia y que, en forma de monopsonio, aspiran a adquirir las cosechas de los proyectos de Guájaro—, o se encaminan a engrosar la oferta en la dinámica del deterioro de los precios del comercio con los países industrializados.

Supuesto el carácter universalista e integral de una teoría del desarrollo de los países latinoamericanos, pasamos a mencionar, en su orden de fenómenos, de tipo externo e interno, los principales obstáculos conocidos hasta el momento.

LA IMPORTACION DE CAPITALES

A pesar de que todavía, algunos economistas continúan acogiendo la recomendación teórica de los expositores extranjeros, que conceden una prioridad máxima—que podríamos tildar de matriz, naturalmente porque responde a las conveniencias y características de sus economías— a la financiación externa del desarrollo, la verdad es que la importación de capitales, por la doble vía de la inversión directa o de los empréstitos, tal como se ha venido adelantando hasta el momento, se yergue cada vez con más diafanidad como uno de los grandes obstáculos al desarrollo y como vía expedita a la situación de dependencia económica, política cultural y tecnológica de nuestros países.

Dada la forma como se realiza la actual política de importación de capitales, ella sólo sirve, si acaso, para que los gobiernos superen temporalmente las crisis estructurales de sus balanzas de pagos o de sus déficits fiscales, pero siempre a costa del desangre de la economía de sus naciones y de la postergación de posibilidades.

La verdad es que la investigación responsable y la postulación teórica científica ha sopesado el auténtico significado de la actuación de los capitales extranjeros en el Continente. “El gran aumento a largo plazo del déficit en la balanza de pagos en cuenta corriente de América Latina desde 1950 en adelante, decía la CEPAL en uno de

sus informes, puede ser atribuido a tres factores principales, a saber: 1. El debilitamiento mucho más pronunciado del ritmo de crecimiento del valor de las exportaciones que de las importaciones; 2. Los ingresos percibidos por los extranjeros sobre sus inversiones en América Latina; 3. Los gastos por concepto de viaje, transporte y otros servicios." Vale decir, que la Comisión Económica para la América Latina, de las Naciones Unidas, encuentra en uno de los problemas estructurales más incidentes en el crecimiento de estos países, como es el desnivel continuado en el valor de las exportaciones en relación con las importaciones, a tres hechos que hallan sus orígenes en las relaciones de dependencia que nos atan a países extranjeros poderosos.

Más concretamente cuando se analizan las cifras de las corrientes de utilidades, los investigadores deducen "que las inversiones directas (foráneas) en vez de ser un medio útil para conseguir el desarrollo económico y social de los países pobres parecen ser un dispositivo de lo más eficiente para transferir capitales de los países pobres a los más ricos. La verdad es que los capitalistas extranjeros al hacer una inversión sólo buscan los más altos dividendos y reexportar lo más rápidamente su dinero. Es absurdo, por lo tanto, que se preocupen del desarrollo económico y social, ya que su único objetivo lo constituyen los dividendos".¹⁶ Y todo esto suponiendo que tales inversiones se han llevado a cabo con capitales realmente introducidos, porque en la mayoría de los casos se trata del propio ahorro nacional que es utilizado por la banca extranjera y nacional para financiar los proyectos de las firmas extranjeras establecidas en estos países.

En 1950, de acuerdo con las estadísticas del Departamento de Comercio Exterior de los Estados Unidos, el

16. Humberto Espinoza, en *La inversión privada norteamericana en el Perú*, Universidad Nacional Federico Villarreal. Mimeógrafo, 1968.

volumen neto de las inversiones de ese país en la América Latina sumaban 621 millones de dólares. Pero ese mismo año las empresas que operaban en nuestros territorios sacaron utilidades por valor de 1.294 millones de dólares. Y diez años después, en 1961, el volumen neto de las inversiones directas era de 1.467 millones de dólares que extraían 2.672 millones de dólares. En el período comprendido entre 1950 y 1961, las simples utilidades salidas de América Latina hacia las casas matrices de las empresas norteamericanas sumaban 23.204 millones de dólares, en un volumen neto de inversiones no directas de 13.708 millones de dólares, y decimos no directas para aclarar que buena parte de dichas inversiones han salido de las mismas utilidades que no se repatrian, sino que se dejan para ampliar las actividades de explotación.

En la actualidad “entre las regiones subdesarrolladas del mundo, América Latina figura a la cabeza por el volumen de capitales norteamericanos. Sólo ella absorbe el 60% de todas las inversiones. Estados Unidos son hoy día la potencia imperialista más fuerte. Su situación en el mundo la han alcanzado en considerable medida merced a la explotación de América Latina”.¹⁷

En los últimos años el crecimiento de la deuda de América Latina ha sobrepasado todos los límites del pasado. Algunos países, como Colombia, han copado su capacidad técnica recomendable de endeudamiento. En los primeros seis años de esta década la deuda pública de la región latinoamericana se duplicó, al pasar de 6.100 millones en 1960 a 12.000 millones de dólares en 1966. A su vez, comentaba la CEPAL en 1966, “los pagos netos a factores productivos del exterior han mostrado un crecimiento rápido y sostenido. Las utilidades de empresas extranjeras, que representaban poco más de 900 millones

17. Z. Romanova, en *La expansión económica de Estados Unidos en América Latina*, Editorial Progreso, pp. 7 y 12.

de dólares en 1960, se aproximaron a 101.600 millones de dólares en 1966, y las remesas por concepto de intereses de préstamos externos aumentaron desde 280 a 570 millones de dólares entre los mismos años”.¹⁸

Para el período de 1960 a 1966 las informaciones estadísticas son sencillamente alarmantes, en cuanto se refiere a la “evolución del financiamiento neto y externo y los pagos netos a pagos productivos del exterior”:¹⁹ en 1960 los recursos financieros y provenientes del exterior sumaban 1.138 millones que recibieron a su vez, por concepto de utilidades e intereses, más de 1.198 millones de dólares. Y en 1966 el financiamiento neto externo se reduce a 945 millones de dólares pero las utilidades e intereses ascienden a la fantástica cifra de más de 2.140 millones de dólares. O sea, en otras palabras, que en 1966, por cada dólar que entró a la América Latina por conducto de los préstamos y las inversiones de las empresas, salieron aproximadamente dos dólares con 25 centavos. Y ha de tenerse en cuenta que en este caso se omiten otras fuentes de escapes que se analizarán más adelante, como las incluidas en las partidas de servicios, que hacen duplicar y más estas cifras.

Al hecho en sí del vertiginoso endeudamiento de la región se viene a sumar últimamente los aumentos de los intereses cobrados por los organismos prestamistas. “En efecto, mientras que hacia 1960 el interés efectivo de los créditos contratados por América Latina con el sector bancario externo era de 6.5 por ciento, esta tasa llega (en 1967) al 8 por ciento en las operaciones más recientes.”²⁰

18. CEPAL, en *Estudio económico de América Latina*, 1966. Primera Parte. Las principales tendencias del crecimiento económico reciente, pp. 52 y ss.

19. *Ibidem*, cuadro 1-9.

20. *Ibidem*, *La economía de América Latina en 1967*. Un extracto de *Estudio Económico*, p. 4.

La situación de extremada dependencia financiera de nuestros países, que no es exagerado calificar de economías hipotecadas, es reconocida hasta por los mismos dirigentes políticos o gobernantes que respaldan sus programas de gastos públicos con los préstamos extranjeros. Recientemente el presidente Lleras Restrepo, al referirse a la penosa situación colombiana, exclamaba que “ha llegado el momento de que creamos nuestro propio capital para que ésta sea una Colombia de propiedad de los colombianos, porque todos queremos una patria libre de la presión económica externa”.²¹

Los capitales extranjeros penetran en la mayoría de los casos, no para fomentar nuevas industrias sino para apoderarse de las ya existentes. En una sola ciudad de Colombia, Barranquilla, antiguas empresas nacionales como Rayón, Viscoza, Pinturas Ico, Conservas California, etc., pertenecen ahora a los monopolios norteamericanos Celanese y Grace. La misma industria antioqueña se encuentra tan amenazada, que uno de sus pioneros, don Jesús Mora, solía exclamar: “¡Cada día amanecemos más ajenos!” La economía brasileña, según Shilling, presenta los siguientes grados de dominación extranjera: industria automovilística, 90%; artículos de caucho, 90%; derivados de petróleo (distribución), 95%; energía eléctrica, 72%; molienda y distribución del trigo, 73%; siderurgia, 50%; comercio de exportación, 60%; fabricación de máquinas 70%; industria de la construcción naval, 85%; tabacos y cigarrillos, 85%; industria farmacéutica, 85%, etc.²² Para describir patéticamente el problema de la dependencia brasileña, este autor inicia su libro con estas palabras: “Los portugueses, después del descubrimiento, sin saber qué hacer con las tierras halladas por Pedro

21. Discurso en Bucaramanga, el 21 de diciembre de 1968, publicado en *El Espectador y El Colombiano*.

22. Paulo R. Shilling, en *Brasil para extranjeros*. Diálogo, Montevideo, p. 187.

Alvarez Cabral, ocupados como estaban en engullir el rico despojo que era la India, arrendaron la tierra de Santa Cruz a un judío convertido, el nuevo cristiano Fernando de Noronha. Como marcado por este hecho inicial, el Brasil continúa, aún hoy, cuatro siglos y medio después, bajo el régimen de arrendamiento, aun cuando hayan cambiado varias veces los arrendatarios. Por extraña ironía, el nombre del primer arrendatario fue dado a una isla apartada del litoral brasileño, en la cual, en diferentes épocas, la oligarquía que gobierna al Brasil ha desterrado a los que se rebelan contra el arriendo.”

En el Brasil, el primer empréstito, que representaba una deuda trasladada de Portugal por valor de dos millones de libras esterlinas, extrajo a la economía de ese país por concepto de intereses una suma tres veces superior, de seis millones de libras.²³ Siglos después, en 1966, las entradas de “capitales autónomos” registraron 552 millones de dólares (170 por concepto de inversiones y 382 en empréstitos) y las salidas ascendieron a 830 millones de dólares, para un saldo negativo de 278 millones de dólares.

En Colombia, en la época de la independencia, la expoliación financiera extranjera se inicia en la contienda misma. Para entonces las exigencias bélicas obligaron a contraer empréstitos que se convirtieron en un verdadero desastre para la economía nacional: de un empréstito de dos millones de libras se hizo un descuento inicial de 20% y al final fue muy poco lo que recibió el país. Antonio Zea aceptó las primeras condiciones humillantes, por decir lo menos: los tres miembros de una comisión oficial de crédito radicada en Bogotá serían elegidos por los acreedores extranjeros.²⁴ Fueron tan fuertes, estas prime-

23. Paulo R. Shilling, en *Una historia sucia: el capital extranjero en el Brasil*. 1 y s. Editores Montevideo, 1968, pp. 17 y ss.

24. David Bushnell, en *El régimen de Santander en la Gran Colombia*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1966, pp. 136 y ss.

ras experiencias que el mismo Libertador las calificó de “robo” y de “calamidad de Colombia”.²⁵ Y más tarde, cuando los efectos de los compromisos contraídos comenzaron a sentirse, exclamaba en tono mesiánico, en carta dirigida a Santander: “Es asombroso lo que usted me dice de los pagamentos que se han hecho en Colombia, y de lo que todavía debemos. Aborrezco más las deudas que a los españoles. No sé cómo pagaremos los réditos anuales; esta dificultad me hará huir de Colombia.”²⁶

Podría decirse hoy que la historia de la hipoteca nacional comienza en Colombia con las aventuras oscuras de Zea y continúa en nuestros días con los escandalosos documentos firmados al Fondo Monetario Internacional, que llevan el nombre de Cartas de Intención—verdaderos muestrarios de desprecio de la soberanía nacional—, después de pasar por el increíble y casi anecdótico proceder del presidente Mallarino, que en 1855 había programado la entrega de todo el territorio, de lo que hoy técnicamente se involucra como tierras laborables o aptas para el cultivo. Comentando este bochornoso acontecimiento, Alvaro Tirado, considera que “por causa de la deuda pública externa, el mismo territorio nacional estuvo en gravísimo peligro de quedar desmembrado, y el país en condiciones de regresar al estado de colonia, esta vez de Inglaterra y de Francia. Como no había dinero para cubrir las deudas, se recurrió al expediente de

25. La gestión de Zea hizo exclamar a Bolívar en una carta: “Parece que los ingleses están decididos a encontrar legal el robo de 10.000.000 de Zea. La deuda nacional nos va a oprimir; el señor Zea es la mayor calamidad de Colombia.” Y Santander, al saber de la muerte de Zea, escribió: “Zea ha muerto en Londres y su muerte en estas circunstancias es el menor mal que puede sufrir la República.” Alvaro Tirado, en *Los empréstitos ingleses en el siglo XIX*. Revista UNAULA, Nos. 3 y 4, Medellín, 1968.

26. Carta a Santander, Lima, 8 de marzo de 1825. Selecciones de José Consuegra, publicadas en *Desarrollo Indoamericano*, No. 6, Colombia.

pagarlas con tierra colombiana, dada a vil precio”.²⁷ El proyecto de contrato —que alcanzó, según anota Liévano Aguirre, a aparecer en el *Diario Oficial*, pero no llegó a concretarse por dos circunstancias que milagrosamente salvaron la economía nacional: la guerra que en esos momentos se libraba entre Rusia, Francia e Inglaterra por el dominio del Medio Oriente y la gallarda actitud de don José María Samper, quien en el Congreso lo combatió con indignación patriótica—,²⁸ permitía a los acreedores extranjeros comprar hasta 30.350.250 hectáreas o 75.000 acres, “pagaderas en vales de deuda pública o en dinero efectivo a razón de cincuenta centavos por acre”.

En México, a consecuencia de la política de puertas abiertas del general Porfirio Díaz, el capital extranjero dominó rápidamente la economía de ese país. En 1913, por ejemplo, las inversiones foráneas sumaban dos mil millones de dólares, de las cuales le correspondía a los Estados Unidos la mayor parte. Y en 1935 esa cifra había ascendido a 3.900 millones de pesos, que representaba el 86% del producto bruto nacional, que era de 4.500 millones de pesos. Es entonces cuando el gobierno revolucionario y nacionalista del general Lázaro Cárdenas nacionaliza el petróleo y toma medidas para proteger la economía de su país. Sin embargo “para 1964 el total de inversiones extranjeras directas fue de 20.000 millones de pesos, frente a sólo 2.262 millones en 1940, último año de gobierno del general Cárdenas. El incremento registrado fue, por tanto, de cerca de 9 veces durante ese período”.²⁹ Los principios de la Revolución Mexicana, que se habían

27. En *Los empréstitos ingleses en el siglo XIX*. Revista UNAULA, Nos. 3 y 4, Medellín, 1968.

28. Indalecio Liévano Aguirre, en *El proceso de Mosquera ante el Senado*. Ediciones Populibros, Bogotá, pp. 39 y ss.

29. José Luis Ceceña, en *Las inversiones extranjeras. El caso de México*. Ponencia presentada en la Tercera Reunión de Facultades y Escuelas de Economía, 1965.

elevado a su máxima expresión con las reformas de Cárdenas, comenzaron a declinar una vez terminado su mandato, para empezar una nueva y rápida era de dependencia económica exterior. En la actualidad el capital extranjero domina el ciento por ciento de la industria de llantas mexicanas; el 83% de las empresas de cigarrillos; el 71% de los cultivos de algodón; el 77% de los productos de tocador; el 62% de la fabricación de automóviles; el 61% de la industria de maquinarias, etc. En *Plan México* se comenta que “las empresas norteamericanas más importantes establecidas en ese país tuvieron un ingreso por valor de 4.875 millones de pesos en 1951, mientras el gobierno percibía como ingresos públicos 4.880 millones. Sumadas todas las utilidades de las empresas extranjeras, ellas duplicaban los ingresos fiscales”.

En el Perú, escribe Capuñay Mimbela, “la deuda externa, en el espacio de tiempo comprendido entre 1950 a 1964, ha registrado un crecimiento de 189.1%.³⁰ En ese mismo período el compromiso per cápita de la población activa con el exterior casi se triplicó, al pasar de 35 a 92 dólares.

En Chile, comenta un investigador, tres compañías norteamericanas venden el 90% de su cobre, lo que representa el 70% del producto bruto de ese país. En Venezuela, uno de los países latinoamericanos con balanza de pagos más alta, y con un valor de producción relativamente sorprendente, representada en su mayor parte por el petróleo, el gobierno sólo posee propiedades petroleras por un 0.7%. El resto es de propiedad extranjera. Sólo los Rockefeller, recuerda John Gerassi,³¹ son propietarios, en Venezuela a través de la Standard Oil, del 93% de la

30. Carlos Capuñay Mimbela, en *El endeudamiento público del Perú*, Ediciones de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 15 y ss., Lima.

31. Entre otros escritos de este eminente investigador norteamericano, ver *Violencia, revolución y cambio estructural en América Latina*. Revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 7, Colombia, 1968.

Creole Petroleum Company y del 17% de la Sacony Vacuum, conocida como Mobil; del 83% de la International Petroleum Co., que opera en Colombia; del 100% de la Esso Standard Oil Co., del Ecuador, etc.

En la Argentina la sola industria automotriz, de propiedad extranjera, insumió en el período de 1961 a 1964 mil ciento cincuenta millones de dólares, incluyendo las transferencias. Este consumo exagerado de divisas de una industria artificial que vende exageradamente caro para repartir utilidades fabulosas, hubiera servido, al decir de un investigador, para instalar 17 centrales hidroeléctricas capaces de producir dos millones doscientos mil kilovatios. Más aún, “esa cifra fue igual al ciento por ciento del valor de las importaciones de maquinarias de la industria siderúrgica, de maquinaria, cemento, etc., juntos, durante 11 años, importaciones que bien hubiesen servido para obtener un incremento anual de 2,8% en el producto per cápita”. En el Brasil, denuncia André Frank, en 1961 el Banco del Brasil prestó a las empresas norteamericanas que comercian en algodón —o sea empresas extranjeras que operan con el ahorro nacional para llevarse más tarde sus utilidades en divisas— cincuenta y cuatro millones de cruzeiros, correspondientes al 47% de la cartera de ese Banco para préstamos totales a la agricultura y la industria de ese país.³²

En general, en la América Latina, la presencia incontrolada del capital extranjero, ha tenido los efectos de una sangría permanente de sus riquezas y de su trabajo capitalizado, cuando no ha ido acompañado de vergonzosas actuaciones que han convertido las llamadas naciones, como el caso de algunos territorios centroamericanos, en grandes haciendas de las empresas fruterías administradas por dictadores criollos sanguinarios.

32. En *La inversión extranjera en el subdesarrollo latinoamericano, desde la conquista colonial hasta la integración neoimperialista*. Revista *Desarrollo Indoamericano*, No. 5, Colombia.

LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

La Alianza para el Progreso aparece como la réplica norteamericana a la Revolución Cubana en América Latina. Sin embargo, pocos años bastan para que coseche el más estruendoso fracaso. Pero las fallas de estos programas de “ayudas” financieras no pueden atribuirse, como lo suponen sus aprovechadores de cabecera, al incumplimiento en la entrega de los dineros ofrecidos en préstamos. La verdad es que la ilusión se ha esfumado porque el espíritu de esa política prestamista respondía y sigue respondiendo a una nueva conducta del capitalismo financiero internacional. Ese espíritu bien puede apreciarse en las palabras del propio director de la Oficina de Ayuda Extranjera de los Estados Unidos, míster Fowler Hamilton, cuando le decía a un grupo de hombres de negocios de su país: “Cada dólar que sale de nuestro bolsillo debe entrar de nuevo a los Estados Unidos después de habernos comprado mercancías por el importe de un dólar.”³³

Estas realidades tan palpables que gratuitamente las autodeterminan sus promotores de “ayuda”, al decir de los investigadores universitarios “no llegan a ser más que muy espesas cortinas de humo, a través de las cuales se

33. Citado por Pablo Franco, en *La influencia de los Estados Unidos en América Latina*. Revista *Cristianismo y Sociedad*, año V, No. 13, Montevideo.

pretende ocultar el proceso de extracción de ahorros y capitales que se viene operando en las economías latinoamericanas”³⁴

También en estas disquisiciones merece mencionarse el alcance de las actividades adelantadas por los organismos de crédito internacional, creados al final de la guerra imperialista de 1939. Por ejemplo, para enjuiciar la conducta del Fondo Monetario Internacional se ha derramado tanta tinta no sólo por parte de los críticos revolucionarios y patriotas de la América Latina, sino también por sus propios clientes, que poco queda por agregarse a la lista de denuncias y protestas: la intromisión descarada de este organismo en los asuntos internos de nuestros países, los denigrantes compromisos que obliga a contraer a nuestros gobiernos, y su marcada tendencia a recomendar continuas revaluaciones —que agudizan la dependencia de nuestras economías y facilitan a las empresas extranjeras la absorción de las industrias nacionales, por cuanto con menos dólares pueden comprar más fábricas ya instaladas —son motivo de comentarios cotidianos.

El endeudamiento crea una especie de círculo vicioso con la dependencia: se acude a los préstamos en un intento desesperado —y desacertado— de superar el subdesarrollo, pero los nuevos compromisos adquiridos obligan a aceptar nuevas condiciones desfavorables para las economías nacionales. Por eso “cada vez más endeudadas y sometidas, las naciones atrasadas se ven obligadas a seguir servilmente las devaluaciones y políticas impuestas a ellas por organismos tales como el Fondo Monetario Internacional”³⁵.

34. Gerónimo F. Tudares Maldonado, en *El comercio exterior y el subdesarrollo en las economías latinoamericanas*. Separata de la revista de *Ciencias Sociales y Económicas* de la Universidad del Zulia. Año IV, No. 4, p. 30.

35. Jaime Puyana, en *Aspectos del capitalismo y el subdesarrollo*. Revista UNAULA, Nos. 3 y 4, Medellín, 1968.

Los altos intereses, las primas especiales, las asistencias técnicas y los estudios previos exigidos, revierten en forma inmediata buena parte de los dineros prestados. Hace tres años, por ejemplo, un informe de Exibank mencionaba con jactancia su saldo favorable de 100 millones de dólares anuales por concepto de ingresos correspondientes a intereses y amortizaciones por encima de sus egresos representados en nuevos préstamos.

En 1963, por un crédito concedido a la Empresa Siderúrgica de Paz de Río, en Colombia, se le obligó a contratar los servicios de una firma norteamericana que le indicó la compra de una laminadora de más de 20 años de uso, que jamás pudo ser utilizada. Además, como bien anota Ramón Losada Aldana, los créditos que conceden las entidades norteamericanas, como el Banco de Exportación e Importación, al lado de sus altos intereses, implican la cláusula de la obligación de gastarse solamente en la compra de bienes y servicios de los Estados Unidos, cuyos precios en algunos casos superan a los del mercado mundial en un cuarenta a ochenta por ciento.³⁶

En cuanto se refiere al destino de estos créditos, un buen número de ellos son para alimentar las llamadas inversiones sociales que no demandan insumos extranjeros —construcción de viviendas, escuelas, universidades, etc.—, que bien podrían acometerse con parte del ahorro nacional, que se malgasta en especulaciones o en comercio. A la larga, dadas las inflaciones crónicas estructurales, los organismos que mantienen a su cargo esas tareas —por ejemplo el Instituto de Crédito Territorial, de Colombia— tienen que hacer frente a compromisos ad-

36. Ramón Losada Aldana, en *Dialéctica del subdesarrollo*. Edición del Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1967.

quiridos en dólares, a pesar de que sus entradas se ven disminuidas en términos reales a consecuencia de las devaluaciones internas.³⁷

37. En 1963, en una ponencia presentada al Consejo Nacional de Planeación analizamos la incidencia de esos créditos, por los efectos negativos que recibirían el Instituto de Crédito Territorial y el ICETEX, en sus condiciones de deudores y acreedores, y demostramos cómo podrían suplirse esos proyectados empréstitos con créditos nacionales, sin afectar la cuota entonces asignada a los créditos productivos.

LOS ESCAPES DE LOS “SERVICIOS”

El análisis de la balanza de pagos de América Latina o de cada uno de sus países por separado, señala las succiones cada vez más significativas que se ve obligada a soportar a través de conductos que los técnicos, como satíricamente anota Jaime Puyana, eufemísticamente suelen llamar “servicios”, y que deben interpretarse como el resultado ineludible de su mantenimiento en la órbita de las potencias capitalistas-imperialistas.

Más del 60% del valor total de las exportaciones latinoamericanas se gasta en el pago de servicios, mientras apenas se recibe en compensación por este mismo concepto un 15%, porcentaje que en su mayor parte está representado por entradas que sólo favorecen a México —por el turismo— y a Panamá —por el Canal—.³⁸ En Colombia, en 1965, de un total de 685 millones de dólares que valieron las exportaciones, 305 millones se gastaron en el pago de bienes y servicios. Y, aún más grave, en el Perú, donde de los 734 millones de dólares del rubro de las exportaciones, apenas unos 254 millones se utilizaron en las importaciones de bienes de capital y equipo de

38. Un estudio pormenorizado y completo del problema estructural de la balanza de pagos latinoamericanos desde el punto de vista de los servicios, es el de André G. Frank, titulado *Servicios extranjeros o desarrollo nacional*. Ver, revista *Comercio Exterior*, No. 2, México, 1966.

transporte. Lo que quiere decir que el 66% de sus ingresos en el comercio exterior se ocupó en el pago de bienes y servicios.

¿Y qué comprenden los bienes y servicios comentados?

Los conceptos de bienes y servicios comprenden, además de los escapes irreversibles de las utilidades y los intereses de las empresas y los bancos extranjeros, que ya han sido comentados separadamente, los gastos en fletes, seguros, compra de materia prima —que en buena parte es producida en la misma América Latina, como el petróleo, el cobre, etc.—, pero que las empresas extranjeras venden a América Latina, etc.

En 1966 la América Latina, excepto Cuba, registró un saldo favorable de más de dos mil millones de dólares en su balanza comercial (las exportaciones valieron 10.797.000.000 dólares y las importaciones 8.776.600.000). Sin embargo, las elevadísimas sumas que se gastaron en las partidas de servicios, desnivelaron notablemente la balanza de pagos, creando una situación sin salida que, dadas las condiciones estructurales predominantes, obligan a una especie de espiral de endeudamiento: la necesidad de divisas para la compra del equipo y maquinaria tiene que hacerse con divisas prestadas, pero a su vez los nuevos compromisos financieros agudizan el desnivel de las cuentas de servicios.

En fletes, seguros y otros transportes, la América Latina tuvo que pagar a extranjeros más de 790 millones de dólares. Mientras tanto sus flotas mercantes se ven obligadas, por pactos contraídos con las potencias mercantiles, a ocupar apenas una parte de su capacidad transportadora. En el Brasil, según *The Economist* (edición en castellano), la flota naviera nacional ni siquiera puede transportar la totalidad de su propio café. Según la revista *Comercio Exterior*, las empresas navieras brasileñas se encuentran frente a una lucha desventajosa con las empresas norteamericanas que no aceptan modificaciones

de viejos pactos que las limitan en el transporte de los productos brasileños.³⁹

Por concepto de viajes, si se excluye a México (que “genera alrededor del 75% de los ingresos nacionales, en los cuales se incluyen las transacciones fronterizas con los Estados Unidos”) la América Latina pierde 200 millones de dólares anuales. Nada más de Colombia salieron con visa de turistas al exterior en 1966 unas 45.292 personas, a pesar de que en su territorio se localizan los más variados paisajes, hermosas playas y ciudades de la trascendencia histórica-turística de Cartagena, sin lugar a dudas, el conjunto de arquitectura colonial (militar, religioso y de vivienda) más completo de la América.

En el renglón no específico de “otros servicios”, el saldo desfavorable alcanza a casi 400 millones de dólares (393.5 millones, exactamente).

Como puede apreciarse, todo este vasto y complicado engranaje de fenómenos estructurales de dependencia exterior que se contabilizan en las cuentas de servicios, se ciernen como auténticos motivos engendradores del subdesarrollo. Es tal la salida de riqueza, que puede afirmarse que la América Latina, a diferencia de lo que se cree y pregona, no es importadora de capitales, sino más bien exportadora y que, paradójicamente, a costa de las penurias de sus habitantes, financia en buena parte el desarrollo de los países desarrollados, coadyuva a mantener su estabilidad financiera —con sus reservas en metales depositadas en el exterior— y alimenta su poder.

39. Ver *The Economist* y *Comercio Exterior*. Revista *Comercio Exterior* de agosto de 1967, p. 631.

EL DETERIORO DE LOS PRECIOS DE INTERCAMBIO

Las fantásticas sumas de dinero —que miden el trabajo de los países subdesarrollados— que pierde la América Latina en la acentuada desigualdad que de manera continuada se ha venido operando en los precios, cada vez más bajos, de las mercancías que nuestras naciones venden a las potencias industrializadas y en los precios, cada vez más altos, de los productos que adquieren en el exterior, y que en la terminología de la CEPAL se conoce con el nombre de deterioro de los precios en las relaciones de intercambio, ha permitido calcular y considerar a dicho organismo y a economistas como Raúl Prebisch, que con el monto de esas cifras perdidas se podrían atender las exigencias de un crecimiento económico normal, sin necesidad de acudir a los recursos de los empréstitos y “ayudas” foráneas.

En 1963 las pérdidas sufridas por la América Latina por efecto de la relación de intercambio fueron de 2.288 millones de dólares. Relacionando los índices de los precios de las mercancías exportadas e importadas, desde 1950 (año tomado como base) hasta 1964, se comprueba que la relación de intercambio bajó, en 14 años, a 82.3.⁴⁰

40. La fórmula para calcular las proporciones de las relaciones de intercambio, se expresa así: Relación de precio de intercambio =

$$\frac{\text{Índice de precios de exportación}}{\text{Índice de precios de importación}} \times 100$$

En 1964 el índice del valor unitario de exportaciones fue de 95.8 y el índice del valor unitario de las importaciones fue de 116.4.

“Sólo Venezuela —como recuerda Ramón Losada— de 1958 a 1963 perdió 4.000 millones de dólares por deterioro en los términos de intercambio con Estados Unidos, según denuncia el ministro de Fomento Manuel Egaña, en la Conferencia de Ginebra.”⁴¹

En el planteamiento del problema de la secular anomalía de la relación de intercambio, por demás debatido en las reuniones internacionales de comercio, los voceros de los gobiernos de los países subdesarrollados han pecado de ingenuidad al clamar por un tratamiento más justo de parte de las potencias capitalistas. Y esto es tan cierto cuanto el fenómeno, aparte del concepto global que lo explica como resultado de la dependencia estructural de la monoexportación de productos primarios, hay que entenderlo también como un subterfugio más de los grandes monopolios extranjeros que operan en nuestros territorios: estas empresas, como sucede con las que negocian en hierro, petróleo, algodón, cueros, etc., facilitan la baja de los precios de exportación a sus casas matrices —que son a la vez propietarias o copropietarias de las industrias transformadoras de esas materias primas, para obtener así mayores utilidades, reduciendo la cuota regalías, impuestos, etc.— de los países donde operan. (Estos hechos reales que han sido debidamente probados por los investigadores latinoamericanos,⁴² dejan sin fundamento las solicitudes pediguéñas y señalan la inoperancia de las recomendaciones aprobadas en las dos conferencias mundiales de comercio.) La actitud oligopolista de las empresas extranjeras en su calidad de exportadores se complementa con sus actuaciones oligopsónicas en su condición de empresas foráneas manufactureras, para determinar posteriormente la escala ascendente de los

41. Ramón Losada Aldana, en *Dialéctica del desarrollo*, p. 51. Edición citada.

42. Ver Gerónimo Tudares Maldonado, *ob. cit.*, y D. F. Maza Zavala, *ob. cit.*

precios de las mercancías que importan las regiones subdesarrolladas.

En resumen, y refiriéndonos a los obstáculos al desarrollo de orígenes externos, su magnitud puede expresarse en palabras de la misma CEPAL, cuando dice: "El sector externo representa el punto de estrangulamiento más severo del desarrollo latinoamericano."⁴³

43. CEPAL, *Estudio económico de América Latina*, 1966, p. 8.

LA DEPENDENCIA POLITICA, CULTURAL Y TECNOLOGICA

Aunque en rasgos generales el móvil principal del capital extranjero ha sido en todas las épocas el lucro, en un examen amplio de sus incidencias se hace indispensable involucrar otros aspectos que facilitan y complementan el objetivo primario.

Desde el punto de vista del monopolio privado, sus negocios en el exterior han sido, además de “magnífica fuente de beneficio, un arma para controlar las fuentes mundiales de materias primas y una cuña para abrir y conservar mercados a su producción de mercancías finales”, y “para las economías de los países exportadores de capital, sus inversiones en el extranjero continúan siendo válvulas de seguridad en las tasas de beneficio, del nivel de la actividad económica interna, de la demanda mundial para su producción, a la vez que han jugado un significativo papel en la conformación y mantenimiento de su capacidad militar y su poder político internacional”.⁴⁴

Pero en su conjunto —aunque aparentemente así no lo entiendan a veces algunos grupos financieros particulares—, la participación del capital extranjero en los países

44. Armando Córdoba, en *Los móviles del inversionista extranjero*. Separata de la revista *Economía y Ciencias Sociales*, 1968, Caracas.

subdesarrollados ha rebotado ampliamente la órbita de la dependencia económica, para promover y condicionar una marcada dependencia política, cultural, tecnológica y militar.

Como es lógico suponer una estructura dada y, para el caso de nuestras economías, un complejo estructural, se manifiesta en todo un marco superestructural, que refleja la característica de esa matriz determinante y determinada. Una dependencia económica incuba a la larga una dependencia política que se manifiesta en variadísimas facetas, entre las cuales merecen mencionarse las organizaciones decisorias de la conducta internacional, como es el caso de la OEA, no sólo doblegada por la directriz señalada por los Estados Unidos, sino además ubicada su sede, como para despejar dudas, en su propio territorio. Este tipo de organismo regulador de la política internacional de nuestros pueblos, comprende la más absurda amalgama entre el poderoso y los débiles, entre, como dijera Asturias, el tiburón y las sardinas. Tan elemental incompatibilidad fue en su tiempo conscientemente rechazada por el genio libertador que vislumbraba su peligro. Ya sabemos cómo en sus sueños de la unión política de nuestros pueblos y en los preparativos del Congreso de Panamá, se expresó de manera adversa a cualquier posibilidad de invitar a los Estados Unidos: "No creo, decía Bolívar, que americanos deban entrar en el Congreso del Istmo: este paso nos costaría pesadumbre con los albinos"... "Los americanos del Norte... por sólo ser extranjeros, tienen el carácter de heterogéneos para nosotros. Por lo mismo, jamás seré de opinión de que los convidemos para nuestros arreglos americanos."⁴⁵ Bolívar anhelaba una América Latina unida y libre en su unión y comprensión de la tutela de países más poderosos. "El

45. Cartas a Santander desde Arequipa y Potosí, fechadas el 30 de mayo y el 21 de octubre de 1825. Colección citada.

gran día de la América (América Latina) no ha llegado, exclamaba. Hemos expulsado a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas; mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social; que debe formar de este mundo una nación de repúblicas.”⁴⁶ Comprendía él, como nadie más en la América Latina, la trascendencia de la unión defensiva, de la misma manera que sabía medir el peligro de alianzas con los más fuertes, “porque formando una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil”.⁴⁷ Y no era ésta una posición gratuita ni egoísta del gran Libertador, sino la comprensión consciente y la visión acertada del genio que sopesaba los peligros: “Cuando yo extendiendo la vista sobre América, decía a Santander en carta de 1822, la encuentro rodeada de fuerzas marítimas de la Europa, quiero decir, circundada de fortalezas fluctuantes de extranjeros, y por consecuencia, de enemigos. Después hallo que está a la cabeza de su gran Continente una poderosísima nación muy rica, muy belicosa y capaz de todo.”⁴⁸ Y más tarde, en 1829, exclamaba: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar a la América de miseria a nombre de la libertad.”⁴⁹

La dependencia tecnológica desvirtúa la posibilidad de instalar una industria independiente y canaliza el escape de buena parte de la plusvalía a través del pago de regalías por patentes, marcas, moldes, etc. Casi siempre la industria nacional se encuentra ante la disyuntiva de la aceptación obligatoria de las condiciones impuestas por las empresas extranjeras que le suministran la “asistencia” técnica, los repuestos, los modelos de sus equipos, o la misma materia prima. Como concreta y acertadamente

46. Carta al Director Supremo de Chile.

47. *Ibidem*, carta a Bernardo Monteagudo, Guayaquil, 5 de agosto de 1823.

48. *Ibidem*, carta a Santander, Ibarra, 23 de diciembre de 1822.

49. *Ibidem*, carta a Patricio Campbell, Guayaquil, 5 de agosto de 1829.

dice Carmona, la influencia tecnológica aparece, desde el punto de vista del desarrollo futuro, como la más profunda e incontrolada de las dependencias con respecto a los monopolios foráneos. "El verdadero papel de la subordinación tecnológica es que da al capital monopolista exterior un arma sumamente eficaz para el control del desarrollo económico y especialmente del crecimiento industrial de los países débiles."⁵⁰

Y esta dependencia tecnológica abarca los diferentes sectores de las economías subdesarrolladas e inclusive afecta notablemente al personal calificado que en ella opera y a los profesionales técnicos a su servicio. Recientemente el ministro de Agricultura de Colombia denunciaba el total predominio de la técnica extraña en la explotación agrícola nacional y clamaba por una "autenticidad en la solución de los problemas agrarios". La tecnología para la agricultura, señalaba, no puede continuar importándose, porque hay condiciones, como los patrones climáticos, que en nuestro medio son diferentes de las foráneas. Lamentablemente, agregaba, también "los profesores de nuestras facultades de agronomía están formados en esquemas europeos o norteamericanos. Estas razones nos hacen pensar en la necesidad de generar nuestra propia técnica y tecnología agrícola".⁵¹

La dependencia "cultural", si es que puede calificarse de cultura toda una gama de costumbres, seudoteorías y migajas científicas que nos legan del exterior, deforma,

50. Fernando Carmona, en *El drama de América Latina, el caso de México*. Ediciones Cuadernos Americanos, México, pp. 173 y 220.

51. Enrique Blair, en un discurso con motivo del aniversario de la Alianza para el Progreso, publicado parcialmente en *El Tiempo*, Bogotá, 1968.

irrespeto y aplasta la nacionalidad.⁵² Todos los valores culturales vernáculos sucumben ante el alud de nuevos patrones que encuentran vía expedita en toda clase de conductos como la prensa, la radio, la televisión y las universidades.

Las aparentemente inofensivas “tiras cómicas”, y películas, etc., llevan la imagen del superhombre o “muchacho” norteamericano, unas veces racista —siempre el blanco aniquilando las tribus negras “belicosas”—, y otras plutócrata, como es el caso del rico y aristócrata *Batman* que se mantiene a la defensa del pueblo contra las acechanzas de los “malos”.

En las universidades se estudia en los textos extranjeros repletos de teorías valederas y provechosas para los países dominantes. Inclusive la investigación y la enseñanza social —como sucede en las escuelas de Economía y Sociología— en buena parte de las universidades es dirigida o adelantada por profesores extranjeros, o con el concurso y la financiación de fundaciones de propiedad de los monopolios más expoliadores de nuestras economías, como la Rockefeller, Ford, etc.

Precisamente, ante la gravedad de esta inmiscuencia, los profesores de economía y los jefes de los departamentos de investigaciones económicas de América Latina, alzaron su voz en la IV Reunión de Facultades y Escuelas de Economía efectuada en Lima, en 1967, para recomendar a sus universidades “la expansión de los recursos disponibles para investigación de modo que no comprometa la continuidad y la independencia científica”, ya que la investigación social, para poder asegurar su vali-

52. Recientemente el escritor y periodista Roberto García-Peña, director de *El Tiempo*, protestaba enérgicamente e indignado por el irrespeto cometido con la participación del ejército y tolerancia del gobierno contra “la tradición, la historia y los símbolos esenciales del país” por parte de una empresa cinematográfica norteamericana. Ver editorial del 4 de enero de 1969.

dez y autenticidad, debe estar libre de la inmiscuencia financiera extraña, por lo que “la financiación de las investigaciones” debe ser atendida “mediante recursos propios de la universidad”.⁵³

En este campo de la dependencia cultural, podría incluirse a las misiones y asesorías extranjeras a nuestros gobiernos, cuyas recomendaciones y orientaciones son adoptadas como política económica en nuestros países, para conveniencia del capital extranjero. En Colombia, por ejemplo, las misiones de la CEPAL —servidas por técnicos latinoamericanos— fueron separadas en los últimos años de la Planeación Nacional y reemplazadas por expertos norteamericanos. En la actualidad más de estos 20 “expertos” deciden la “estrategia” del “desarrollo nacional. Como fruto de lo anterior, el país ha sobrepasado los límites máximos recomendables de endeudamiento con el exterior.

53. Acuerdos de la IV Reunión, publicados en la revista *Desarrollo indoamericano*, No. 6, Colombia.

LA DESINTEGRACION LATINOAMERICANA

Otro obstáculo al desarrollo latinoamericano y de sus países en particular, que puede enmarcarse en el grupo de los externos, es el relacionado con su situación de archipiélago. Sus economías parecen islas separadas que apenas muy recientemente han pensado en buscar el camino de la integración.

En teoría se ha supuesto que sin una integración interna —para el caso de las distintas y desiguales regiones de un país— y externa —en el orden del Continente— que permita superar la desarticulación actual, es casi imposible lograr la industrialización y la independencia económica de la América Latina.

Este planteamiento universal fue tan ampliamente aceptado que ingenuamente llegó a pensarse que con la permanencia de las condiciones estructurales actuales podría recogerse algún fruto positivo. Como efecto del entusiasmo se crearon organismos pro integracionistas y se firmaron tratados como el de Montevideo, que proyectó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio.

Pero la ausencia de una estrategia eminentemente defensiva en la política de la integración ha comenzado a esfumar los sueños: hoy, al lado de los fracasos en los acuerdos políticos, se vislumbra que la integración, con la presencia dominante de los monopolios extranjeros, sólo servirá como una nueva y diferente forma de operancia de los intereses foráneos.

LOS OBSTACULOS INTERNOS

En el ámbito interno, pero debidamente ligados a los fenómenos externos, se desprenden de las condiciones estructurales existentes, una serie de fenómenos que actúan como obstáculos al desarrollo, y que son causas reales de la situación presente. En el campo económico, por ejemplo, sobresalen las formas de tenencia de la propiedad territorial y del capital, con sus consecuentes resultados sociales que se expresan a través de la distribución desigual del valor del trabajo —apropiado en sus más altos porcentajes por grupos privilegiados propietarios de los factores de la producción—, de la insalubridad, del analfabetismo, etc. Y en la modalidad institucional, respondiendo a los determinantes estructurales, se cuentan el anacronismo estatal y burocrático, el formalismo democrático y la deficiencia fiscal y administrativa.

Ya en el capítulo tercero, al hablar de los recursos naturales de la América Latina reseñamos los agudos problemas del latifundio y el minifundio: por un lado la gran propiedad territorial en manos de terratenientes ausentistas, y por otro, la pequeña parcela antieconómica, donde estrecha y agonizantemente opera la familia campesina. En Colombia —y sirva este ejemplo para registrar un hecho común a todos los países latinoamericanos—, según las estadísticas del censo agropecuario,

hay unos 489.418 propietarios con parcelas menores de dos hectáreas,⁵⁴ que son dueños de una extensión total de 402.301 hectáreas. Mientras tanto, en el departamento de Boyacá, una de las regiones predominantemente minifundistas, un solo latifundio aparece clasificado en las estadísticas del INCORA,⁵⁵ con una extensión entre 400.000 y 499.999 hectáreas. O sea, que un solo latifundio inexplorado de Colombia, propiedad de un solo terrateniente, tiene una extensión semejante a la ocupada y cultivada por casi medio millón (489.418) de familias campesinas que derivan su sustento del trabajo agrícola.

En Chile, la inexploración de los latifundios obliga al país a importar los productos agrícolas que podría producir en su territorio: en 1966, anota Sánchez, ese país importó alimentos por 120 millones de dólares, y en 1967 esa cifra ascendía a 155 millones de dólares, para estimarse en 1968 en 200 millones de dólares. “La posesión de la tierra en Chile es muchas veces utilizada como medio de protección contra la inflación; por ello, en tales casos, la tierra permanece ociosa y la producción baja o tiende al estancamiento.”⁵⁶

Y al lado de la inexploración o la explotación parcial en los grandes latifundios, hay que agregar el sistema de arrendamiento que encarece la producción y desgasta los recursos. En el Uruguay más del 50% de la tierra cultivada paga arriendo altísimo. “En los últimos años —denuncia Rovetta—, muy especialmente desde 1937 a la fecha, el precio del arrendamiento ha subido en flecha, al

54. De ellos, 165.652 propietarios con parcelas menores de media hectárea; 132.419, con parcelas de media a menos de una hectárea; y 191.347 con parcelas de una a menos de dos hectáreas. *Censo agropecuario*.

55. INCORA, en *Estadística sobre los predios rurales mayores de 2.000 hectáreas en Colombia*. Cuadro 2.

56. Américo C. Sánchez Cárdenas, en *La economía latinoamericana en 1967: una apreciación preliminar*. Revista *Comercio Exterior*, febrero de 1968, No. 2, México, p. 128.

mismo tiempo que han acertado los plazos... la renta de la tierra aumenta a medida que aumenta el precio de los productos por ella producidos.”⁵⁷

En cuanto atañe a la modalidad monopolista del capital, ya hemos señalado en el capítulo primero su forma de incidencia en las posibilidades de crecimiento económico, actuando como fuerza de estrangulamiento a través de la limitación de la oferta. Precisamente en sus resultados —que se ponen de presente en el dominio de los precios, ya para el monopolio y el cartel de venta de las mercancías manufacturadas, ya para el monopsonio y el cartel de compra de los alimentos y las materias primas producidas por los campesinos, y que se complementa con la política monetaria devaluacionista de los gobiernos de turno— se ha fincado el poco crecimiento económico de las economías subdesarrolladas, hecho a costa de la mayor miseria de las masas. Como la mayor parte de la plusvalía sale al extranjero en forma de utilidades, intereses y capitales fugados, el reducido crecimiento de la economía nacional, no es el fruto de la utilización del ahorro en el incremento productivo como podría deducirse de la simplicidad de una fórmula matemática, sino de la redistribución de la riqueza que se desprende del proceso inflacionario, que castiga el patrimonio y los ingresos de los pobres, reduciéndolos permanentemente para engrosar los ingresos y los patrimonios de los ricos y de los productores.

Estos dos grandes fenómenos estructurales —formas de tenencia de la tierra y del capital— se complementan con las deficiencias de un Estado que corresponde, expresa y sirve a su base económica: los limitados recursos fiscales se malgastan en buena parte en aparatos militares de represión, en burocracia algunas veces inoperante, que

57. Vicente Rovetta, en *La crisis agraria en el Uruguay*, Ediciones Ciudadela, p. pp. 46 y ss. Montevideo.

disfraza el desempleo, o en obras infraestructurales que alimentan la actividad especulativa de los grupos de presión. En Bogotá, por ejemplo, en los últimos meses se han invertido cuantiosas sumas de dineros públicos —buena parte de ellos obtenidos con créditos extranjeros— en lujosas avenidas que atraviesan las urbanizaciones de los políticos influyentes; dotadas de los más modernos sistemas de iluminación, a pesar de que algunas de ellas se encuentran deshabitadas y la mayoría de los lotes son adquiridos para especular con la valorización, mientras los niños llamados gamines duermen en las puertas de los bares y en la noche se pelean con los perros el derecho de escamotear las canecas de las basuras.

LA ESTRATEGIA DEL DESARROLLO

Al llegar a las páginas finales de estos apuntes, escritos sólo con el propósito de coadyuvar en la aclaración interpretativa de algunos de los problemas que aquejan a los pueblos de nuestra América Latina, especialmente para rechazar las tesis antinatalistas de los discípulos del neoimperialismo, creemos oportuno esbozar un esquema de una línea de conducta que podría involucrarse en el contenido teórico de una estrategia para el desarrollo económico y social. A nuestro entender una teoría del desarrollo latinoamericano exige el estudio, la investigación y el conocimiento, en el acontecer histórico y en nuestros días, de los hechos mencionados en este capítulo. La estrategia para su superación, que naturalmente habrá de acometerse integralmente, y dentro del marco de una organización política con herramientas adecuadas para adelantarlas, tendrá que considerar el tratamiento cuidadoso de los siguientes fenómenos estructurales:

1o.) *Recursos humanos*. Como ha sido nuestro propósito señalarlo, el hombre es la dinámica y la razón del desarrollo. En los momentos actuales la deficiencia estructural de las economías subdesarrolladas, no sólo desaprovecha los recursos humanos disponibles, sino que los desprecia y los condena, considerándolos como un mal por el temor que les provoca el crecimiento de la pobla-

ción, como fenómeno engendrador de los cambios que se presagian en un futuro cercano.

2o.) *Recursos naturales*. La utilización racional y para el propio servicio de los países donde se localizan, de los recursos naturales y minerales, será en el momento oportuno la fuente complementaria de los "recursos humanos", para la dotación de los capitales, de las materias primas y de los medios de consumo en general de nuestros pueblos.

3o.) *Integración zonal*. Para facilitar su crecimiento económico, fortalecer su conducta defensiva y facilitar su liberación de la dependencia económica, política, cultural y tecnológica, los pueblos latinoamericanos tendrán que pensar en una política integracionista ajena a la participación extraña, libre de la influencia de las empresas extranjeras. El ideal de la integración fue expuesto con claridad y certeza por Simón Bolívar. Su pensamiento, aún mantiene la vigencia del pasado. "Una sola debe ser la patria de todos los latinoamericanos", decía el Libertador en 1818. Y en su famosa *Carta de Jamaica*, exclamaba: "Yo deseo más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por extensión y riqueza que por su libertad y gloria."

Pero, como ya comentamos en páginas anteriores, Bolívar supo apreciar en toda su gravedad el peligro de una política integracionista cuyos resultados no fuesen cosechados plenamente por nuestros pueblos. Hoy se ha denunciado ya cómo las empresas imperialistas se aprestan a participar en las actividades integracionistas de la ALALC, localizando estratégicamente sus industrias para succionar nuestras riquezas naturales y el valor del trabajo de nuestros pueblos. Algunos autores han denunciado los planes de las empresas extranjeras inclinadas a instalarse en el Brasil para aprovechar las facilidades de los pactos para la zona de libre comercio con el objeto de dominar los mercados de los otros países. Y otros, como

Trías, hablan ya de la importancia de diferenciar entre una "integración para la servidumbre o una integración para la libertad".⁵⁸

Pero, además, el integracionismo, para su feliz desenlace, demanda el consenso unánime de los investigadores y teóricos de aceptar los problemas latinoamericanos como universales. Porque equivocadamente, tal vez por el patriotismo infantil, algunos investigadores, y esto es muy frecuente entre los economistas argentinos, chilenos, uruguayos, etc., llegan a pensar que los problemas económicos de sus países son un tanto diferentes, en cuanto se refiere al análisis del subdesarrollo. Cuando la verdad es que cada uno de ellos, aunque en particular mantenga en ciertas regiones relativas diferencias de crecimiento económico, en su conjunto son víctimas de los mismos obstáculos estructurales de orígenes externos e internos que comentamos en este capítulo.

4o.) *Los obstáculos externos.* El dominio económico y financiero extranjero, determina la expoliación de la riqueza, la repatriación de los capitales y el deterioro de los precios en la relación de intercambio. Ya hemos señalado la gravedad de este fenómeno en las citas de las propias estadísticas foráneas y hemos tratado de mostrar que la conducta oligopólica y monopsónica de las empresas extranjeras —que venden a precios cada vez más bajos a sus propias casas matrices la materia prima que extraen o producen en nuestros territorios, para más tarde venderle a nuestros países a precios cada vez más altos— es la causa principal de dicho deterioro.

Ante esta realidad, una teoría del desarrollo supone la programación de políticas tendientes a reglamentar la posible utilización del recurso exterior. Por ejemplo, Kalecki y Sachs han considerado como una forma aconseja-

58. Vivian Trías, en *Imperialismo y geopolítica en América Latina*, p. 373. Montevideo.

ble de esta conducta a los "créditos a largo plazo pagaderos en bienes"... "o mediante programas multilaterales de promoción comercial, contratos de exportación a largo plazo sobre la base de precios parcial o totalmente estables, así como los llamados acuerdos por ramas industriales".⁵⁹

Estos planteamientos sobre estrategia ante el capital extranjero pueden parecer radicales, y no es así: en ninguna de las actuaciones del capital privado o en las relaciones financieras oficiales se encuentran posibilidades de esquivar la incidencia negativa de la explotación y la dependencia. Porque podría argumentarse, en el caso particular de los créditos oficiales, que se presta para producir y que se pagaría con parte del beneficio. (Teóricamente se supone que el rendimiento medio de beneficio supera a la tasa de interés.) Sin embargo en los países subdesarrollados las "utilidades" de las inversiones infraestructurales son para provecho del capital extranjero, que repatria sus beneficios, y para los monopolios y especuladores nacionales que depositan sus ganancias en los bancos suizos y norteamericanos. La amortización y el pago de interés de esas deudas los cubre el pueblo con las cargas fiscales indirectas y con las devaluaciones.⁶⁰

50.) *Los obstáculos internos*. Sólo un conjunto de cambios estructurales internos, que involucren revoluciones integrales en las formas de tenencia de la propiedad territorial y del capital, que complemente la superación

59. Michel Kalecki e Ignacy Sachs, en *Formas de la ayuda exterior: un análisis económico*. Revista Comercio Exterior. México, diciembre de 1966.

60. En cuanto se refiere a los renglones explotados por los capitales privados extranjeros, es sabido cómo ellos se orientan a la explotación de minerales, producción manufacturera primaria, etc. Refiriéndose a este hecho, Muvdi comenta: "El capital extranjero que viene a hacer lo que los nacionales hacen bien no le conviene al país, pues no sólo no representan ningún beneficio para nuestra economía, sino un perjuicio con la remesa permanente de utilidades", Julio Muvdi, en *El capital extranjero*. Revista de la Cámara de Comercio, Barranquilla.

de los obstáculos externos, puede despejar el camino para el ideal del desarrollo. Pero, naturalmente, en las páginas de este libro se ha demostrado que el subdesarrollo de nuestros países es hijo del sistema capitalista dependiente que regula su organización política y social. Más aún, el concepto del desarrollo ya traspasó los viejos linderos del simple crecimiento económico, para saturarse de un contenido humanístico que engloba los valores materiales, sociales, políticos, culturales y espirituales del hombre. Estos ideales, que se apartan de los fundamentos de lo que ha venido prevaleciendo hasta el momento, sólo son posibles imaginarlos en una organización social diferente.

En otras palabras, quiere decir lo anterior, que el desarrollo económico, la independencia económica, política, cultural, tecnológica, etc., la integración continental, la erradicación de los problemas sociales de la salud, el hambre, el analfabetismo, el desempleo, la miseria, el derecho a la vida, en fin, todo ese mundo de esperanzas del hombre latinoamericano del mañana, corresponde solucionarlas al sistema socialista.

En buena hora ya el socialismo en América Latina no es planta exótica. El ha puesto sus pies en estos suelos para ofrecer sus frutos promisorios y ejemplares... y para avanzar.

Es cierto que en nuestros días, la agudeza de los problemas ha obligado a ciertos actos reformistas, especialmente en el sector agrícola. Pero, como denuncia García, son más que todo "fórmulas en América Latina de tipo convencional y formalista que aspiran a una reforma agraria 'negociada' con los grandes propietarios de la tierra o enderezada a desviar la presión campesina hacia la habilitación de suelos o hacia la colonización de regiones periféricas".⁶¹ Y en cuanto se refiere a la legislación antimo-

61. Antonio García, en *Reforma agraria y economía empresarial en América Latina*. Editorial Universitaria, S. A., p. 21. Santiago, 1967.

nopólica, ella carece de toda validez práctica y en muchos casos, como sucedió en Colombia, en vez de significar un instrumento de condena a los monopolios facilita las prácticas restrictivas al comercio e instituye el sistema de cartel.⁶²

60.) *Una teoría y una doctrina autóctona.* Como ya lo expresamos al iniciar este capítulo, la esencia de una teoría interpretativa del subdesarrollo, y en un supuesto más ambicioso, de una doctrina y de una estrategia para superar sus obstáculos estructurales, tiene que ser el resultado directo de la investigación científica y del análisis histórico de los diferentes fenómenos que los determinan. Sólo utilizando ese material real en la abstracción teórica puede formularse, como ya ha comenzado a hacerse, el cuerpo de enunciados que habrá de servirnos, en el momento histórico oportuno, para acometer la política más conveniente. Las teorías o seudoteorías de los economistas de los países industrializados, se ha declarado responsablemente, no pueden servirnos en esa tarea. Y en el caso general de la teoría dialéctica (materialismo histórico y materialismo dialéctico), aunque sus principios universales son valederos para todos los pueblos, ellos sólo pueden tomarse como instrumento de análisis en el examen concreto de nuestros problemas. Nuestra teoría, pues, debe responder a nuestras condiciones especiales y a nuestras experiencias. Ella, por lo tanto, sólo puede ser esbozada, para el caso particular de la estrategia, por nuestro pueblo, a través de sus pensadores, ideólogos, investigadores y revolucionarios.

Los conceptos y los ideales del humanismo son realmente universales. La teoría revolucionaria de nuestros

62. El artículo 9 de la Ley 155 de 1959 (dizque "ley antimonopólica"), establece que "cuando las empresas industriales fijen precios de venta al público, ni la misma empresa, ni los comerciantes independientes, podrán venderlos a precios diferentes a los fijados por el productor, so pena de incurrir en las sanciones previstas para los casos de competencia desleal".

días presagia y anhela una sociedad liberada de las luchas, las explotaciones, las intolerancias y discriminaciones del presente. Cada día parece acercarse más el ideal de la sociedad igualitaria. Para ese entonces, el hombre habrá realizado su más grandiosa conquista. Pero en el camino hacia esas metas, las jornadas del presente obligan a buscar la solución de los problemas con nuestras propias capacidades.

Como dice el proverbio oriental, puede darse el caso de que el hombre dude de lo que ve y de lo que oye. Pero jamás dudará de lo que hace con sus propias manos. Precisamente en la hora actual los pensadores y científicos sociales de América Latina hemos comenzado a dudar, en el campo económico, de las teorías foráneas, de los modelos y de las recomendaciones que nos envían los países industrializados. Pero mañana no se dudará de los aportes, las recomendaciones y las doctrinas que comienzan a legar los hombres que luchan por una gran patria latinoamericana justa y generosa. “América Latina —decía Andrés Bello— tiene un camino: su propio camino.”

Bibliografía

AUTORES LATINOAMERICANOS CITADOS:

Aguilar Alonso, en *Teoría del desarrollo en América Latina*.

Ahumada Eduardo S., en *Los factores demográficos*.

Alarcón Armando, en *El subdesarrollo en las doctrinas contemporáneas*.
Anuario General de Estadística.

Arapey, en *Uruguay, país en crisis*.

Arias O. Eduardo, en *El elemento humano y el progreso social*.

— *Los Economistas ante el desarrollo nacional*.

Arrieta C. G., en *Discursos*.

Avila Abel, en *Sociología económica*.

Bernal Segundo, en *Dinamismo de la población colombiana*.

Billón Federico, en *Economía agrícola de Colombia*.

Blair Enrique, en *Reportajes*.

Boletín Mensual de Estadísticas.

Bolívar Simón, en *Cartas y documentos*.

Bonilla, U. D., en *De la lucha por la tierra en el Atlántico*.

Calderón Mosquera Carlos, en *La nación norteamericana y sus minorías*.

Capuñay Mimbela Carlos, en *El endeudamiento público del Perú*.

Carmona Fernando, en *El drama de América Latina*.

Ceceña José Luis, en *Las inversiones extranjeras*.

Censo Agropecuario.

CEPAL, en *Informes y estudios económicos de América Latina*.

Consuegra José, en *Apuntes de economía política*.

— *Los economistas ante el desarrollo nacional*.

Córdoba Armando, en *Los móviles del inversionista extranjero*.

Daza Alvaro, en *Repartición de los ingresos*.

De Castro Josué, en *El libro negro del hambre*.

— *El oro y la América Latina*.

— *La geopolítica del hambre*.

Duica Carlos, en *La explosión demográfica*.

El Catolicismo, Editoriales.

Encíclicas.

Espinoza Humberto, en *El papel de la Universidad en el desarrollo*.

— *Las inversiones norteamericanas en el Perú*.

Farriera, en *Prólogo*.

Franco Pablo, en *La influencia de los Estados Unidos en la América Latina*.

Frank André, en *La inversión extranjera en el subdesarrollo latinoamericano*.

— *¿Servicios extranjeros o desarrollo nacional?*

Furtado Celso, en *Desarrollo y subdesarrollo*.

García Antonio, en *Reforma agraria en América Latina*.

García Gregorio, en *Conferencias*.

García-Peña Roberto, en *El Tiempo*.

Guillén Abraham, en *El dilema económico de América Latina*.

Hernández Héctor, en *Los matrimonios y la revolución*.

Herrera A. O., en *Los recursos minerales de América Latina*.

INCORA, *Documentos y estudios*.

Lebret L. J., en *Informes*.

Liévano Aguirre Indalecio, en *El proceso de Mosquera ante el Senado*.

- Lipschutz Alejandro, en *Impactos en la conquista de la América Latina*.
- López Michelsen Alfonso, en *Reportajes*.
- Losada Aldana R., en *Dialéctica del subdesarrollo*.
- Lleras Camargo Alberto, en *Escritos*.
- Lleras Restrepo Carlos, en *Discursos*.
- Mariátegui J. C., en *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*.
- Menjívar Rafael, en *Situación de la población salvadoreña*.
- Montiel H. D., en *La explotación del petróleo en Venezuela*.
- Muvdi Julio, en *El capital extranjero*.
- Narváez Antonio, en *Escritos de dos economistas coloniales*.
- Paredes Miguel, en *Prólogo*.
- Pernaut Manuel, en *Introducción a la renta nacional, el ciclo y la moneda*.
- Pinto Anibal, en *Chile, una economía difícil*.
- Popescu Oreste, en *A los orígenes de la doctrina americana del desarrollo*.
- *Introducción a la ciencia económica contemporánea*.
- *La planificación de los recursos humanos*.
- *Sistemas de las Misiones Jesuitas en el Paraguay*.
- Puyana Jaime, en *Aspectos del capitalismo y el subdesarrollo*.
- Quimbaya Anteo, en *El problema de la tierra en Colombia*.
- Quintero O., en *La situación de la población salvadoreña*.
- Revista *Desarrollo Indoamericano*.
- *Comercio Exterior*.
- *Banco de la República*.
- Rodríguez Carlos Rafael, en *Informe a la CEPAL*.
- Romero José Luis, en *La ciudad hispanoamericana*.
- Rovetta Vicente, en *La crisis agraria en el Uruguay*.

Sánchez Cárdenas A., en *La economía latinoamericana en 1967*.

Schijman Eduardo, en *El Tiempo*.

Shilling R. P., en *Brasil para extranjeros*.

—*Una historia sucia: el capital extranjero en Brasil*.

Sierra García J., en *América. Un ensayo sociológico*.

Silva Herzog Jesús, en *Antología del pensamiento económico*.

Stavenhagen Rodolfo, en *Siete tesis equivocadas sobre América Latina*.

Tirado Alvaro, en *Los empréstitos ingleses en el siglo XIX*.

Trías Vivian, en *Imperialismo y geopolítica en América Latina*.

Tudares Maldonado G., en *El comercio exterior y el subdesarrollo*.

Valencia Guillermo León, en *Discursos*.

Varela Teodosio, en *Voz Proletaria*.

Vergara Hernán, en *El complejo de Layo*.

Villar Borda Luis, en *Ponencias en el Congreso*.

Wagemann Ernest, en *Estructura y ritmo de la economía mundial*.

OTROS AUTORES CITADOS:

Baran A. Paul, en *La economía política del crecimiento*.

Bijovki B., en *Ciencia, sociedad y futuro*.

Baskin M., en *Las ciencias sociales en el siglo XX*.

Bruton J. H., en *Nuevas aportaciones en la teoría del crecimiento*.

Cannan E., en *Repaso a la teoría económica*.

Cantillón R., en *Ensayos sobre la naturaleza del comercio en general*.

Ciriacy-Wantrup C. V., en *Conservación de los recursos*.

Comité para el Desarrollo Económico, en *Cómo pueden los países de bajos ingresos promover su crecimiento*.

Chandler L. V. en *Introducción a la teoría monetaria*.

- Dillard D., en *La teoría de Keynes*.
- Dobb M., en *Capitalismo, crecimiento económico y subdesarrollo*.
- FAO, *Informe*.
- Fouraistié, J., en *La civilización de 1967*.
- George H., en *Progreso y miseria*.
- Gide y Rist, en *Historia de las doctrinas económicas*.
- Harrington M., en *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*.
- Havemann E., en *El control de la natalidad*.
- Hirschmann O. A., en *Estrategia del desarrollo*.
—*El principio de la mano encubridora*.
- Hornick P. W., en *Austria sobre todos los países si así lo quiere*.
- Hume David, en *Ensayos económicos*.
- James E., en *Historia del pensamiento económico del siglo XX*.
- Keynes J. M., en *Teoría general*.
- List Federico, en *Sistema nacional de economía política*.
- Loksin E., en *Cómo y por qué*.
- Malin K., en *Los recursos vitales de la humanidad*.
- Malthus R., en *Ensayos sobre el principio de la población*.
- Marión J. J., en *¿Sobreprroducción significa pobreza?*
- Marx Carlos, en *El Capital*.
—*Historia crítica de la plusvalía*.
- Masseyeff R., en *El hambre*.
- Mun Thomas, en *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior*.
- Nasser A. Gamal, en *Carta Nacional*.
- Ramanova Z., en *La expansión económica de Estados Unidos en América Latina*.
- Revista *The Economist*.
- Roll E., en *Historia de las doctrinas económicas*.

Sauvy A., en *La población*.

Smith Adam, en *La riqueza de las naciones*.

Stanley Jevons W., en *Richard Cantillon y la nacionalidad de la economía política*.

Weiss Peter, en *Marcha*.